

El espejo de los mediadores

Marinés Suares

Marinés
Suares

El espejo de los mediadores

Este nuevo libro de Marinés Suares recoge de una manera ciertamente original su extensa trayectoria como mediadora y como docente. Ubicada en una interesante zona de cruce –¿es un ensayo o una novela?, ¿los personajes son reales o ficticios?, ¿sus destinatarios son solo los mediadores o cualquier lector en general?–, la obra se propone como el relato ficcional de una mediación en un caso de divorcio. Todas las etapas y los dispositivos propios de este ámbito están exhaustivamente retratados –las reuniones conjuntas, las privadas, las de equipo–, y los personajes han sido delicadamente cincelados por una pluma que evidencia un profundo conocimiento de todo aquello que se pone en juego a la hora de la mediación: vínculos, sentimientos, valores.

La verosimilitud –ardua empresa en toda obra de ficción– es aquí lograda con naturalidad y destreza. Es que la autora se ha animado a traspasar algunos límites, a jugar con ellos, a sabiendas de que en esa zona se producen fecundos aprendizajes. El texto entonces se propone como un espejo, en el que el lector encontrará reflejada una situación de mediación. Pero no solo eso: también permitirá atisbar cómo entre mediadores y "mediados", entre hombres y mujeres que comparten esa instancia común se produce un juego de proyecciones, donde lo público y lo privado, lo profesional y lo personal, lo volitivo y lo sentimental se dan cita, conformando un escenario de gran complejidad y sutileza.

93c.



SE 18167
FCC/CRNY

“... esta novela tiene la intensidad de las mejores obras de ficción, y al mismo tiempo, nos da una clase magistral de mediación...”

— del Prólogo de **Francisco Díez**

Paidós Mediación 13

Marinés Suares

El espejo de los mediadores



Paidós

Buenos Aires • Barcelona • México

Suares, Marín
El espejo de los mediadores. - 1a ed. - Buenos Aires : Paidós, 2009.
192 p. ; 22x15 cm. - (Mediación; 63013)

ISBN 978-950-12-8713-4

1. Mediación. I. Título
CDD 347.09

El espejo de los mediadores

1a. edición, 2009

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 de todas las ediciones
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Impreso en MPS, Santiago del Estero 338,
Gerli, Pcia. de Buenos Aires
en agosto de 2009

Tirada: 2.000 ejemplares

ISBN 978-950-12-8713-4

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prólogo	13
Metálogo. ¿Existen los límites?.....	17
1. El camino	23
2. Primer encuentro	27
Sala de espera	27
Reunión conjunta inicial	29
Reunión privada con Jorge y su abogada.....	39
Reunión de equipo.....	48
Reunión privada con María y su abogado	49
Reunión conjunta final	63
Resonancias	65
Supervisión	68
3. Segundo encuentro.....	69
Reunión de equipo.....	69
Reunión privada con María y su abogado	75
Reunión privada con Jorge y su abogada.....	89
Reunión de equipo.....	99
Reunión conjunta final.....	101
4. Llamadas telefónicas.....	107

5. Tercer encuentro	109
Camino al centro de mediación	109
Reunión privada con María y su abogado	110
Reunión de equipo.....	117
Reunión privada con Jorge y su abogada.....	118
Reunión conjunta final	123
Reunión de equipo.....	131
6. Cuarto encuentro	133
Preparativos	133
Reunión conjunta con María, Jorge y los abogados.....	134
Reunión conjunta con padres, hijos y abogados.....	141
7. Almuerzo de equipo	151
8. Seguimiento	161
9. Resonancias	167
10. Un año después	177
Bibliografía	187

*A mis amigas y amigos
de todos los tiempos y lugares,
con quienes hemos construido
una telaraña de narrativas.*

AGRADECIMIENTOS

Un libro es como la punta de un iceberg, es lo que se ve, pero sabemos que es mucho mayor lo que nos queda oculto bajo el agua, y solo podré hacer visible, poner nombres, a algunas partes de esa gran masa oculta que sostiene e integra este texto.

Mi primer gran agradecimiento es para Lía Carriquiry, mi terapeuta de ayer, mi amiga de hoy, porque ella me hizo creer en mí misma en momentos muy difíciles de mi vida, y me enseñó, desde la vivencia, el arte de ser terapeuta.

A mis padres, Beba y Tato, y a mis hermanos Marta y Carlos, porque con ellos construí mis primeras nociones de familia.

A mi marido Raúl, a mis hijos Solange y Nacho, a mis hijastros, Alejandro y Gerardo, a mis nietastros Patricio, Lucas y Joaquín, porque entre todos pudimos construir y hoy disfrutar de una familia expandida.

Una mención aparte merecen mi nuera, Paola y mi nuerastra Patricia, porque ellas leyeron las tres o cuatro primeras páginas de lo que hoy es este libro y sus "¿cómo sigue?" fueron fundamentales, me entusiasmaron para que continuara escribiendo. Quizá si su respuesta hubiera sido otra, todo esto no habría surgido y esas primeras hojas estarían archivadas, como tantos otros escritos, en mi computadora.

A mi amiga de toda la vida, Poppy McCormack, que no solo me alentó, sino que me enriqueció con sus comentarios y críticas, me llevó a desechar partes de lo escrito, a incorporar otras, y a reescribir porciones sustanciales del texto, buscando la claridad y verosimilitud del relato.

A mis amigas argentinas, Ana Sagario, Marta Filippone, Ana María Mateu, Gabriela Rodríguez Querejazu, Ana Cabria, Carolina Gianella, Noemí Drazer y a mis amigas extranjeras, tan lejos en el espacio y tan cercanas en mi corazón, Silvia Sallard, de México, Gloria Novel de España y Eleonora León León (Caperucita) del Perú, todas ellas mediadoras, que siguieron momento a momento, leyendo capítulo por capítulo, a medida que lo iba produciendo, y sus comentarios aumentaban mi entusiasmo por la tarea de escribir.

A Eufemia Da Rosa, porque siempre está cuando la necesito y en esta oportunidad también estuvo. A Tona, mi cuñada, por su interés y comentarios.

A mis amigos, Francisco Diez, porque me ha acompañado en esta profesión de mediadora y hoy me sigue acompañando en este libro con el hermoso prólogo que ha escrito; Roberto Chacón, quien se halla del otro lado de las montañas que unen a chilenos y argentinos, por las ideas que aportó para que este escrito naciera; Javier Domínguez, porque desde el lejano Alicante me envió todo su apoyo; Juan Carlos Vezzulla, que desde Brasil, Portugal o la Argentina, en cualquier lugar que estuviera, me alentó y me corrigió algunas inexactitudes sobre Portugal, a Rubén Veiga por sus comentarios y a Sergio Abrevaya, por la confianza que me demostró y con quien estoy en deuda.

A todo el equipo terapéutico de CIONYF, Marta Manigot, Mari-lú Santisteban, Edgardo Costa, Marilen Tomé, porque con ellos me formé y sus palabras están tan profundamente inscriptas en mí que aparecen en la boca de los personajes de este libro.

A todas aquellas personas con las cuales realicé co-mediaciones, porque con ellas aprendí este difícil pero rico arte de co-mediar: Francisco Diez, Alejandro Nató, Poppy McCormack, Miriam Markus, Ana Sagario, Teresa Cociuffo, etcétera.

A Paidós de Argentina, por acompañarme otra vez más en esta etapa, y a Moira Irigoyen por su paciencia y su gran ayuda para mejorar el manuscrito.

Y por último, o quizá deberían de figurar en primer lugar, a todos mis pacientes y mediados que me permitieron entrar en sus vidas y me ayudaron a ser mediadora.

PRÓLOGO

Muchos de los que conocemos a Marinés Suares sabemos que uno de sus apodos (tiene varios) es "la *teacher*", en inglés, claro, que quiere decir "la maestra". Con el "la" incluido, no solo por costumbre provinciana, sino porque todos sabemos de quién hablamos cuando hablamos de "la *teacher*". Es como para los políticos latinoamericanos hablar de "la Embajada", todos saben que se trata de la Embajada de Estados Unidos. Con ella es igual de relevante. Hay artistas y guías espirituales a las que también se las llama "maestras", y esa palabra tan sencilla encierra un significado que con el fluir de la vida se va instalando con una grandeza particular. Yo veo a mis hijas cerrarse sobre sí mismas y rechazar hasta con el cuerpo a profesores o maestras que quieren imponerles saberes, y veo cómo se abren y florecen con maestras o profesores que les enseñan con naturalidad a descubrir el fascinante universo del conocimiento. A los mediadores, la *teacher* Marinés nos regala, una vez más en este libro, el genio simple y brillante de su maestría.

Cuando me dijo que había escrito una novela sobre una mediación, pensé: ¡esta es una loca genial! Y coincidió con que en ese momento de mi vida estaba leyendo bastantes novelas, en especial de autoras argentinas y latinoamericanas, que escriben de una manera hermosa y logran llevarme de la mano al universo de sus personajes. Leo, y ellas me transportan a lugares, experiencias, emociones

y saberes que se incorporan a mí, mágicamente, cada vez que me entrego a las palabras. Muchas veces en la lectura de estas maravillosas novelas, transportado a realidades por las que nunca pensé que pasaría, me digo a mí mismo: ¿cómo puede ser que yo haya vivido tan intensamente lo que está en este libro?, ¿de qué manera se incorpora esta historia a mi ser?, ¿cuál es la diferencia entre un episodio real, de mi propia vida, y esto que es ficción?, ¿cómo me cambia a mí esta experiencia? Y, por esas cosas de la sincronicidad, me encontraba fascinado por todo lo que uno incorpora y aprende con la ficción de un libro, cuando me cuenta Marinés que había terminado esta novela. ¡Una *genia* adelantada, enseñar mediación mediante una novela!

Pero, claro, cuando la leí, de un tirón y pasando por momentos de ansiedades y curiosidad, y por otros de ojos brillosos, como pasa con las buenas novelas, me quedé impresionado. Marinés nos hace vivir las historias que componen la trama de esta novela con una intensidad propia de las mejores obras de ficción y, al mismo tiempo, se las arregla para darnos varias clases de mediación y, al mismo tiempo, expone técnicas sofisticadas que uno, como docente y como mediador, no sabe cómo explicar y, al mismo tiempo, y esto es lo que más me impresionó, nos abre su alma. Su alma de mujer y de maestra. Y, desde mis prejuicios culturales y de género, pienso si acaso hay alguna distancia entre el alma de la mujer y el alma de la maestra, y no lo sé.

Sí sé que en este pequeño librito hay muchas grandes cosas que disfrutar. Y quiero mencionar solamente algunas, porque quienes tengan el privilegio de leerlo encontrarán las propias.

En primer lugar hay una mediación completa que no es de ficción, sino que es un caso real, muy real, doy fe de ello. Y no es fácil encontrar en ningún lado un caso completo de mediación familiar contado al detalle como está contado este; además, metido dentro de un proceso completo, con todos y cada uno de sus pasos.

En segundo lugar, hay un ramillete de técnicas de mediación desgranado al detalle, que solo serán visibles para los practicantes que reconozcan detrás del relato qué hacen los mediadores y por qué lo

hacen. ¡Es mucho más interesante mirar por el ojo de la cerradura lo que hacen los que saben que recibir un discurso de auditorio!

En tercer lugar hay una buena cantidad de puentes desde algunas situaciones concretas hacia lo que dice la teoría, no solo la teoría sobre mediación, o sobre sistémica, o sobre ciclos familiares, sino también sobre otros temas más profundos y más permanentes, como nuestras propias estructuras y modelos mentales, haciendo fácil y natural el acceso del lector al conocimiento teórico.

Finalmente, y a esto quería llegar, hay "modelaje". Esa es una palabra que, como tantas otras cosas, también aprendí de Marinés. Y esa sola palabra ¡encierra tantos universos importantes! Cuando me miro en el papel de padre, siempre me doy cuenta de que es mucho más importante para mis hijas lo que hago con mi vida que lo que les digo en tono de consejo. Cuando analizo la conducta de los líderes políticos o sociales con los que me toca trabajar, siempre me impresiono cuánto más fuerza tiene la manera de ser y de vivir de ellos y ellas, como individuos, que las posiciones ideológicas y los discursos con los que se presentan. Cuando entro en contacto con cualquier persona, en cualquier campo, me llama más la atención la energía personal, el carácter original o la historia singular que muestran, que el cargo, la función o la posición que ocupan. No hay nada que enseñe más y mejor que el modelaje. Porque no hay nada que impacte tanto en un ser humano como el encuentro con otro ser humano. Y lo que hay en este libro, para mí, es una sucesión de encuentros humanos profundos. Encuentros con lo humano que hay en otros y encuentros con lo humano de uno mismo. Si hay potencia y capacidad de transformación en el ámbito de la mediación, es porque allí se logran crear las condiciones para que lo humano se revele y genere sus maravillas. Marinés siempre ha hablado de "encuentros de mediación" y en estas páginas está expuesta con toda claridad la fuerza incontrastable del encuentro. ¿Dónde está la magia de la que hablan los personajes? ¿De dónde sale esa súbita posibilidad de cambio que modifica un conflicto hasta disolverlo? No es solo técnica y teoría, no es nada más que práctica. Hay muchos libros sobre eso. Lo que *solamente* este libro muestra es la naturaleza de la magia de la

mediación, que no es otra cosa que el encuentro con lo que hay en nosotros de profundamente humano. Es tan fácil como poner todo el ser en el ahora y fluir con los otros, con un propósito generoso, todo el saber dispuesto y una intención manifiesta de ayudar. Lo que sucede a nuestro alrededor siempre es un espejo de nuestro interior que se despliega. Por eso, el título que la autora elige es otra demostración de maestría. Este libro enseña más de mediación que mil manuales, porque expone con completa transparencia el modelaje de la más humana y más experta de nuestras mediadoras familiares. ¡Gracias, maestra!

FRANCISCO DIEZ

METÁLOGO*

¿EXISTEN LOS LÍMITES?

- Solange: Mamá terminó de escribir la novela; ahora podremos estar más tiempo en la playa.
- Nacho: Estás equivocada y también tenés razón.
- S.: ¿En qué estoy equivocada y en qué tengo razón?
- N.: Es cierto que podremos estar hasta tarde en la playa, pero estás equivocada, porque ella no escribió una novela sino un ensayo.
- S.: Papá la leyó, y yo escuché que le decía a mamá que le había gustado "la novela", y mamá no lo negó. Así que es una novela. Además a papá no le gustan los ensayos.
- N.: No sé qué es lo que escuchaste, pero mamá no escribe novelas, sino ensayos.
- S.: ¿Le preguntamos a ella?
- N.: Me parece correcto.
- ...
- S.: Ma, yo digo que terminaste la novela.
- Marinés: Tenés razón.
- N.: Yo estoy de acuerdo que finalizaste lo que estabas escribiendo, pero no es una novela sino un ensayo.
- M.: Sí, vos también tenés razón.

* Metálogo: "Definición: un metálogo es una conversación sobre algún tema problemático. La conversación tiene que ser tal que no solo los participantes discutan efectivamente el problema sino que la estructura de la conversación en su totalidad sea también pertinente al mismo tema" (Gregory Bateson: *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Lohlé, 1976, pág. 27).

- N.: ¿Es una novela o un ensayo?
 M.: Buena pregunta. En realidad yo les diría que es un ensayo y es una novela.
 N.: Mamá, por favor, o es una cosa o es otra; no puede ser las dos cosas al mismo tiempo. -
 M.: ¿Por qué no?
 N.: Porque las novelas son para que las lea todo público, existen personajes, no son reales sino fantaseadas y tienen una trama con principio, medio y fin.
 M.: Si esta es tu definición, puede ser que lo que escribí sea una novela.
 S.: ¿Viste, Nacho, que yo tenía razón?
 N.: Yo escuché a Poppy y a Ana discutiendo. Ana decía que era para los futuros mediadores, y para los que recién se inician, porque les mostraba cómo era un proceso de mediación, y Poppy decía que era para expertos, porque había muchas técnicas que los noveles no entenderían, que a lo mejor ni se daban cuenta. Además recuerdo que Poppy sostenía que podía servir para que los expertos discutieran muchos temas que planteabas.
 M.: Es cierto, comentamos todo esto en la playa. ¿Y recordás a qué conclusión llegaron?
 N.: Sí. Que podía ser útil para todos.
 M.: ¿Y las dos estuvieron de acuerdo?
 N.: Sí. Esto indica que es para un público especializado: los mediadores y los futuros mediadores.
 M.: ¿Y yo estaba de acuerdo con esto o insistía en que era para el público no mediador?
 N.: No, por eso tengo razón: es un ensayo, porque es para mediadores.
 S.: Pero papá la leyó, y no es mediador. Además Tona, que tampoco es mediadora, se llevó una copia para leerla, y mamá le dijo que le interesaba mucho su opinión.
 M.: Es cierto. Han leído lo que escribí tanto mediadores como no mediadores, y me interesó mucho la opinión de todos.
 S.: Ma, ¿quién decide qué es, la autora o los lectores?
 M.: Te falta otro actor fundamental.
 S.: ¿Quién?
 M.: La editorial, que es la que hace el enlace entre el autor y los lectores.
 N.: ¿Por qué siempre complicás las cosas?

- M.: Es otra buena pregunta, pero la verdad es que no sé por qué lo hago. Creo que se debe a que me encanta integrar, tomar lo mejor de cada cosa y crear algo nuevo. No me gustan los límites rígidos.
 N.: Como autora, ¿sos una mediadora o no?
 M.: Sí. Esto no podría haberlo escrito si no fuera mediadora y, además, formadora de mediadores. Pero también soy un ser humano.
 S.: Mamá, por favor ¿quién lo escribió: la mediadora, la formadora o el ser humano que sos?
 M.: La mediadora, porque es una síntesis de muchos procesos de mediación.
 S.: O sea que el libro parte de tu experiencia como mediadora.
 M.: Definitivamente sí. Como mediadora y co-mediadora, ya que todo el proceso se desarrolla en co-mediación y se puede ver lo importante que es la relación entre los integrantes del equipo de mediadores. Hay una pequeña supervisión.
 N.: ¿Y por qué decís que también lo escribiste como formadora de mediadores?
 M.: Porque, en los seminarios que imparto, lo que más motiva a los alumnos es poder observar cómo es una mediación. A ellos generalmente les interesa más esto que las teorías. Pero solo me pueden ver trabajar los que asisten a los seminarios; en cambio, un libro llega a mucha más gente. Este fue uno de los motivos que me llevó a escribir esto, para que más personas puedan "ver" cómo trabajamos los mediadores. También para que el público en general pueda conocer la mediación, que necesita que se divulgue mucho más, porque es un método pacífico de resolver conflictos.
 N.: ¿Pero una práctica de cualquier cosa no es una teoría aplicada?
 M.: Sí. Y lo que describo es la aplicación, no de una sola teoría, sino de los tres modelos más importantes de mediación, y los mediadores del caso utilizan técnicas de los tres modelos.
 S.: Nacho tiene razón: complicás las cosas, ¿por qué tenés que

verlo desde los tres modelos?
 ¿Con uno solo no te bastaba?
 ¿No confunde esto a los que lo leen?

M.: Pará, Solange, estás haciendo tres preguntas juntas. Trataré de responderte en orden: primero, no creo que complicate, sino que trato de integrar. ¿Por qué ustedes quieren todo separado? Con respecto a la segunda pregunta, no creo que ninguna disciplina, y mucho menos ningún modelo, pueda dar cuenta de toda la complejidad de un conflicto; por eso, cuanto más interdisciplinario sea el equipo y cuanto más modelos utilicemos, mejor podremos comprender a los mediados y ayudarlos a que ellos tomen sus decisiones. Además, yo trabajo así. Y la respuesta a la última pregunta la tendrán que dar los lectores; no puedo decírtelo yo.

S.: ¿Vos sos la mediadora del caso?

M.: No y sí.

S.: ¡Ma, por favor!

M.: La mediadora es Ana María, no Marinés, es un personaje que tiene algunas cosas de Marinés y otras de muchas

otras personas. Repito: es un personaje, no soy yo. Pero... también soy yo.

...

S.: Ma, ¿por qué no nos contás lo que escribiste?

M.: Es todo un proceso de mediación, desde que la mediadora sale de su casa para empezar a trabajar, hasta lo que le pasa un año después de terminada esa mediación.

N.: ¿Qué querés decir con que es "todo un proceso"?

M.: Porque es la narración de una mediación, solicitada en principio por un divorcio. Están relatadas todas las etapas y los dispositivos que utilizamos, o sea reuniones conjuntas, privadas con cada una de las partes, de equipo, incluso una reunión en la que participan los hijos, una de los cuales está en Barcelona. También concurren abogados de parte a la mediación. Sobre todo, el abogado Alberto es un personaje importante. Está comentada una pequeña supervisión y un seguimiento. Incluso se mencionan las llamadas telefónicas.

S.: Yo te he visto muchas veces transcribiendo mediaciones reales ¿Esta es así?

M.: Tenés razón, cuando hago investigaciones transcribo textualmente todo lo que se dice, pero leerlo es muy aburrido; por eso lo novelé, para que sea más entretenido.

N.: Pero ¿no pierde objetividad?

M.: Puede ser. Pero no estoy haciendo investigación, sino tratando de ejemplificar lo más claro posible cómo es una mediación. Y no creo que haya ningún motivo para no hacer que su lectura sea entretenida; creo que es muy útil poder aprender con "placer".

S.: ¿Además de la mediación planteás otros temas?

M.: Sí, se mencionan cuestiones de género.

S.: Eso me interesa: ¿qué temas?

M.: La homosexualidad femenina, la diferencia cultural entre la infidelidad femenina y masculina, y otros temas menores. También menciono a una invitada a la mediación que está siempre presente.

S.: ¿Los hijos?

M.: Casi siempre están los hijos cuando el tema es el divorcio,

pero en este caso la invitada es la cultura.

N.: ¿La cultura?

M.: Sí: la cultura.

S.: Vuelvo a la pregunta inicial: ¿es un ensayo o una novela?

M.: Hmm. ¿Puedo evadirme del límite?

N.: A ver...

M.: En un ensayo novelado.

S.: Y que la autora es una mediadora, formadora de mediadores y un ser humano.

M.: Tal cual.

N.: ¿Y el ser humano dónde está?

M.: En todo. No podría haberlo escrito hace veinte años; la experiencia de vida se cuele en todas partes.

N.: Hmm... ¿como autora perteneciente a la tercera edad?

M.: No uses eufemismos, decí "vejez". Estoy orgullosa de mis años y del saber adquirido. No solo es válido el conocimiento académico.

S.: Hmm...

M.: ¿Nos vamos ahora a la playa?

N.: Mamá, ¿vas a transcribir textualmente esto que hablamos?

S.: No, Nachi: ¡lo va a novelar!

1 EL CAMINO

El invierno había quedado atrás, la primavera había explotado llenando el aire con su aroma. Al salir de casa me detuve unos minutos bajo la pérgola; era un espectáculo increíble: los racimos lilas de las flores de glicinas disputaban cada centímetro de lugar para vivir su corta existencia. Casi no había hojas, solo unas pocas que, según parecía, estaban allí para servir de marco a las flores. Ya vendrá el tiempo de ellas, pensé, y tejerán un tupido techo verde. Cada una tiene su momento. Pero este era el tiempo del techo lila y de su olor maravilloso.

Cada año, cuando mi glicina me regala ese milagro de la vida, recuerdo el efecto que me produjeron hace mucho tiempo las glicinas del Club L'Aviron. Aún ahora, mientras escribo, veo, con los ojos de mi recuerdo, esas pérgolas que, en varias direcciones, acompañan a los tenistas a lo largo de las canchas, año tras año, y que, con sus brazos cariñosos, perfumados y lilas, cubren sus cabezas y salpican la tierra con pétalos caídos. Ese día, hace más de veinte años, cuando vi y oí todo ese espectáculo, me dije ¡Voy a tener una glicina en mi casa!, por supuesto no de esas dimensiones, pero igual será bella. No sabía, en aquel momento, que debía esperar mucho tiempo para que diese flores, ya que esta planta nos pone a prueba durante todos esos años, al hacernos soportar la suciedad que genera en los sucesivos otoños e inviernos y la decepción que primavera tras primavera

nos causa al no florecer, mientras madura. Pero tuve paciencia y coraje para luchar contra mi marido y el jardinero, que más de una vez quisieron sacarla. Hace tres o cuatro años, en el otoño, decidieron podarla; acepté a regañadientes; era necesario, porque algún día el techo del living iba a desaparecer arrancado por la fuerza vital de sus ramas. Pero podaron una rama que había visto crecer y estaba feliz, porque iba a poder observarla enredada en los barrotes de las ventanas del living. Me enfurecí y casi deviene en un divorcio.

Cerré el portón y otro olor me sedujo; ahora era el pacífico tilo, plantado hacía más de treinta años, que durante el invierno había sido un encaje de ramas a través del cual veíamos el cielo y permitía que los tenues rayos del sol invernal se colaran y llegaran a nuestras ventanas. Es el árbol que me anuncia la próxima primavera, ya que es el primero que comienza a vestirse de verde claro. Cuando su verde se oscurece, pequeñas, olorosas y tranquilizantes flores nos brindan su perfume.

No he consentido nunca su poda. La sabia naturaleza ha creado un armónico espécimen, cuyas ramas, que se van afinando poco a poco, se entremezclan unas con otras, creando un fino encaje de ñandutí. Agradecí su presencia y el cuidado que me ha dado a lo largo de los años. Todos los veranos me protege con su espesa sombra, me brinda aire fresco, como si fuera un gran ventilador, porque deja pasar entre sus hojas el aire caliente que viene del pavimento, lo enfría abanicándolo y luego lo introduce por las ventanas de mi cuchitril. Mientras realizan esta tarea, sus miles de hojas en movimiento crean una dulce melodía que se entremezcla con el canto de los pájaros. Sus flores muchas veces han sido el material de una rica y calmante infusión. Aun hoy para producir una orgía en mis sentidos, queda el aroma que despide alguna flor testaruda, que se niega a morir o que mi memoria mantiene viva.

Siempre disfruto el estallido de la primavera: me parece que, después de una larga espera y venciendo a veces a inviernos particularmente duros, por el frío y las lluvias, en esa infinita secuencia cíclica que tienen las estaciones, la vida se empecina en brotar y dar su presente.

Caminar no es mi mayor pasión, pero recuerdo que, ese día, miré las calles con sus árboles y plantas con infinitas pinceladas de distintos colores y variados tonos de verdes, y decidí serle infiel a mi querido auto, dejarlo abandonado a la sombra del *Ginkgo biloba*, y disfrutar, paso a paso, ese espectáculo que inundaba todos mis sentidos.

Lentamente, caminé las doce cuadras que separan mi casa del centro de mediación. Mientras gozaba con todo esto, pensé qué alocada vida que llevamos, vivimos corriendo de un lugar a otro y en esa carrera nos perdemos todas estas pequeñas grandes cosas. Me sentía llena de energía, plena, y en ese estado de ánimo llegué a mi destino.

2 PRIMER ENCUENTRO

Sala de espera

Entré en la sala de espera quince minutos antes del inicio de la mediación. La secretaria me miró, con esa mirada cómplice que ella tiene, y entendí que ya estaban todos. Como siempre, quise observar a las personas que estaban allí sentadas, habían elegido los silloncitos cerca de la ventana y miraban hacia el jardín.

Eran dos hombres y dos mujeres, pero una de ellas atrajo inmediatamente mi atención: era de pelo castaño, le calculé unos cincuenta años, tenía ese algo que hacía que no pasase inadvertida. Miraba hacia ningún lado, como si estuviera en otro mundo. A su lado, estaba un señor, con camisa celeste a rayas, corbata azul, pantalón gris, barba y pelo cortado muy, quizá demasiado, prolijo: "Su abogado", pensé.

Enfrente de ellos, el otro señor estaba visiblemente nervioso, de unos sesenta años, se miraba permanentemente las manos, como si no quisiera ver a la mujer que estaba justo frente a él y, a su lado, la otra mujer, de trajecito azul, portafolios y zapatos de taco muy alto, de esos que yo he desistido de usar. Eran seguramente la otra parte y su abogada.

Una mediación en divorcio, pero parece tranquila, pensé. No sabía en ese instante todos los cambios que iba a operar en mí, los cuestionamientos que me generaría y el cambio que se avecinaba en mi vida.

Siempre he preferido, en casos familiares, co-medar con un hombre, más joven que yo, para poder comprender mejor a las personas de diferentes edades y sexo, en lo posible abogado, ya que los psicólogos y los abogados construimos la realidad de diferente forma. Y una última característica que me gusta que tenga el co-mediador, aunque no excluyente, es que sea buen mozo, esto solo por placer estético. Javier cumplía ampliamente todos estos requisitos; además hacía tiempo que veníamos trabajando juntos en esta y en otras actividades, y nos llevábamos de maravilla. Por momentos, en mediaciones anteriores, había sentido que nuestros cerebros trabajaban juntos y, por ser tan diferentes y al mismo tiempo tan armónicos, podíamos preguntar lo mismo, pero de distinta manera, y quienes participaban en la mediación oían nuestras intervenciones como en estereofonía, lo cual agregaba una fuerza especial a lo que preguntábamos y decíamos.

Una de las diferencias que teníamos es que a mí me gustaba llegar siempre, a todos lados, unos minutos antes, en tanto que él siempre llegaba sobre la hora. En esta circunstancia este patrón de conductas volvía a repetirse. Javier aún no se hallaba allí, pero estaba segura de que pronto aparecería, con esa tranquilidad provinciana expresada en la sonrisa que le es tan propia.

Después de observar a quienes esperaban en la sala de espera, pasé al lugar en el cual realizaríamos la mediación. Beatriz, la eficaz secretaria, había preparado todo: hasta el café estaba ya listo y humeante, la mesa redonda de vidrio y las seis sillas iguales cada una en su lugar, las hojas, los asientos, incluso la videogradora estaba ya preparada, con el gran angular, y enfocando perfectamente a la mesa; no era necesario que preguntase si el micrófono tenía pilas nuevas, porque estaba segura de que esto ya había sido tenido en cuenta por Beatriz. Solo tenía que apretar el botón de power y todo se pondría en marcha. En un rincón de la sala están los sillones que

utilizo cuando medio sola y la mesita entre ellos, sobre la que había un inmenso florero lleno de glicinas, que, como ya he contado, es una de las flores que más me gustan y que solo puedo disfrutar quince días al año.

Mientras estaba oliendo el perfume que inundaba toda la sala, y cuando aún faltaban cinco minutos para la hora de comienzo, llegó Javier. Comentamos que era un caso de divorcio y que habían pedido la mediación en forma particular; no tenía más datos. Él sabe que a mí me gusta comenzar sin saber nada; quiero tener mis propias impresiones sin que nadie me "colonice" con sus ideas acerca del tema o de las personas involucradas y, aunque él prefiere conocer más datos de los participantes y de los conflictos con los que nos enfrentaremos, ha aceptado, cuando trabajamos juntos, esta forma de "inicio a ciegas", así como yo he aceptado utilizar mesa, en lugar de los sillones, aunque hemos negociado que sea redonda y de vidrio, para no perder parte de los gestos y movimientos de todos.

—¿Todo listo?

—*Todo listo* —le contesté.

En ese momento entró Beatriz, para avisarnos que era la hora.

—*Perfecto, hacelos pasar* —le dije.

Ambos nos acercamos a la puerta para esperar a los participantes.

Siempre antes de iniciar un caso nuevo, me pongo nerviosa, bah, no sé si es nerviosa, es un cosquilleo especial, pero ese día sentí que era más fuerte de lo habitual.

Reunión conjunta inicial

Entraron en la sala, primero ella, María Martínez, serena, me miró directamente a los ojos y me extendió su mano firme.

La seguía la otra mujer, en sus altos tacos, que se presentó como la doctora Silvia Flores, y se quedó esperando a su cliente, que estaba inmediatamente detrás de ella; dijo que se llamaba Jorge Reina, nos dio su mano fría y húmeda; por último, como todo un caballero, entró el abogado prolijito, el doctor Alberto Latorre.

Javier los hizo pasar a la mesa y se sentaron cada uno con su abogado, como si fueran dos bandos, dejando entre ellos una silla a cada lado. Antes de sentarme, miré las dos sillas vacías, que habían quedado enfrentadas y, por lo tanto, los co-mediadores quedaríamos separados. Nos miramos con Javier, sabía que a él no le gustaba esa distribución porque estábamos muy lejos uno del otro, le hice un guiño y entendió perfectamente que le decía: "No te preocupes, después nos cambiamos". Ya habíamos discutido varias veces por este tema, ya que él prefiere indicarles dónde sentarse y a mí me gusta que sean los participantes quienes elijan dónde y cómo ubicarse, aunque sé que se corre el riesgo de que los lugares que indirectamente nos asignan no sean los ideales, como nos estaba ocurriendo en ese momento.

Una vez que estuvimos todos acomodados frente a la mesa, nos presentamos nosotros dos, y les dijimos que podían llamarnos Ana María y Javier. Les pedimos que nos repitieran sus nombres y que nos indicaran cómo deseaban que los llamásemos. Ella dijo que le decían María, él nos indicó que podíamos llamarlo Jorge, la doctora especificó que ella era la doctora Flores, en tanto que el abogado, con una sonrisa y unos ojos penetrantes nos pidió que lo llamáramos simplemente Alberto.

Comenzamos con Javier, entre los dos, como lo realizamos habitualmente, a explicarles qué era la mediación, sobre todo les aclaramos el carácter confidencial de todo lo que se hablase, y que nosotros, los mediadores, no podríamos ser llamados como testigos si se llegaba a realizar un juicio; este proceso era voluntario para todos, o sea para ellos y para nosotros, lo que implicaba que nadie estaba obligado a continuar si no lo deseaba, y que, como mediadores, ambos seríamos neutrales, no daríamos consejos ni juzgaríamos, ya que no éramos jueces ni teníamos ningún poder de decisión. Nuestra

función sería solo ayudarlos a ellos a que se comunicaran y, si fuera posible, a que alcanzaran un acuerdo que les resultara conveniente a todos. También les aclaramos que la confidencialidad no sería mantenida si tomábamos conocimiento cierto de un delito grave o de abuso de menores. Les aclaré que, dado que era un proceso pacífico, no se permitirían agresiones de ningún tipo y que les pedíamos que hablaran uno por vez. Javier se dirigió a los abogados y les explicó su función de asesores legales, que obviamente ambos conocían. La doctora Flores lo interrumpió diciendo:

—Sí, doctor, yo ya he estado en otras mediaciones con usted.

Javier sonrió, con esa sonrisa que él utiliza y que los interlocutores no sabemos si está afirmando o negando lo que el otro dijo.

Miré inmediatamente a María y le pregunté si para ella era algún problema que se conocieran Javier y la doctora, pero con suma tranquilidad dijo que no tenía ningún inconveniente.

Finalicé esta parte formal, comentándoles que podíamos trabajar a veces todos juntos y otras, si era necesario, con cada uno de ellos y que lo dicho en estas reuniones también podría mantenerse en secreto. Pensábamos estar en este primer encuentro aproximadamente dos horas, y Javier les preguntó si alguno tenía problemas; todos respondieron que no, que ya habían calculado que estarían ese tiempo.

Beatriz había preparado el convenio de confidencialidad, lo leímos y lo firmamos. También estaban los dos recibos de los honorarios, que ya habían pagado. Antes de entregárselos pude ver que cada uno había abonado su parte.

En ese momento, aún hoy no puedo explicarme cómo ocurrió, quizá porque había quedado de espaldas a la cámara, o simplemente porque estaba más nerviosa que lo habitual, no sé, pero me olvidé de apretar el power. Puede que mi inconsciente me haya jugado una mala pasada, porque, si hubiera tenido el video, posiblemente no estaría en este momento escribiendo.

Les pregunté, mirando alternativamente a Jorge y a María, quién quería comenzar. Jorge miró a María y le pidió que comenzara ella. Ella parecía muy dispuesta a comenzar; no me pareció que él la presionaba, sino que, dado que él estaba aparentemente nervioso, y ella tranquila, aceptaba esta sugerencia. No obstante esta impresión mía, le pregunté si estaba de acuerdo y ella asintió; nos miró a Javier y a mí, y dijo:

—*Nos estamos divorciando; quisiera que todo sea lo más tranquilo y justo posible. Jorge no quiere divorciarse, pero yo he tomado la decisión, después de meditarlo mucho. Alberto me ha recomendado que lo hagamos por una mediación, y me ha parecido una buena idea. Jorge y la doctora Flores*—lo dijo subrayando la palabra doctora— *han estado de acuerdo.*

—*¿Ustedes están casados?*

—*Sí, hace veintinueve años, y tenemos cuatro hijos, pero todos se han independizado. La hija menor está casada, dos están viviendo con su pareja y el menor de todos está estudiando en el sur y vive con unos compañeros desde hace casi un año. O sea que, por el tema de los hijos, no tenemos nada que hablar; solo tenemos que arreglar cuestiones de bienes y dinero.*

—*¿Cómo se llaman sus hijos y qué edades tienen?*

—*El mayor es Jorge, tiene 28 años, vive hace tres años en pareja con Roxana, tienen una hijita adorable, Lucía, de 2 años, y un hijo de Roxana de 6 años, que es otro nieto para nosotros, porque lo conocemos desde que era bebé, se llama Patricio. Le sigue Georgina, tiene 27 años, y hace más de dos años que vive en Barcelona con su pareja, no tiene hijos. Hace un año y medio se casó María Sol, que acaba de cumplir 25 años, y tiene un nene de un año, Lucas. Se casó con Facundo muy joven porque estaba embarazada. Yo pensé que no iba a funcionar la pareja, pero están perfectamente. Por último, el benjamín de la familia, que se llama Benjamín, tiene 22 años, y que yo sepa está soltero y vive en Bariloche.*

—*¿Y ustedes dónde viven?*

—*Acá en Castelar, por ahora en la misma casa; cada uno hace su vida independiente y, como siempre, entre los dos corremos proporcionalmente con los gastos. Desde que se fue Benjamín, yo me he mudado al cuarto que era de los varones.*

Me llamó la atención la palabra “proporcionalmente”; recuerdo que pensé: ¿en proporción a qué? Pero no era momento de averiguarlo, sino de dejarlo anotado para preguntar más adelante. Sentí que ella estaba decidida a divorciarse y luego le pregunté:

—*¿Qué espera lograr con esta mediación?*

—*Creo que Jorge no acepta que nos divorciemos, no cree que nuestro matrimonio haya terminado. Hemos tenido un buen matrimonio, hemos sido felices, nuestros hijos se han criado muy bien, quisiera que terminásemos esta etapa como ha sido toda nuestra vida, tranquila, con un acuerdo justo.*

Javier tomó entonces la palabra y dijo:

—*Ajá, o sea que usted ha tomado la decisión de divorciarse de Jorge, después de un buen matrimonio en el cual criaron a sus cuatro hijos, que ya se han independizado, y esperaría llegar a un acuerdo justo.*

—*Así es, me ha comprendido muy bien, Javier*—respondió ella, mirándolo fijo a los ojos.

Muchas veces nos ocurre esto: uno formula las preguntas y el otro, que está atento a todo, lleva a cabo la síntesis. Nunca lo hemos hablado ni establecido como una pauta de funcionamiento, pero ahora, al recordar y describir ese encuentro de mediación, tomo conciencia de que en muchas oportunidades lo hacemos de esta forma.

Mientras Javier realizaba esta síntesis, yo seguía impactada con María: había contado la corta historia tranquila, segura de lo que decía, en forma pausada, pero sobre todo con cariño. Por momentos María miraba a su futuro ex marido sin reproches pero tampoco era indiferente. Jorge permanecía mirándose las manos. La doctora Flores me daba la impresión de ser una fiera agazapada, lista para atacar. Alberto miraba a su cliente con admiración, mientras ella me contaba a mí, que estaba a su lado, toda la historia. En Javier creí percibir algo de molestia, ¿sería porque María lo ignoraba? Yo seguía como fascinada, lo cual es un mal estado para una mediadora, pero tenía plena conciencia de lo que me pasaba, quería vivenciarlo,

porque suponía que era un sentimiento que frecuentemente ella debía despertar. Al mismo tiempo lo veía a Jorge, según dije, como futuro ex marido, ya que pensaba que era muy posible que llegaran a divorciarse, porque, cuando la mujer toma la decisión, rara vez da marcha atrás. Si es imposible tener certeza de algo, mucho menos de esto, ¿podía ser este caso la excepción que confirma la regla?

Javier, viendo que yo estaba ensimismada en mis pensamientos, continuó dirigiéndose a Jorge:

—Hemos escuchado a María. Ahora nos interesaría que usted nos contara qué expectativas tiene con respecto a esta mediación.

—Lo que María ha dicho es correcto. Yo no quiero divorciarme, tampoco puedo atarla a la pata de mi cama —hizo una larga pausa—; preferiría continuar como estamos. Nos llevamos bien, no entiendo por qué tenemos que modificar nuestra forma de vivir, como vivimos ahora, somos como hermanitos o amigos desde que ella se fue de nuestro dormitorio. Ella tiene toda la libertad que necesita, puedo aceptarlo, así como he aceptado otras cosas.

En ese momento se le quebró la voz. La doctora, que había estado como agazapada, tomó la palabra.

—Mi cliente está muy dolido, ha habido, o hay, infidelidad.

Javier le pidió a la doctora que dejara hablar a Jorge y se comprometió a que ella luego tendría su momento para dar su punto de vista legal —y subrayó esta última palabra.

Esto ocurrió en pocos segundos. Sin embargo, recuerdo perfectamente todo lo que pasó en esos instantes. María pareció no escucharla, intuía que a Jorge le molestaba que la doctora ventilase ese asunto y Alberto la miró con una mirada aún más penetrante, de esas que tienen el poder de fulminar a una persona. A mí no me sorprendió esta declaración de la abogada. María, sin ser bonita, tenía un encanto especial y me parecía muy seductora. Pensé que esto debía comentarlo después con mi co-mediador, para que él me diese

su opinión como hombre, ya que muchas veces hombres y mujeres vivimos de forma diferente la seducción.

Cuando terminamos ese día, entre otras cosas que hablamos, le pregunté la impresión sobre los participantes. Lo primero que me dijo fue que María le parecía una mujer interesantísima; a pesar de la edad, sin ser bonita era encantadora. Jorge le había gustado, lo vio claro a pesar del dolor que traspiraba por todos sus poros. También me comentó que no había reconocido al principio a la doctora Flores, pero, cuando intervino, recordó perfectamente la mediación anterior, en la cual ella había participado como abogada de una mujer y había asumido un papel extremadamente feminista y una postura antagónica, que le había hecho suponer a Javier que esta abogada no podía establecer la diferencia entre un juicio y una mediación. Y el abogado, le había parecido genial, sobre todo esa pregunta que había hecho sobre el estado civil de la hija. Mientras hacía este último comentario, me miro pícaramente y me dijo: “¿A vos también te gustó?”. Nos reímos los dos y le dije: “Mucho, mucho”. Pero esto ocurrió varias horas después; quisiera seguir el orden de la mediación.

El momento había sido de suma tensión, la intervención de la doctora estaba fuera de timing. Preferí mantener silencio y continuar dándole, con mi mirada, la palabra a Jorge, y esperar que él se recuperara. Sentí en mi cuerpo su dolor, y también su resignación. Luego de un largo silencio, continuó:

—Como le decía, yo no quisiera separarme, digo divorciarme, porque en realidad estamos ya separados. Pero la conozco a María más que nadie, son más de treinta años, incluyendo el noviazgo, que compartimos la vida, y sé que, cuando ella toma una decisión, sigue adelante y no se vuelve atrás. Si no hay otra posibilidad, comparto la idea de que esto termine, como ha sido nuestra vida, en forma tranquila. Ella ha sido, y es, muy buena mujer, una madre excelente, ha dado todo por sus hijos y ha sido siempre una compañera perfecta, que me ha seguido aun en los malos momentos. Pero, insisto, preferiría continuar como estamos ahora, aunque, por supuesto, si pudiera volver el tiempo atrás, quisiera que las cosas fueran como habían sido siempre, pero

entiendo que eso ya no será posible. Los chicos se han ido a hacer su vida, como debe ser, como lo hicimos nosotros hace mucho tiempo. Dos de ellos están lejos, Barcelona y Bariloche, los otros están cerca, pero tienen que estar en lo suyo. Ellos no saben muy bien lo que está pasando entre nosotros dos, pero ni María ni yo queremos que intervengan.

Por primera vez, María bajó los ojos. Me pareció que las palabras de Jorge la habían conmovido. Yo sentí que esa mujer tan segura se permitía dudar, ¿estaría dudando o era una idea mía?

Miré a todos y luego me dirigí a Jorge; acerqué un poco la silla a la de él y realicé una síntesis:

—Jorge, usted querría continuar la vida como están viviendo estos últimos tiempos, separados, no divorciados. Pero nos ha dicho que usted conoce a María más que nadie, ya que desde hace más de treinta años comparten la vida, y cree que, cuando ella toma una decisión, continúa adelante; por lo tanto, si ella mantiene la idea de divorciarse, concuerda con ella en que sea en forma tranquila. También ha expresado que para usted María es una excelente madre, buena mujer y una compañera perfecta, aun en los momentos difíciles.

En mi resumen obvié el tema de la infidelidad, aunque dudé. Decidí que no era el momento de citarlo, ya tendríamos tiempo después. Además, como me dirigí a Jorge, era la síntesis de lo dicho por él, y ese tema él no lo había mencionado.

Ellos habían sido sumamente claros, ambos habían explicado qué era lo que querían, aunque no eran coincidentes: ella quería divorciarse, él continuar con la vida que llevaban ahora.

Javier se dirigió a los abogados y les dijo:

—Doctores, ¿quisieran agregar algo desde el punto de vista legal?

—Considero que, dado que Benjamín tiene 22 años, está estudiando, no trabaja y que, cuando venga a Buenos Aires, deberá vivir con alguno de los padres, este es un tema que debemos agregar y también cómo se lo va a

mantener, es decir los alimentos, además de los bienes y el dinero —dijo la doctora Flores.

—No creo que sea necesario —dijo Jorge—, siempre hemos ayudado a nuestros hijos y, en realidad, Benjamín es el que menos gastos ocasiona porque tiene una beca en el Instituto Balseiro, que le permite vivir. La que más gastos siempre ha ocasionado es Georgina, pero no me cabe duda de que, a pesar de todo —esto lo dijo cambiando su tono de voz— seguiremos ayudándola tanto María como yo.

Tomé nota de este “a pesar de todo” y recuerdo que escribí, en la parte superior derecha de la hoja, que es el sector de “preguntas futuras” que siempre reservo en mi bloc, “Georgina”. Ya tenía dos preguntas para realizar en el futuro: “proporcionalmente” y “Georgina”.

—No tengo nada que agregar, por ahora, y, en cuanto al tema de Benjamín, veremos qué deciden los padres —dijo Alberto, el abogado de María.

—Por supuesto que después podemos seguir agregando temas, a medida que aparezcan; no es necesario que definamos todo ahora. María, ¿usted quiere decir algo con respecto a esto?

—Siempre seguiremos siendo los padres de los cuatro y, como dice Jorge, Benjamín es el que menos gastos ocasiona; quizá los otros dos que están cerca siempre están necesitando algo, ellos o los nietos, y bueno, con Georgina, cuando decidió irse a Barcelona asumimos un compromiso, y estoy segura de que lo mantendremos, tal como se lo dijimos: mientras podamos. No creo necesario que esto figure en el acuerdo. Alberto, al ser mayores de edad los cuatro ¿es necesario que figure en el acuerdo el tema de alimentos a los hijos?

—No, no es necesario, el acuerdo solo se referirá a los temas que ustedes deseen, o sea, si quieren establecer algo, perfecto, y, si prefieren no dejarlo establecido, también estará bien.

En ese instante sentí que íbamos a tener que mediar la relación entre las dos mujeres, además de la de la pareja. Todo este diálogo lo mantuvo María con todos los integrantes de la mesa, menos con la doctora Flores, a la que parecía declarar transparente.

Javier me miró y dijo lo mismo que iba a decir yo: pedir tener entrevistas en privado, por ahora con cada parte y su abogado, y se reservó la posibilidad de hablar con cada uno de ellos individualmente.

Le preguntó a María y a Alberto si tendrían problemas en esperarnos quince o veinte minutos, así después hablábamos con ellos.

Yo había pensado lo mismo, comenzar con Jorge y su abogada. Cuando terminó el encuentro y le pregunté por qué había decidido comenzar con ellos, me dio la misma respuesta que le hubiera dado yo: "se lo veía abatido", en tanto que a ella la sentía más fuerte, más segura.

Casi siempre pasa esto en los divorcios. Uno de ellos hace tiempo que viene reflexionando sobre la idea, y el otro o no se da cuenta de lo que está ocurriendo o ha hecho todo tipo de intentos para negarlo y, cuando no le queda más remedio que enfrentar la situación, no puede aceptarlo. No creo que quien ha tomado la iniciativa no sufra; quizá la ha pasado muy mal mientras iba madurando la idea, pero, cuando lo encontramos en la mediación, ya ha pasado, por lo menos, una parte de ese sufrimiento. ¿Por qué es tan doloroso el divorcio? En la vida nos estamos siempre separando de personas, de amigos, de compañeros de trabajo, aun de los hijos. Cuando ellos se van a hacer su vida, tendría que desgarrarnos. Sin embargo, más allá de un "no sé qué" que sentimos, puede ser una separación feliz.

Recuerdo que cuando me casé, al despedirme de mis padres antes de ir a mi noche de bodas, a mi padre se le escapaban unas lágrimas, fue una de las pocas oportunidades en mi vida en que lo vi llorar, pero también estaba contento, había disfrutado de la ceremonia y de la fiesta, y, antes, de todos los preparativos. Era una mezcla de alegría y pena. Él sabía que nunca más volvería a su lado, como de hecho no volví, aunque seguí teniendo una hermosa relación hasta su muerte. Si uno aplicase la lógica, la ida de los hijos debería ser más dolorosa que el divorcio, pero generalmente no es así. A veces he pensado que desde la cultura nos inculcan que los hijos se irán y en cambio el matrimonio debería ser para toda la vida. ¿Qué pasará en las futuras generaciones? Ahora, los jóvenes no siempre se casan para toda la vida. Bueno, no solo los jóvenes...

Reunión privada con Jorge y su abogada

Les ofrecí un café, me acerqué a la mesita y les serví a los cuatro. Mientras realizaba esta tarea me preguntaba ¿por qué, casi siempre, soy yo la que sirve el café?, ¿es una cuestión de género? No sé, pero no me disgusta hacerlo, aunque en los últimos tiempos las mujeres estamos permanentemente cuestionándonos lo que hacemos, y creo que algunas veces nos privamos de realizar aquellas cosas que nos dan placer. Somos sujetos sujetados: antes porque no podíamos hacer determinadas cosas; ahora porque, al hacer lo que nos gusta, la cultura nos hace sentir que somos sometidas.

Coloqué el café para Javier cerca de mi asiento y, cuando él volvió de acompañar a María y a Alberto, se sentó a mi lado. Ahora estábamos cómodos. Me tomé un momento para observarlos: Jorge era un hombre de mediana altura, con los hombros vencidos y la cabeza semigacha, ojos marrones, nariz mediana, pelo castaño con bastantes canas, bien afeitado. Pero la mirada triste era el rasgo más saliente de su cara. Vestía campera de gamuza sobre una camisa celeste.

—*Jorge y doctora, todo lo que hablemos acá es confidencial, salvo aquello que ustedes nos autoricen a comunicar a María y Alberto.*

Dirigí mi mirada a Jorge y le pregunté si quería agregar algo a lo que nos había dicho cuando estábamos todos.

—*Como ustedes se habrán dado cuenta, estoy dolido, triste, es la palabra correcta. No quiero que María sufra, quiero lo mejor para ella y, si ella va a ser feliz, bueno, me adaptaré. Todo este lío comenzó hace dos años, aunque yo no lo sabía o no lo quise saber, porque, en mis largas noches de insomnio, cuando pienso y recuerdo, me doy cuenta de que hubo tantos cambios en ella, que debería haber sospechado o intuido lo que se avecinaba. Yo los atribuí al tema de Georgina, que, aunque ella dijo tomarlo con naturalidad, fue un golpe muy fuerte.*

Nuevamente "Georgina" pensé; entonces le pregunté:

—¿A qué se refiere con el "tema de Georgina"?

Jorge se quedó en silencio, miró hacia abajo y sentí que nuevamente se quebraba. La doctora intentó tomar la palabra y con un suave gesto con la mano le pedí que esperara. Luego me dirigí a Jorge y le dije:

—Jorge, no es necesario que nos cuente nada de lo que no quiera contarnos; perdone si le ha molestado mi pregunta.

—No, Ana María, no es su pregunta lo que me molesta, sino la situación.

Respiró profundamente y tragó saliva, y, con una voz casi inaudible, que hizo que todos nos acercáramos para compartir su secreto, comenzó diciendo:

—Georgina quiso irse a estudiar arte y video a Barcelona; el proyecto me parecía disparatado, pero ella siempre ha sido la diferente de la familia. Acordamos con María en apoyarla y nos comprometimos a costearle el estudio; ella conseguiría un trabajo para mantenerse y nosotros correríamos con los gastos de la universidad.

En ese momento pensé que mi pregunta había sido inoportuna, que lo entristecía y no sé si tenía que ver con el tema que lo traía a la mediación, pero ya estaba hecha; ahora solo restaba escucharlo y luego retomar el tema de la pareja. Sin embargo algo me decía que estaba bien.

—No tuvo problema en conseguir trabajo porque, igual que mis otros hijos, tiene pasaporte de la comunidad europea y ella es muy capaz, inteligente y trabajadora. Hasta ahí todo bien. Pero a los tres meses de estar allá, la llamó por teléfono a la madre y le pidió que fuese a Barcelona, que la necesitaba. Nos asustamos, pero nos dijo que estaba bien, que solo necesitaba hablar con la madre y que no podía hacerlo por teléfono. Lo primero que pensamos con mi mujer era que estaba enferma; nos dijo que no, luego supusimos que estaba embarazada, se rió y nos dijo que tampoco era eso, pero insistió en que

no quería hablarlo por teléfono, sino personalmente y que ella no tenía dinero para viajar. En realidad nosotros tampoco teníamos dinero, solo unos pocos ahorros, pero nos pareció importante porque, si ella lo pedía, debía necesitarlo. Decidimos que viajase María. Ella arregló sus temas laborales y partió para allá. Ese viaje fue fatídico.

Sentía que Jorge necesitaba dar vueltas y vueltas antes de ir al grano, eso me hizo intuir que lo que iba a contarnos era algo doloroso para él y que aún no lo había digerido.

—Cuando María llegó, se encontró con que Georgina vivía con una compañera, que también era argentina, y con la cual había partido desde acá, sin decirnos nada, pese a que nosotros la conocíamos. Esto le llamó la atención a mi mujer, pero no se lo comentó, aunque creo que ahí empezó a suponer cuál era el tema sobre el que quería hablar nuestra hija, y por qué había pedido que fuera María y no los dos. También le sorprendió que no le mostrara el departamento y que la ubicara en una pequeña pieza. Ella no pudo dormir esa noche y me contó, a su vuelta, que empezó a recordar una cantidad de situaciones previas. Yo nunca me había percatado, siempre la había visto diferente, pero qué ciegos somos los padres, cómo es que no vemos cuando no queremos ver. Al día siguiente se fueron a caminar por el parque Güell y allí le contó que vivía en pareja con Cecilia, así se llama la amiga, que era lesbiana, que por eso había decidido irse del país y vivir en un lugar donde esta situación fuera aceptada. No había querido decírmelo, porque sabía que podía ser terrible para mí. En realidad, creo que ella no se imagina lo que me cuesta todo esto. Cuando volvió María y me lo contó, lo primero que dije es que para mí estaba muerta, que no quería verla más en mi vida, que era terrible lo que había hecho y que se olvidara de mí como padre. Un amigo mío, en realidad el único amigo con quien hablé este tema, me dijo que estaba loco, que él daría cualquier cosa por tener a su hija, que no le importaría nada que fuera lesbiana. Él perdió una hija hace cinco años, en un accidente estúpido y, si bien ha salido adelante, no logra consuelo. Por suerte no fui a Barcelona, porque a medida que pasa el tiempo me voy resignando. No puedo decir que lo acepte, pero hemos hablado mucho con la madre, y los razonamientos de ella me hacen pensar. Aún no la he vuelto a ver, le escribo, a veces hablo por teléfono, me entero de todos sus

progresos porque es sumamente capaz. Ella jamás me menciona el tema, aunque sabe que yo lo sé. Creo que ha sido mi hija preferida, compartíamos una afinidad por los deportes que no la he tenido con ninguno de mis otros hijos. Era la única que de chica disfrutaba ir conmigo al autódromo, siempre quería ir al "curvón", a carreras de lancha en Palermo, incluso hemos ido mucho más que con los varones a la cancha de River. Ni María ni María Sol han ido jamás a estos espectáculos. En su adolescencia fuimos muy compinches, a mí me gustan los fierros y, cuando cambiábamos de auto, siempre era con ella con la que salíamos a buscar ofertas. No me puedo imaginar que sea feliz teniendo sexo con otra mujer, me parece una atrocidad. Nunca pude comprender la homosexualidad entre hombres, pero entre mujeres me resulta impensable. Hasta que se presentó este tema del divorcio, este había sido el dolor más grande de mi vida; ahora no sé cuál es peor, pero los dos son muy fuertes.

Jorge hizo una pausa, tomó el café frío, nos miró y luego agregó:

—No solo por esto ese viaje fue fatídico, sino porque, como me contó María hace unos meses, ahí conoció a un hombre, que le cambió la vida a ella y, por lo tanto, la mía. Recién dije que por suerte no fui a Barcelona, y me he preguntado mil veces qué habría pasado si hubiera ido. Nunca creí que tuviéramos un destino trazado, pero ahora lo dudo. Por momentos me parece que somos como piezas de ajedrez que alguien mueve.

Hablaba lentamente, como recitando un cuento que se había contado a sí mismo cien veces. El clima en la sala de mediación era de suma intimidad, nadie se animaba a hablar. Javier lo miraba con ternura; la doctora, antes tan combativa, miraba hacia abajo, compungida por el dolor de este hombre. Le ofrecí otro café caliente y él aceptó, no sé si porque quería tomarlo o para darse un respiro. Su pena la sentía yo en mis tripas. No era enojo lo que él tenía, sino un terrible dolor, que duele más cuando es del alma, porque los del cuerpo pueden aliviarse con calmantes, pero a los del alma no hay nada que pueda silenciarlos; la mente trabaja veinticuatro horas al día, aun durante el sueño las ideas transformadas en pesadillas reaparecen una y otra vez. No nos dan tregua.

Pese al dolor de Jorge, sentía un profundo cariño por Georgina; ella tenía derecho a hacer su vida, más allá de la pena que le causara al padre, pero comprendía que para él, de otra generación —bah, de la mía—, debía ser algo inaceptable. Yo podía entenderlo porque era su hija ¿Qué hubiera pensado si hubiera sido mi hija? Creo que la hubiera comprendido, aceptado y apoyado pero... ¿seguro? No fuimos educados para estos cambios. Quizá mi profesión y el haber podido vibrar con el dolor y las alegrías de mis pacientes y mediados me ha dado otra perspectiva. Todo esto ha existido siempre, pero se ocultaba, no se podía, no digo disfrutar, no se podía ni siquiera vivirlo. Creo que hemos progresado en la medida en que existe mayor congruencia entre lo que se piensa y lo que se vive, pero... ¿quién puede asegurarlo?

Después de un largo silencio, Jorge retomó la palabra y dijo:

—En aquel viaje, María conoció a un hombre; fue un encuentro casual, en el avión, pero algo le pasó, porque se quedó, como dicen los chicos ahora, flasheada. Después, según ella, también por pura casualidad, se encontraron caminando por Barcelona, al día siguiente de la conversación que tuvo con Georgina y compartió este tema con él. Sé que hicieron un viaje juntos en auto. Él es argentino, pero vive casi siempre allá. Desde entonces se han estado comunicando por mail y por teléfono, y se han visto algunas veces. No he querido saber más: ¿para qué? Según me ha dicho ella, al principio pensó que era algo muy pasajero, un deslumbramiento del momento, que le "pegó" fuerte por lo shockeada que estaba, que intentó de todas formas olvidarlo, pero no pudo. Lo central es que ella está enamorada de él.

Después de decir esto, le salió, desde el fondo de su alma, un suspiro. Sus ojos marrones claros se transformaron en color miel y sin ningún pudor comenzó a llorar silenciosamente. Me dio la impresión de que se achicaba en la silla. Todos guardamos silencio durante unos minutos. Luego se enjugó los ojos y continuó:

—Esto viene sucediendo desde hace dos años y yo no sabía nada, y posiblemente no me hubiera enterado, pero la mujer de él encontró un mail y comen-

zó a mandarle mensajes a María, y luego a llamar a casa, hasta que un día atendí yo.

Un nuevo silencio se produjo.

—Ustedes pueden no creerlo, pero maldigo la hora en que me enteré. Si bien es cierto que nuestra vida había cambiado, seguíamos viviendo bien aunque ya dormíamos en habitaciones separadas; nunca hemos peleado, solo discusiones por cosas sin importancia, por eso yo quisiera continuar viviendo así con ella, aunque sé que ama a otro. No la culpo. Nadie es culpable de enamorarse, es algo que ocurre. Yo me enamoré de María ni bien la vi; fue, como decíamos entonces, un flechazo a primera vista. Yo tenía una novia, que era una buena persona y con quien había planeado casarme, tener hijos, en fin, todo eso, pero sin querer me enamoré de ella y al tiempo dejé a la otra. Yo sigo amando a María, aún hoy después de más de treinta años, y sé que, cuando a uno le pasa esto, es capaz de cualquier cosa.

—Jorge, le pido nuevamente disculpas por el doloroso momento que sin querer le hemos hecho pasar; entiendo que ha vivido dos situaciones que lo han conmocionado muchísimo y lo hacen sufrir, me refiero al tema de Georgina y a este encuentro que nos ha contado, de María.

Sabía que no tenía el nombre de “él” pero no me pareció prudente preguntarlo; luego continué:

—Usted, pese a su dolor, la comprende a María, no la culpa y dijo que sabe que estas son cosas que pasan en la vida, y aun conociendo toda esta historia preferiría continuar la vida con ella, como hasta hace tres meses.

—Así es.

—¿Usted cree que hay alguna posibilidad de que ella acepte esta convivencia?
—Durante casi dos años, ella prefirió vivir así, y todo hubiera continuado de no ser por ese mail. Ella había elegido esa opción. Él sigue viviendo con su mujer y sus hijos, y, según me ha dicho mi mujer, no piensan modificar esto. ¿Qué sentido tiene que vivamos María y yo, cada uno en una casa diferente? Ni siquiera desde lo económico es conveniente. No me importa que me digan que soy un cornudo consciente, lo he pensado mucho y sigo eligiendo esta op-

ción. Puede que con el tiempo yo cambie y no lo soporte, uno nunca sabe, pero por ahora... Ella está enamorada, no cabe duda. No es un affaire pasajero. Pero ella también me quiere a mí, aunque de otra forma. Yo deseo disfrutar mi vejez con mis hijos y mis nietos, y para ella también sus hijos y sus nietos han sido y son lo más importante. Podemos compartir esta parte de nuestra existencia juntos. Hemos tenido una vida muy agradable, hubo momentos maravillosos, recuerdo nuestros veraneos cuando los chicos eran chicos, íbamos a Villa Gesell, allí también pasamos nuestra luna de miel. Ambos, cuando aún no nos conocíamos, habíamos tenido nuestro primer veraneo solos en la Villa, claro que era otra, con sus calles todas de arena, la Jirafa Roja, la Mouche Verde, Tonton Macute, las amplias playas y la informalidad que tanto nos gustaba. La casa Böhn, a donde acudíamos a comprar libros para los chicos y para nosotros. Eran otros tiempos. Pero aún, hace veinte o veinticinco años, íbamos con los tres mayores, que eran chiquitos. Nos pasábamos todo el año ahorrando para tomarnos esos días y, cuando no nos alcanzaba el dinero, íbamos al camping, con nuestro Fiat 128 cargado con todo. Todas eran familias con chicos, que jugaban todos juntos en el pinar o en la playa. También los grandes nos divertíamos jugando a las cartas o veíamos cine en el “tronco-cine”, como lo llamábamos, porque, desde el alabrado y sin pagar, disfrutábamos las películas que proyectaban en el autocine. Hubo momentos difíciles desde lo económico, sobre todo, pero fue una buena vida. Volvería a vivir una y mil veces esa etapa.

Mientras Jorge contaba esto se le iluminaba la cara. Javier me miró cuando se nombró a Gesell. Mientras él hablaba, sentí el “olor geselino”, esa mezcla de aroma a pino y aire marino que inunda toda la Villa. Yo conocía todo lo que él contaba, los lugares que mencionaba habían sido, y son en la actualidad, también parte de mi vida. Gesell es mi segunda ciudad, vivo tres meses al año en ella, desde hace más de treinta años. Ahora mismo, mientras escribo esto, lo hago sentada en mi casa del mar, como suelo llamarla, mirando al pinar, aspirando ese aroma tan particular, que, como diría el Principito, “quien ha sentido ese olor, jamás puede olvidar su aroma”. Cada una de las etapas importantes de mi vida están irremediablemente unidas a Gesell: el amor, la llegada de mis hijos, la escritura

y corrección de mis libros, mis seres queridos, todos ellos han convivido en mi casa, tengo recuerdos hermosos de los cumpleaños infantiles de mis chicos, fue el lugar elegido durante más de diez años, por mi padre para festejar su cumpleaños, las cenas de cada Año Nuevo en largas mesas llenas de amigos y parientes, en fin, Gesell es una palabra clave en mi vida, que tiene infinitas conexiones, y diría que la gran mayoría de los recuerdos son sumamente placenteros. Aunque no puedo dejar de entristecerme al recordar la muerte de Hans, nuestro querido amigo, creo que fue el primer gran dolor de mi hijo. Gesell es una ciudad curiosa, vive en el verano, cuando se inunda de turistas y multiplica por diez su población; luego entra en un extraño letargo en el invierno. Es el producto del empecinamiento de un hombre, su fundador, Carlos Gesell, que transformó un médano en ciudad. Su casa, que aún hoy existe como museo, tenía cuatro puertas, para que tuviesen siempre una salida, cuando el viento en una noche movía masas de arena, y los médanos, como fantasmas nocturnos, se trasladaban y taponaban alguna de ellas. Tiene una significación muy especial para las personas de mi generación, porque fue en los años sesenta un centro hippie y la antítesis de lo formal; diría que era una ciudad transgresora. En la actualidad sigue siendo la ciudad de iniciación de los adolescentes adonde acuden por primera vez solos, sin sus padres. En este momento están en mi casa mi marido, mis hijos, la mujer de mi hijo con su niño, mis dos nietastros, mis dos hijastros y mi nuerastra, en fin, un familión, y no puedo dejar de nombrar a Mary, quien me ayuda a que todo esto más o menos funcione y yo pueda tener tiempo para leer y escribir. No es causal que al escribir esta historia necesite referirme a esta ciudad transgresora.

Pero... volvamos a la mediación, recuerdo que, después de una pausa, Jorge continuó diciendo:

—Teníamos todos el mismo tipo de familia, primer matrimonio, varios chicos, todos bastantes seguidos. Las familias de ahora son tan distintas a las de antes. Mire en mi caso: uno de mis hijos vive juntado con una mujer mayor que él y con un hijo, la otra vive con su pareja homosexual, y la única que se

casó, como lo hacíamos antes, lo hizo estando embarazada. Me he preguntado últimamente muchas veces, ¿por qué nosotros no podemos también crear un nuevo tipo de familia? A esta altura de mi vida lo que importa es la cotidianidad, los recuerdos compartidos, los hijos y los nietos. El futuro, ¡ah de eso no sé!, pero nadie sabe cómo será el futuro.

Pensé que estaba claro el objetivo de él y los motivos por los cuales quería seguir viviendo de esa forma. Tendríamos que haber explorado qué temas tendrían que tratar si ella no aceptaba esta alternativa, pero sentí que había sido todo demasiado duro para él, era bueno que tomase un respiro y hablar con María, ya habría tiempo más adelante. Sentí que este era un buen momento para interrumpir, él se había recuperado un poco al traer todos estos recuerdos de la época de sus vacaciones con la familia en Gesell.

Mi cabeza, en aquel momento, daba vueltas y vueltas, la lógica de esta historia era clara, había coherencia entre todos los elementos de su narrativa y también era muy congruente lo que contaba y la forma en que lo contaba; sin embargo me chocaba que un hombre aceptara esta situación. Nuevamente los temas de género se me cruzaban. Muchas mujeres han vivido o soportado que los maridos tengan amantes, en algunos países existe la casa grande y la casa chica, pero que un hombre acepte ser un cornudo consciente, como él había dicho, me resultaba inusual, pero al mismo tiempo pensaba ¿por qué no? Si bien mi función como mediadora era ayudarlos a reflexionar para que eligiesen la mejor salida y no influirlos con mi forma de ser y de pensar, no podía alejar de mi mente estas ideas. También me había impactado su llanto silencioso, que no intentó disimular. Siempre me conmueve que los hombres lloren, ¿por qué la cultura los priva del derecho de expresar su dolor?

Cuando los vi en la sala de espera había supuesto que iba a ser una mediación sencilla; es cierto que no se vislumbraba violencia, pero no es solo la violencia lo que hace difícil un proceso.

Ahora que lo escribo, me parece que hubiera estado mucho tiempo pensando todo esto, pero no fue así, fueron como sensaciones que se me presentaron globalmente, todas juntas, y me generaron confusión.

Mientras todo esto llenaba mi cabeza, oí a Javier decir:

—Muchas gracias, Jorge, por haber compartido todas estas vivencias con nosotros; igual que lo hizo Ana María, le pido disculpas por si en algún momento le hemos agudizado su dolor. No sé si quiere agregar algo más.

—No, ha sido suficiente —dijo él.

—Quisiera hacerle una última pregunta, Jorge. De todo lo que nos ha contado, ¿hay algo que quiere que mantengamos en secreto con respecto a María?

—No, no es necesario, todo lo que he dicho ella lo sabe. Quizá opina diferente, pero estoy seguro de que conoce perfectamente mi forma de pensar. No, no hay nada que tengan que mantener en secreto.

—Entonces les ruego que nos esperen un rato, mientras hablamos con María y Alberto. Si se le ocurre algo que considere importante que sepamos, cuando hayamos terminado con ellos, podemos volver a reunirnos como lo hicimos ahora.

Jorge y la doctora se levantaron lentamente; él tomó unos papeles en blanco que había en su lugar y ella su portafolios.

Reunión de equipo

Cuando ellos salieron de la sala, Javier me dijo:

—¿Qué tal si charlamos un poquito nosotros?

Me maravilla esta conexión con Javier, muchas veces lo he escuchado diciendo lo mismo que diría yo. Hacía unos instantes, mientras él hablaba había pensado: "Necesito una reunión de equipo con Javi antes de que entren ellos, quiero saber su opinión de hombre".

—Te lo iba a pedir, pero María hace rato que está esperando, no podemos demorar. ¿Qué pensás? ¿Qué sentís? —le pregunté.

—Estoy conmovido. ¿Qué edad tendrá él? No se la preguntamos.

—Calculo que cerca de los 60, más o menos. Lo veo mayor que ella.

—Está más cerca de tu edad que de la mía —me miró sonriendo—. Decime: ¿a esa edad se piensa así?

—No sé, no he llegado a los 60, pero ¿qué opinás de un hombre que acepta ser cornudo consciente?

—Por un lado me genera bronca, pero, como él lo dice, parece una alternativa lógica.

—Y si la que dijera esto fuera una mujer, ¿qué pensarías?

—No sería ninguna novedad, hay tantas en esa situación.

—Después la seguimos. ¿Vas a buscarlos vos?

—Sí, por supuesto.

En los minutos que demoró la entrada de ellos, mi cabeza siguió a mil, pero lo más fuerte era la idea: narrativa contracultural. Muchas veces lo había leído; es más, lo enseñaba a mis alumnos, pero ahora era distinto, lo vivía en toda su intensidad. Cuando una historia no está de acuerdo con la cultura dominante, tendemos a rechazarla, es nuestra parte emocional la que no la acepta, porque la lógica de él era buena, pero igual no me gustaba. Sabía que lo importante era si ellos dos estaban o no de acuerdo, no lo que yo pensara o sintiera, pero de cualquier manera no podía dejar de rumiar estas ideas.

También volvía a preguntarme por qué eran tan dolorosos los divorcios, por qué encontraba que casi siempre uno de los dos sufría intensamente.

Me levanté, camine, olí nuevamente las glicinas, porque quería separarme de todas estas sensaciones y pensamientos, para poder escucharla a ella y comprender su punto de vista sin estar colonizada por todo lo vivido. ¿Qué nos contaría María?

Reunión privada con María y su abogado

Entraron en la sala, primero María, que nuevamente llamó mi atención. Su prestancia contrastaba con la imagen de Jorge que tenía aún en mis retinas; tenía una buena figura para una mujer de su edad.

Detrás de ella Alberto, quien me pareció más alto que la primera vez y, por qué no decirlo, más buen mozo. Pensé: es hombre, abogado, no muy joven, menor que yo, pero más viejo que Javier. ¿Será mediador? reúne todas las condiciones para ser mi co-mediador, sobre todo la de buen mozo con su pelo y barba entrecano y sus profundos pero al mismo tiempo tiernos ojos. Ahora, al recordar todo esto, pienso que fue una trampa de mi inconsciente, para poder centrarme en ellos y dejar atrás toda la historia que acabábamos de escuchar.

Cerrando este cortejo estaba Javier, él también se había distendido y les indicó los lugares para que se sentasen. Para no contrariar mi costumbre les ofrecí café; ambos dijeron que acababan de tomar uno que les había servido Beatriz. "Obvio", pensé, "siempre tan eficiente". Les dije que, si en algún momento querían tomar otro, no tenían más que pedirlo.

Nos sentamos con Javier nuevamente uno al lado del otro. Nunca me he explicado por qué inexorablemente me ubico a la izquierda del co-mediador. Una vez, cuando me di cuenta de esto, intenté cambiar de lugar y quien estaba videograbando me pidió que volviera al lugar original porque la altura del hombre tapaba la lente de la cámara que estaba a nuestras espaldas. En ese momento, al pensar esto, advertí que no había encendido la cámara para grabar. Ya era tarde, si no habíamos grabado lo anterior, no tenía sentido grabar esta parte. Lo miré a Javier y le dije:

—Me olvidé de encender la cámara, no se ha grabado nada.

—No importa —dijo—, grabaremos el próximo encuentro.

¿Habrá próximo encuentro?, pensé, pero no dije nada.

—La secretaria nos había informado que iba a ser videograbada la mediación y nos hizo firmar una aceptación de esto —dijo Alberto.

—Sí, siempre acostumbramos videograbar, sobre todo los primeros encuentros; por eso les informamos a los participantes de esto y les pedimos que firmen la aceptación, y no sé que me pasó, ahí está a la vista de todos la cámara, pero me olvidé de encenderla.

—Ya les comentamos al principio que todo lo que hablen en estas reuniones privadas será confidencial y que no se lo transmitiremos a la otra parte salvo que ustedes nos autoricen expresamente a hacerlo —comenzó a explicar Javier.

—Sí, de acuerdo —dijeron ambos.

—En una mediación en que estuve hace unos días me informaron que lo que se hablase en estas reuniones privadas no sería confidencial para la otra parte —agregó Alberto.

—Los mediadores tenemos distintas posiciones con respecto a este tema, lo importante es que los participantes sepan si va a ser confidencial o no. Nosotros preferimos mantener la confidencialidad de lo que quieran, sobre todo en casos de divorcio, ya que es muy común que existan secretos, que no querría alguno de los integrantes que el otro se enterase, y a nosotros nos parece muy respetable. O sea que mantendremos todos los secretos que ustedes deseen mantener.

—María, hemos escuchado a Jorge, ahora nos interesaría conocer su punto de vista sobre la situación que están viviendo y cómo quisiera usted que se desarrolle su vida en el futuro.

—Jorge salió muy consternado de la reunión con ustedes, y me dijo que les había contado todo, tanto del tema de Georgina como lo que me está pasando.

—Hemos escuchado a Jorge, pero, insisto, ahora nos interesa escucharla a usted, lo que quiera contarnos.

—No quisiera que Jorge sufra, aunque sé que está sufriendo y mucho. Él es un hombre extraordinario, ha sido y es muy buen marido, un excelente padre, y muy, pero muy buena persona. No merece lo que le está pasando y sé que soy responsable por esto, aunque no puedo sentirme culpable.

Me impresionaba la claridad que expresaban estas personas. Ella se decía responsable, pero no culpable. Él había dicho que ella no tenía la culpa. Ninguno quería lastimar al otro. Ambos se consideraban a sí mismo y al otro como buenas personas. Ambos estaban atrapados en una encrucijada que les había tendido la vida. ¿Qué solución podrían encontrar a toda esta situación? ¿Cómo continuarían sus vidas?

Ahora estaba muy cerca de ella y podía observarla: sus facciones eran proporcionadas, nariz pequeña, boca mediana, dos hoyuelos al

costado de la boca. Estaba maquillada, pero no en exceso; la sombra en sus párpados hacía resaltar aún más sus ojos claros, que me parecieron verdes; su pelo castaño con alguna que otra cana, el peinado recogido dejaba al descubierto una frente amplia, casi sin arrugas. Vestía un pantalón marrón oscuro, una camisa crema y un chaleco color chocolate, y se había quitado el saco de cuero. Pero lo más llamativo era su mirada, dulce, serena y con algo de picardía. Luego continuó:

—*Nunca pensé que esto podía pasarme a mí, y mucho menos a esta altura de mi vida. Estoy sumamente tranquila porque no lo busqué, sino que se me presentó así. La primera sorprendida fui yo. También sé que he hecho todos los esfuerzos posibles para olvidar a este hombre que se me cruzó en mi camino, pero no he podido. Mi vida hasta ese momento era tranquila, quizá demasiado tranquila. Tres de mis hijos se habían ido a hacer sus vidas, una de ellos muy lejos, a Barcelona, los otros viven cerca de nosotros. Y Benjamín, tenía el proyecto de irse a estudiar al Balseiro, ese había sido su sueño siempre y para ello estudiaba como loco, ya que debía sobresalir en la universidad para poder obtener la beca e ingresar allí. Con Jorge sabíamos y habíamos comentado que nos íbamos a quedar solos, sin el barullo permanente de los hijos adolescentes y sus amigos y amigas, que habían poblado nuestra casa durante los últimos diez años. También habíamos pensado que esto tendría la ventaja de un alivio económico, porque no es lo mismo ser seis, con cuatro adolescentes, que dos, casi viejos. No me puedo quejar, salvo algunas etapas de crisis, como la gran crisis del 2002, hemos tenido un buen pasar, sin lujos pero también sin ahogos, ni demasiados sobresaltos. Planeábamos con el excedente que nos iba a quedar aprovechar para viajar. Yo soy profesora de francés, he ejercido la docencia secundaria y universitaria durante años, y espero pronto jubilarme. Me ha gustado mucho el trabajo con gente joven, pero ya no me motiva, sobre todo el trabajo en el colegio me agota por el poco interés de los alumnos y todos los temas de indisciplina. Hace unos años me preocupaba esto, pero ahora he tirado la toalla y solo espero jubilarme. La ida de Georgina fue un golpe para Jorge y para mí, aunque creo que por motivos diferentes. A mí me preocupaba y me sigue preocupando el desarraigo, la falta de familia, todo lo que trae la migración. Yo soy francesa, nací en un pequeño pueblo al sur de Francia,*

Tarbes; mi madre era de allí, mi padre era español, vasco. En la época de Franco, después de perder varios hermanos y amigos en la guerra civil, escapó de España, cruzó los Pirineos, se fue a Francia y allí conoció a mi madre. Yo soy la única de mis hermanos que nació allá, mi familia vino a la Argentina después de la guerra, cuando yo era muy pequeña, y ha sido siempre muy duro para todos nosotros, sobre todo para mi madre, que creo que nunca se adaptó a vivir acá, siempre soñó con volver a Francia. A veces he pensado que murió de tristeza. Mi padre tampoco volvió, pero él había venido a hacer la América, y hubiera querido regresar lleno de dinero. La diferencia entre ellos es que él no tenía buenos recuerdos de su país, había sufrido mucho, en cambio mi madre sí. Pero vuelvo al tema de Georgina, a Jorge al principio le dolió mucho que "su" hija, porque siempre ha sido la preferida o la que más ha compartido con él, incluso mucho más que los varones, se fuera tan lejos. Se encerró en una cueva de silencio, de la cual casi no salía. Ya se había ido el mayor, y al poco tiempo se fue María Sol, y hace un año Benjamín. Es un gran cambio en pocos años. Creo que Jorge ya les contó que Georgina más o menos a los tres meses de haberse ido nos pidió que yo fuera a Barcelona; nos asustamos los dos, ella nos tranquilizó que todo estaba bien, no estaba enferma ni embarazada, pero quería hablar personalmente conmigo, no quiso anticiparnos nada por teléfono. A mí me llamó la atención que pidiera tanto que fuera yo y no el padre, ya que siempre ha tenido mejor relación con él. Alguna vez, cuando ella era más chica, se me había pasado por la cabeza que ella podía ser gay, nunca había tenido un novio en serio, sí noviecitos y muchos amigos; después que ella me lo dijo, comencé a recordar una cantidad de anécdotas y pistas, pero los padres somos tan ciegos cuando no queremos ver. Me duele no haberla podido ayudar en todos los años de su adolescencia, en los cuales ella se debatía con este tema. Jamás había querido hacer terapia, allá me contó que tenía miedo que alguien descubriera su secreto. No me perdono mi ceguera, porque la dejé muy sola.

Suspiró, hizo una larga pausa y continuó:

—*Jorge se puso furioso con ella, como si Georgina le hubiera fallado. Yo no siento eso, ni lo entiendo a él, nunca pensamos que los hijos tenían que responder a nuestros gustos, nos propusimos y creo que logramos educarlos para que fueran*

libres y viviesen en el mundo que a ellos les toca vivir. Es cierto, no me planteé la posibilidad de la homosexualidad, ni los educamos para que pudieran ver esta elección como una de las posibilidades, y mucho menos en las mujeres. Por eso lo vivió todo esto con tanto sufrimiento y culpa. Es posible que la diferente visión que tenemos con Jorge se deba a que yo he estado con Georgina tres veces y se la ve feliz, contenta con lo que está aprendiendo y haciendo. Está bien, nunca la había visto tan bien. Cecilia, su pareja, es una persona muy interesante, un poco mayor que ella, muy culta, viajan y se divierten mucho las dos. Están muy bien las dos. Mi única preocupación es que no van a tener hijos, y para mí los hijos han sido sumamente importantes. Pero, en fin, nunca se sabe, quizá encuentran alguna de las formas modernas de tener hijos.

Ella contó todo esto con calma. A pesar de decir casi lo mismo que Jorge, su forma de relatarlo era absolutamente diferente, no había enojo ni resignación, sino una aceptación total y transmitía la tranquilidad que tenemos los padres cuando vemos a nuestros hijos encaminados. Me sentí identificada con esta madre. Javier la escuchaba atentamente, no pude identificar qué pensaba ni qué sentía. Y Alberto, que obviamente ya conocía la historia, parecía, no sé qué palabra utilizar, pero diría que no estaba cómodo. ¿Será que a los hombres les molesta la homosexualidad femenina?

—¿En qué mes viajaste a Barcelona?—preguntó Javier

Inmediatamente identifiqué el porqué de esta pregunta. Sabía que a Javier no le importaba el mes: lo que hizo, con esa habilidad que lo caracteriza, fue centrarla en el tema del divorcio, que, por lo que nos había contado Jorge, había comenzado en ese viaje “fatídico”, según él. Pero María iba volver al tema de Georgina y nos relatará el episodio del encuentro con ella muy detalladamente.

—Viajé en mayo. Por una cuestión de precios Jorge insistió que viajara por Aerolíneas Argentinas; yo quería ir por Air France, pero salía mucho más caro. Mi preferencia no era por una cuestión de “calidad”, sino para poder visitar París y ver a alguno de los familiares que aún quedan allá. Lo que

me convenció de todos los argumentos que Jorge esgrimió es que no sabíamos si Georgina necesitaría dinero, y convenía no gastarnos tanto los ahorros. El día anterior, según Aerolíneas por problemas climáticos, habían suspendido un vuelo a España, así que cuando llegué a Ezeiza era un desastre total. Los pasajeros de los dos vuelos de ese día más los del vuelo del día anterior teníamos que ser reubicados en dos aviones. En el avión que iba directo a Barcelona solo quedaba un asiento, en el medio. Georgina me había dicho que no hiciera traspaso en Madrid, porque el aeropuerto es inmenso y el viaje podía durar varias horas más. Yo quería llegar lo antes posible a ver a mi hija, así que acepté el incómodo asiento del medio. Toda nuestra vida sería diferente, no digo que mejor, si hubiera tomado el otro avión que me ofrecían. Cuando subí, me encontré que en el asiento de la ventanilla estaba sentado un hombre, que de entrada me pareció muy interesante, buen mozo y sumamente amable. Me saludó y se ofreció para ayudarme a colocar la valija de mano en el portaequipajes. Cuando se sentó vi que tenía pasaporte argentino, que guardó prolijamente. Luego sacó un libro que yo había leído y me había gustado mucho, El último encuentro, de Sándor Márai, y se puso a leerlo. A mi izquierda, en el asiento del pasillo se ubicó una mujer, gorda, tan gorda que casi no cabía en el asiento. El avión partió, luego nos trajeron la comida, yo pedí vino para poder descansar y después que apagaron las luces me dispuse a dormir hasta Barcelona. Al contarle ahora, hasta me da vergüenza, porque cuando me desperté, no sé después de cuánto tiempo, tenía mi cabeza recostada en su hombro. Él estaba despierto y, cuando vio mi turbación, se rió como loco. Yo traté de justificarme, mirando a la señora de mi izquierda, y él se rió más. Ahí comenzamos a conversar, primero del libro, después de los motivos de nuestros viajes. Fue increíble, era como si nos conociéramos de toda la vida. Él es argentino pero vive en Barcelona con su familia desde la crisis. Yo soy bastante poco dada y nunca hasta entonces se me había ocurrido conversar con un desconocido, pero no sé si era por los nervios del viaje, por la angustia que tenía por lo que le podía estar pasando a mi hija, en fin no sé por qué fui sumamente comunicativa. Hablamos durante horas. Me mencionó y luego explicó la teoría de la sincronización; yo no había oído hablar de ello, y me resultó algo extraño. Le conté que, además de ir a Barcelona, pensaba llegar hasta Valencia a visitar a una amiga de la infancia. Así llegamos al aeropuerto y nos despedimos amigablemente; él me

dijo: "Hasta la vista" y yo, como cargándolo, le dije: "Hasta que la sincronización vuelva a unirnos".

—Me tiene intrigado, María, ¿qué es la sincronización?—preguntó Alberto.

—No sé muy bien cómo explicarlo, pero es algo así como que las cosas no pasan por casualidad, sino que siempre hay alguna causalidad aunque no sepamos distinguirla, y, cuando uno se abandona a vivir, sin tratar de torcer el rumbo, las cosas se acomodan solas.

En ese momento pensé: ¿por qué estoy, estamos, en esta mediación?, ¿cuál será la causa secreta que hace que estemos acá? Ahora pienso: ¿sería para que escribiera? Yo conocía la teoría, sabía que Javier también la conocía, porque yo misma le había regalado el libro de Jaworsky, así que decidí no torcer ningún rumbo y "subirme en la ola de la vida", en este caso a la ola de la mediación. Ella tenía una forma de contar los hechos que seguía sorprendiéndome; era amable, dulce y sumamente interesante. La curiosidad, la sana curiosidad, que es indispensable para ser una buena mediadora, en esos momentos me mataba. Me molestó la interrupción de Alberto, temí que ella se pusiera a explicarle más sobre esa teoría, pero por suerte eso no ocurrió.

—Mi hija me estaba esperando en el aeropuerto. En el viaje a la casa me enteré de que vivía con Cecilia, que habían viajado juntas desde Buenos Aires, y me llamó la atención que no me lo hubiera dicho. Ella tenía que trabajar, así que me dejó en el departamento, y me dispuse a descansar hasta que ella viniera a la noche. Estaba ansiosa por conocer qué le pasaba, para qué había atravesado medio globo desde Buenos Aires. A la tarde di una vuelta por la Rambla, tomé un café en medio de la gente que paseaba, en una de las esquinas más lindas de Barcelona, cerca de Boquerías. Todo este paseo me ayudó a distraerme y regresé al departamento. Al rato llegaron Cecilia y Georgina. La amiga de mi hija me pareció una mujer hermosa; su padre es japonés y su madre creo que era española, y ella tiene una mezcla que la hace sumamente interesante. Yo ya la conocía, varias veces había estado de paso en casa con mi hija. Fuimos a cenar a un lugar medio insólito y muy bullicioso, en donde uno elige los pescados y mariscos como en una pescadería y luego se lo cocin-

nan. Creo que mi hija eligió ese sitio para que no hablásemos. Como entendí eso, me resigné a esperar al día siguiente, que era sábado y tendríamos toda la tarde libre para las dos. La charla entre las tres fue muy agradable, me contaron lo que cada una hacía en su trabajo, la vida de Barcelona, lo caro que era todo, en fin todas esas cosas.

Hubiera deseado que Javier hiciera alguna de esas preguntas que ayudan a que se vuelva al tema central, pero no la hizo, así que me dispuse a escuchar todos los detalles de la historia tal como María quería contarla. No cabe duda, pensé, las historias de las mujeres son detalladas, cronológicas y largas, a veces muy largas. También sabía que mi impaciencia se debía al suspenso que María había creado con respecto a la historia con "él". Nuevamente era un señor sin nombre.

Ahora, mientras escribo esta historia, me doy cuenta de que también mi historia tiene los signos inequívocos de una narrativa femenina, es larga, con detalles, cronológica, etcétera, etcétera, pero ¿podría ser de otra forma?, ¿deseo que sea distinta? La respuesta es NO, así con mayúsculas. Soy mujer y, si volviera a nacer, elegiría nuevamente nacer con este sexo, claro, en esta cultura y en la actualidad o quizá en la próxima generación. ¿Quién sabe cuál será el lugar de las mujeres en el futuro?

—Al día siguiente, entre el cambio de horario, que me afecta mucho, el desayuno, los comentarios sobre la situación en la Argentina, y otras cosas más, se nos hicieron las tres de la tarde y, aunque era una buena hora para almorzar en España, decidimos no comer nada y picar algo por allí.

Detalles, detalles y más detalles. Muchas veces me dan ganas de cortar, pero mi experiencia me dice que es una forma que tomamos las personas cuando vamos a contar algo importante, así que pacientemente esperaré.

—Georgina me había propuesto tomar el subte, metro lo llaman allá, e ir hasta la plaza Lesseps; me dijo que íbamos a entrar por la salida, porque es más lindo el paseo, aunque puede resultar cansador. Acepté la propuesta.

Cuando entramos, no me pareció que el esfuerzo valiera la pena, si bien la vista era hermosa, ya que se podía observar toda Barcelona a nuestros pies, con la Sagrada Familia, de la que ella me dijo: "Es como la vida, mami, siempre está en construcción". Se veía el mar y mil cosas más que ella se encargó de indicarme y explicarme. Mi idea cambió cuando comenzamos a bajar, transitando por esa especie de túneles abiertos, puentes y caminos sinuosos, rodeados de vegetación, con palmeras reales y las otras que el genio de Gaudí supo crear. Es un lugar mágico, la naturaleza y la cultura se dan un abrazo, y de esa unión se genera esa maravilla, tan ecológica diríamos ahora. Perdón, me he detenido demasiado en los detalles, pero creo que Georgina pensó mucho en cuál era el lugar más adecuado para hacerme sus confidencias, y la verdad es que no pudo encontrar otro mejor. Me hizo subir una cuesta, como la que posiblemente ella había subido en su vida. Después de caminar bastante, nos sentamos a tomar una bebida, cerca de la terraza de los sinuosos bancos multicolores. El día era espléndido, la primavera brillaba, me impresionaron las glicinas que estaban en flor, como las que ustedes tienen acá. Sentadas allí, rodeadas de toda esa maravilla, ella me dijo: "Mamá, te habrás dado cuenta de que vivo con Cecilia". Yo la miré sin entender qué me estaba diciendo y le respondí: "Sí, no sabía que habías venido con ella, o lo había olvidado". Ella, directa me aclaró: "Ma, te estoy diciendo que vivo en pareja —lo dijo subrayando estas palabras— con Cecilia". Me quedé mirándola sin poder captar lo que decía. Se hizo un silencio prolongado entre las dos; ella me miraba tratando de escudriñar en mi rostro mi reacción, pero yo me había ido. Tardé un rato en reaccionar, no sabía qué decirle, si retarla, si felicitarla, si hacerle preguntas, y como no sabía qué hacer me mantuve en silencio sin articular palabra y sin hacer gestos. Estaba petrificada. Ella esperó pacientemente que volviera. No sé cuánto duró mi viaje. Mil ideas, imágenes, situaciones se cruzaban por mi cabeza, al mismo tiempo que un vacío total. Cuando comenzó a hablar, me contó lo que ella llamaba "mi drama de la adolescencia", su lucha, sus intentos de relacionarse con hombres, la vergüenza y cómo mantenía oculto su secreto, y finalmente hace casi un año, al conocer a Cecilia, su aceptación de la situación. Me dijo que en aquel momento Cecilia vivía en pareja con otra mujer, Teresa, que se conocieron porque Teresa le encargó un trabajo de un video, y que en una oportunidad vino con Cecilia. Me dijo: "Ma, fue verla y quedarme extasiada. A ella le pasó algo semejante.

Al principio me invitaron a su casa, y comenzamos a salir las tres, hasta que Teresa se dio cuenta de que nos estábamos enamorando nosotras dos o de que nos habíamos enamorado. Cecilia dejó de verme, trató de rearmar la pareja, pero después me confesó que, pese a sus múltiples intentos, no podía olvidarme, que se despertaba pensando en mí, y que mil veces en el día se le aparecía mi imagen, mi voz, hasta mi olor. Yo me fui a Brasil, también para tratar de dejar atrás todo esto, porque no quería hacerle daño a ninguna de las dos. Pero no pudimos. Ellas terminaron su relación, mal. Teresa muy enojada y Cecilia sintiéndose muy culpable. A partir de que Teresa se fue a vivir con Cecilia, la familia de ella cortó la relación y la consideran una mala mujer, sienten vergüenza y no dejan que vea a sus sobrinos, porque es una mala influencia. A Cecilia la familia prefiere no verla; si bien no la han repudiado, la evitan. Cecilia ha sufrido mucho todo esto, porque ella quiere mucho a sus hermanos. La madre de ella falleció hace unos años y es la única que la comprendió. El padre no le dice nada, pero casi no le habla. Por eso ella se sintió tan mal con lo que le había dicho Teresa, ya que por ella perdió todo, su trabajo, porque la echaron al saber que era lesbiana, su familia, y ahora la ha perdido a ella. Por supuesto que me considera a mí la culpable de todos sus males. En Buenos Aires me llamaba por teléfono y me insultaba. Por eso decidimos venirnos acá. Yo con todas estas historias no quise contarles a ustedes todo esto, porque tenía miedo a la reacción de la familia. Pero, ma, ya no podía aguantar más. Acá todo es diferente, no se ve como una enfermedad ni como algo vergonzoso que hay que ocultar. Por eso te pedí que vinieras, no son cosas para decirlas por teléfono, quizá acá sí, pero en la Argentina, seguro que no". Todo esto me lo dijo con calma, segura de sí misma. Mientras me contaba, con muchos más detalles de los que les he contado a ustedes, las reacciones de las familias de Cecilia y Teresa, yo me preguntaba cómo íbamos a reaccionar nosotros. No podía estar segura, pero suponía que la reacción de Jorge no iba a ser buena; tampoco pensé que iba a ser tan terrible como fue. Cuando volví a casa se lo conté; no quise decírselo por teléfono porque coincidía con Georgina en que son temas que hay que hablarlos cara a cara. Ese día, aun sentadas en el parque, seguimos hablando de otras cosas, pero yo no prestaba atención, estaba como en el limbo. Ella me dijo: "Ma, sé que te ha caído como un balde de agua fría. No tenés por qué decir nada. Ya hablaremos". Le di la razón y se lo agradecí, pero en mi cabeza había una idea

que me torturaba. ¿Dónde había estado yo? ¿Cómo no la había acompañado? Mis hijos han sido todo en mi vida; desde chica pensé que no había nada más importante para una mujer que los hijos. Mi primer novio, al que amé apasionadamente, me dejó precisamente, según me he enterado, por este tema. ¿Cómo la dejé sola? Esa era la pregunta, y no porque hubiera podido cambiar su inclinación sexual, no creo que nadie pueda cambiar a nadie, solo uno mismo se puede cambiar. No era para "enderezarla", como me dijo Jorge, sino para que no viviese sola todos esos tormentos que azotaban su alma.

Había una palabra que resonaba en mis oídos: vergüenza; la había mencionado varias veces, la anoté en el lugar de las preguntas futuras. También me llamaba la atención que se culpase por no haberse dado cuenta y no haberla acompañado en esa etapa de la vida de la hija. Luego le pregunté:

—*¿Y ahora cómo se siente?*

—*Sigo pensando que fue un error mío no darme cuenta, había habido muchos indicios, pero no supe entenderlos.*

—*¿Y con respecto a Georgina?*

—*Como les dije, verla tan feliz me ha tranquilizado mucho. Volví a viajar al año siguiente, y de nuevo hace unos meses este año, y la sigo viendo feliz, creativa, madura. La veo bien, muy bien, quizá más feliz que a mis otros hijos, que no son homosexuales. Aún me cuesta pronunciar la palabra.*

Era cierto, fue en el único momento que su voz tan serena se quebró.

—*María, nos ha contado todo este viaje a Barcelona, en el cual conoció a un hombre en el avión que fue sumamente amable con usted —sonriendo y con una mirada cómplice le dije—: después que usted se había quedado dormida en su hombro, y luego nos ha contado con muchos detalles, aunque, como nos ha dicho, fue mucho más larga la conversación que tuvo con su hija, la confidencia que ella le hizo acerca de su homosexualidad —traté de pronunciar esta palabra con toda naturalidad—, el impacto que le causó y la tranquilidad que ahora usted tiene al verla feliz, madura y creativa. ¿Es así?*

—*Sí, correcto.*

—*Ahora quisiera hacerle una pregunta.*

Me miró a los ojos, asintiendo con la cabeza. Creo que pensó que iba a hacer un cuestionamiento o una pregunta embarazosa, y en su mirada percibí que me decía algo así como "Adelante, estoy preparada, ya nada puede sorprenderme".

—*María, todo este tema de Georgina ¿tiene que ver con su decisión de divorciarse?*

En realidad yo pensaba en ese momento si la reacción de Jorge la había molestado mucho o la había decepcionado, pero no quería hacerle una pregunta tan cerrada. Sin embargo, ella rápidamente me contestó:

—*No —y, después de meditar, agregó—: O quizá sí, todo tiene que ver con todo. Georgina y su valor para enfrentar la vida y a la familia han sido una lección muy fuerte para mí. La he visto y la veo luchar por lo que ella cree que vale la pena. Ninguno de nosotros, digo de mi familia, lo hubiera hecho. Yo estoy segura de que, antes de todo esto, tampoco. A pesar de la libertad con la que quisimos educar a nuestros hijos, somos hijos de la cultura en la que nos criamos, y, aunque en mi casa, por ser mi madre francesa, fuimos más liberales, igual estamos presos de las costumbres. Yo me crié en la Argentina, soy muy argentina, y acá este tema no se vive como en España, aún hay mucha censura. Pero pensándolo bien, ahora que usted me lo pregunta, creo que tuvo más que ver de lo que yo me había imaginado. Pero el desencadenante fue otro. Pero esta también es una larga historia.*

Miré a Javi. Llevábamos mucho tiempo en la privada con ella. Jorge y su abogada estaban afuera. La perspectiva de que María contase algo sin muchos detalles era prácticamente nula. Era mejor llamar a los otros, realizar un cierre y arreglar otro encuentro. Les pedí a ellos unos segundos para hablar con Javier; me preguntaron si debían retirarse, y les dijimos que no era necesario, solo que íbamos a

cuchichear un poco los mediadores, y por ello les pedíamos perdón. Ambos asintieron.

—*Me parece que tenemos que cortar acá*—me dijo Javi.

—*Eso mismo te iba a decir. ¿Te parece que los hagamos pasar a Jorge y a la doctora y arreglar un nuevo encuentro?*

—*Ella necesita tiempo, como todas las mujeres. ¿Qué tal si arreglamos horarios diferentes?*

—*Ok, me parece muy buena idea. Hay que preguntarle a Jorge si necesita agregar algo antes de pasar a la conjunta de cierre; no te olvides de que se lo ofrecimos.*

—*De acuerdo. ¿Se lo preguntamos a ellos?*—me dijo mientras los miraba.

—*De acuerdo.*

—*María y Alberto, hemos estado reunidos con ustedes casi cuarenta y cinco minutos, y han sido muy intensos. Hemos pensado con Ana María que sería bueno parar acá, llamar a Jorge y a la doctora, y, si no surge algo que lo impida, arreglar un nuevo encuentro, ¿les parece?*

—*Sí, me siento cansada.*

—*Alberto, ¿usted quiere agregar algo?*

—*No, no hay nada desde lo legal que tenga que agregar. Solo una pregunta a María, ¿puedo?*

—*Sí, por supuesto.*

—*María, nunca se lo pregunté antes, pero, al oírlo ahora, me ha surgido la duda de si están casadas Cecilia y Georgina, porque en España es posible.*

—*No, Alberto, no se han casado, pero quieren hacerlo. Yo creo que están esperando que Jorge digiera todo esto. Georgina quiere mucho a su padre, y supongo que querrá compartir ese momento con él, y por eso le da tiempo.*

Yo pensé “Qué hábil es este abogado, ¡me gusta como co-mediador!”. Había formulado esta pregunta, que no tenía ninguna trascendencia desde lo legal, pero que “normalizaba” o “legalizaba” la situación de Georgina, al mismo tiempo que se mantenía dentro de su papel de asesor legal en la mediación. Había concretado con María algo así como un equipo reflexivo, y los destinatarios éramos los mediadores.

—*Quisiera hacerles una última pregunta antes de que invitemos a pasar a Jorge y su abogada. ¿Hay algo de lo que hemos hablado acá que ustedes quisieran que se mantenga confidencial?*

Recuerdo que en ese momento pensé: “Mi inconsciente me traiciona, utilicé el plural, estoy incluyendo demasiado al abogado prolijito”, y para mis adentros me reí.

—*No, todo esto Jorge lo sabe. No hay nada que sea necesario mantener como secreto.*

—*Perfecto*—dijo Javier mientras se levantaba para ir a buscar a la otra parte.

Yo me concentré en la síntesis final que haría. Debía ser corta y muy imparcial, yo diría neutra, para que no disparase ningún nuevo tema, ya que debíamos abocarnos a organizar los horarios del próximo encuentro y hacer el cierre.

Reunión conjunta final

Entraron Jorge y su abogada. Ambos parecían más tranquilos, se sentaron en las sillas que quedaban vacías, ahora estábamos todos bien ubicados. Javier me dijo que les había preguntado a Jorge y a la doctora si necesitaban agregar algo en privado y dijeron que no. Comencé a hablar:

—*Les agradecemos mucho a todos la paciencia que han tenido al esperarnos. Sé que nos hemos demorado más tiempo con María que con usted, Jorge. Esto suele pasar, las mujeres solemos hablar más que los hombres, nos detenemos en detalles, que no dejan de ser importantes. También quisiera agradecerles la confianza que han tenido en el proceso de mediación y en nosotros como mediadores, ya que han podido comunicarnos una cantidad de hechos de la vida de ustedes, algunos que los han llenado de felicidad y otros de dolor, como es siempre la vida. Ambos nos han autorizado a compartir la informa-*

ción que nos brindaron en las reuniones privadas que tuvimos con cada uno de ustedes y sus abogados. Como nos dijeron al principio, hay dos situaciones que nos han relatado que tienen que ver con lo que les ha sucedido últimamente y el objetivo de ustedes está en cómo van a vivir de acá en adelante, aunque cada uno tiene una idea diferente de cómo se puede llegar a desarrollar esto. Como hemos estado más de dos horas reunidos, pensamos que no convenía prolongar más hoy esta mediación. Nos han quedado por explorar los temas referidos a los bienes y al dinero.

—Yo estoy muy agradecida por la atención que me han prestado, sé que soy muy detallista y es algo que no puedo evitar cuando me siento cómoda hablando. No me había dado cuenta del tiempo, les pido perdón a usted, doctora Flores, y a vos, Jorge.

—Está bien, estoy acostumbrada a estar en mediaciones y sé que hay siempre una espera.

—Te conozco, María, siempre has sido así. No hay problema —dijo Jorge.

—En función de esto, hemos pensado, con Ana María, invitarlos a un próximo encuentro.

—Sí, no hay problema —dijeron.

—Les decía que pensamos organizar los horarios para que no tengan que esperar. María necesita más tiempo para contarnos su visión de esta situación; por eso les pediríamos que ella venga una hora antes, y después nos reuniríamos con ustedes y ella tendría que esperar, ¿puede ser?

—¿Qué día pueden?

En ese momento, todos sacamos las agendas, y durante más de quince minutos estuvimos tratando de arreglar horarios, y la buena voluntad de todos hizo que al final pudiéramos lograrlo. Los más complicados eran los abogados y los mediadores. Arreglamos que el próximo encuentro sería en una semana, el martes, a las 16 con María y su abogado, y a las 17 vendrían Jorge y la doctora.

Les habíamos dicho que no era indispensable la presencia de los letrados y que nos comprometíamos a no firmar ningún acuerdo sin su presencia, pero ambos afirmaron que deseaban participar de la mediación. A mí me gusta que estén los abogados de parte y, sobre todo este, que parecía tan inteligente y servicial.

Nos despedimos hasta la próxima reunión. María y Jorge nos dieron un beso, no la mano como al principio. Buena señal, pensé. Los abogados, formales, nos extendieron sus manos.

Resonancias

Cuando se fueron le comenté a Javier que me sentía como si me hubiera pasado un camión por encima; él también se sentía cansado. En realidad habíamos estado en mediaciones con climas difíciles, con temáticas más complejas, en donde se destapaban agresiones, violencia de todo tipo, violaciones intramaritales, abusos, incluso enfermedades terminales. Sin embargo, había algo que me impactaba más que otras veces.

No tuvimos mucho tiempo para dialogar y compartir opiniones y vivencias como siempre lo hago cuando co-medio; hablamos muy poco entre nosotros pero coincidíamos en que ambos parecían ser muy buenas personas y que se respetaban mucho. Esto no es usual en las parejas que están en los comienzos de un divorcio; no había habido agresiones ni pase de "facturas"; había tristeza por la jugada que les estaba haciendo pasar la vida. También acordamos en las características de los participantes: lo interesante que era María, lo dolorido que estaba Jorge, cómo se había calmado la abogada y lo apuesto e inteligente que era el abogado. Estábamos intrigados por conocer la versión de María de su affaire.

Una vez que Javier se fue, organicé algunas cosas en el centro de mediación y decidí volverme caminando nuevamente a mi casa. En el camino pensaba que, en casi todos los divorcios, aparece una tercera persona, pero casi siempre la infidelidad la cometen los hombres, o al menos las mujeres la esconden más, como había hecho María. La sociedad soporta bien o por lo menos es mucho más benigna con la infidelidad masculina que con la femenina; esto se ha visto reflejado incluso en las leyes. El ex-marido de una amiga decía que en todas las parejas hay infidelidades. ¿Es así? Si la respuesta fuera afirmativa, ¿por qué había ese abismo entre lo que se hacía y

lo que se decía que debía ser? Si el estado natural del ser humano fuera la fidelidad, ¿para qué existen leyes y sacramentos? Nos habían relatado tres casos en los cuales había terceras personas: Georgina, en la relación entre Teresa y Cecilia, la novia que tenía Jorge cuando la conoció a María, y ahora "el sin nombre". Si no hubiera aparecido ese mail, posiblemente ellos seguirían viviendo juntos y no estarían en esta mediación. ¿Hubiera sido mejor para ellos? ¿Es bueno vivir en el engaño? Jorge se lamentaba de haberse enterado.

¿Qué era lo que me llamaba la atención y me llevaba a seguir pensando en el caso?: ¿el affaire de María y las terceras personas?, ¿la homosexualidad de Georgina?, ¿la alternativa de Jorge de ser "cornudo consciente"?, ¿esa incoherencia entre "es muy buena persona, pero quiero divorciarme"?

También pensaba que podía ser la edad de los mediados y el ciclo de vida que estaban viviendo lo que me hacía resonar con esta mediación de una forma especial.

O acaso los lugares conocidos y queridos por mí, como Gesell y Barcelona. La descripción que hizo María de esos lugares de la cosmopolita ciudad me había transportado allá. Podía identificar el sitio de la Rambla en el que tomó el café, cerca de Boquerías, en la esquina en que está el Dragón en una de las paredes y donde, en el piso de la Rambla, hay, no sé como llamarlo, una especie de cuadro pintado por Miró.

También el parque Güell. Cuántas veces yo había subido por ese lugar, haciendo ese camino desde Lesseps, la Avenida Argentina, la calle con las escaleras mecánicas, que nos invitan a subir, pero que muchas veces no funcionan, y hay tramos en los cuales solo hay escalones y una pendiente sumamente inclinada. La primera vez que visité el lugar tenía mi menisco recién roto, lo que me generaba un dolor terrible, pero me habían dicho que valía la pena. Ya había mencionado Jorge el parque Güell, pero la descripción que hacía ella era perfecta. Yo había sentido lo mismo cuando, entrando al revés, porque en realidad en la parte alta está la salida, observé Barcelona allá abajo, pero el lugar, aunque absurdamente agreste en medio del cemento, no me pareció la maravilla que me habían

contado. Claro que, cuando comencé a bajar, quedé absolutamente anonadada. Esa primera visita la realicé con mi marido y Eduardo, su amigo, que era un famoso arquitecto, y además docente, y tenía la capacidad de explicar todo a quien quisiera oírlo, y yo soy siempre una buena oreja, así que pude disfrutar el doble porque, además de la belleza del lugar, las explicaciones de él me hicieron admirar más esa obra de arte de Gaudí.

La vida es como este camino al Güell, pensé, un gran esfuerzo, pero vale la pena transitarlo, porque cuando llega el momento nos deslumbramos. Un amigo sexólogo me dijo una vez que las relaciones sexuales son así: mucho tiempo y trabajo en la preparación, para gozar de unos instantes de placer.

Y ¿la mediación? Creo que también los mediadores escuchamos muchas historias, generalmente dolorosas. Pero, cuando llegan a un acuerdo verbal, escrito, parcial o total, no importa cuál, y por consenso, también se vive un momento de placer. ¿Llegarían María y Jorge a algún acuerdo?

Mientras reflexionaba sobre esto, llegué a mi casa, a mi mundo, y creí abandonar la mediación. Pero no fue así, en el espacio de tiempo que medió entre uno y otro encuentro, me hallé muchas veces con imágenes de lo sucedido. Había vibrado con ellos, había sentido compasión, en el sentido que le dan los orientales a este término, o sea vivir las emociones de ellos, como si la piel que nos separa se borrara y sus sentimientos fluyeran directamente desde ellos a mí. También estaba intrigada por el relato que nos haría María ¿Cómo era posible que la aparición de una persona produjese tal cambio? ¿O será que cuando alguien se mete entre los integrantes de la pareja es porque esta le ha dejado un lugar? ¿Qué había querido decir ella con que la vida de ellos era tranquila, demasiado tranquila? ¿Cómo era mi vida?

Supervisión

Tenía programada con el equipo para el lunes siguiente una reunión de supervisión a la cual Javier no pudo asistir. Uno de mis compañeros tenía un caso muy complejo que nos demandó casi toda la reunión, pero, cuando estábamos por terminar, no sé por qué motivo comencé a hablar de esta mediación. Me preguntaron cuál era el conflicto y entonces repetí lo que ya les había contado.

Pero mi compañero me dijo:

—Ana María, ya tenemos claro cuál es el conflicto de esta familia, pero lo que te estoy preguntando es cuál es “tu” conflicto con el caso.

Me quedé muda y, después de reflexionar, solo pude decir “No sé”, y pasé unos segundos en silencio mientras pensaba y volví a repetir: “No sé”. Mi interlocutor me dijo:

—Por lo que contás del caso, no parece muy complicado, ni muy atípico, pero, por la forma en que lo relatás, me suena que te toca mucho. Creo que tenés que reflexionar sobre “tu conflicto con el caso”.

Me parecieron palabras muy sabias, pero, por más que pensé y pensé, no me podía dar cuenta. Casi un año después, leyendo un libro sobre otro tema, se me hizo la luz. Pero no me quiero adelantar.

3 SEGUNDO ENCUENTRO

Reunión de equipo

Llegó el día del encuentro y me reconocí a mí misma ansiosa, más de lo que suelo estar cuando ya conozco a las personas y el caso. El tiempo seguía hermoso, no hacía frío ni calor, así que decidí ir caminando nuevamente, para poder poco a poco consustanciarme con esta mediación, era como un precalentamiento antes de un partido.

Cuando llegué al centro de mediación, Beatriz me miró sorprendida:

—*Hola, no la esperaba tan temprano.*

—*No es muy temprano, faltan quince minutos.*

—*No, Ana María, falta una hora y quince minutos* —dijo remarcando las palabras “una hora”.

—*No, era a las tres, faltan quince minutos* —insistí.

—*No —me dijo—, era a las cuatro de la tarde. Mire en su agenda.*

Ella tenía razón: era a las cuatro, así figuraba y estaba anotado con mi propia letra. Me sonreí y pensé que mi ansiedad quedaba demostrada pero ¿por qué? No tenía una respuesta precisa. Había realizado varias mediaciones en esa semana; sin embargo era esta la que atraía mi atención.

—*Está bien, aprovecharé para organizar la reunión*—y me dirigí a la sala de mediación.

Estaba todo en orden, nuevamente la cámara para videograbar se hallaba en su lugar. Busqué la carpeta con las anotaciones y, para sorpresa mía, a los pocos minutos llegó Javier.

—*Yo creía que era a las tres de la tarde; Bea me dijo que vos también te equivocaste.*

Ambos nos reímos. Era sumamente inusual que los dos nos equivocáramos al mismo tiempo y no podíamos atribuirlo a una casualidad. Nos sentamos cómodamente a conversar y nos servimos un café, que por supuesto preparé yo.

—*¿Qué explicación me das de esta sincronización en nuestras equivocaciones?*—le pregunté.

—*No sé, pero he estado toda la semana pensando en esta mediación y no le encuentro mucho sentido a esta, ¿como podría decirte?, preocupación.*

—*A mí me ha pasado lo mismo y no sé por qué. Creo que lo que más me conmueve es el clima. En la supervisión del lunes me recomendaron pensar en "mi conflicto con el caso", pero no le encuentro la vuelta.*

—*Me quedé meditando en la pregunta que me hiciste de la infidelidad de las mujeres, y que él acepte ser un cornudo consciente, y me puse a pensar que, si yo tuviera la edad de él y toda la vida armada, no sé si, a lo mejor, lo aceptaría.*

—*Yo creo que él la quiere mucho.*

—*¿O estará pensando que se le va a pasar?*

—*Él dijo que ella estaba enamorada.*

—*Pero puede ser pasajero el enamoramiento.*

—*No sé. Me resulta raro a esa edad enamorarse como una chiquilina. Pero al mismo tiempo, más allá de lo interesante que es ella, no me parece que sea una mujer que ande por el mundo rompiendo corazones.*

—*No. Para nada.*

—*Tengo mucha curiosidad por conocer su historia.*

—*Yo también.*

—*Por otra parte, me impacta la coherencia de las historias de cada uno y cómo enganchan las dos historias; parece una novela.*

—*La vida real supera siempre a las novelas.*

—*¿Y del "tema Georgina"?*

—*Como hombre, no puedo comprender la homosexualidad femenina.*

—*Eso es porque sos machista.*

—*No, no soy machista, pero nunca la entendí. Comprendo muy bien la reacción de Jorge. No sé cómo reaccionaría yo como padre.*

—*También anoté la palabra "vergüenza", que dijo varias veces ella. ¿Qué es la vergüenza? o ¿cuándo sentimos vergüenza?*

—*Creo que, cuando algo no se ajusta a lo que la sociedad nos manda y queremos ocultarlo, o preferiríamos que los demás no se enteren.*

—*Otra cuestión que me pegó y me llevó a muchos recuerdos fueron los lugares comunes que se mencionaron, sobre todo Gesell y el parque Güell. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?*

—*Sí, por supuesto, pero a lo mejor no te la contesto si es muy personal—dijo riéndose.*

—*¿Vos llevás una vida tranquila, demasiado tranquila, con tu mujer?*

—*Guaau, a vos también te resonó eso. Mi vida personal no es tranquila, vivo de un proyecto en otro, pero pensé que mi vida familiar es casi monótona o al menos así lo es para mi mujer. Así que llegué ese día a casa y nos fuimos a cenar afuera, al teatro, y nos quedamos a dormir, solos, sin crios, en un hotel.*

—*Bueno, bueno, cómo aprendemos con la experiencia de los otros. A veces no somos solo un espejo que refleja la imagen de lo que nos cuentan en una mediación, sino que debemos tener alguna rajadura por donde entran algunas de las cosas que narran los mediados.*

—*Otra palabra que se me presentaba constantemente es "contracultura", porque, si uno analiza lo que él planteaba, no es incoherente, pero qué pensarían los familiares, los hijos, los amigos, es decir todos los demás.*

—*Que es un "cornudo consciente", pero parece que a él no le da vergüenza o, entre perderla a ella y esto, se queda con esto.*

—*¿Sabés?, me parece que me impacta este caso, porque siento como que se mueven cosas más estructurales, más obvias, pero no sé qué es.*

—*Hemos estado en mediaciones con temas muchísimo más fuertes, con violencia, enfermedades, muertes, qué sé yo. Pero coincido con vos, esta tiene algo especial.*

—En un momento pensé que estaba ansiosa por lo que nos va a contar ella. Pero no es eso, si bien es cierto que han creado suspenso, siento que es algo diferente. Siempre me he preguntado qué es lo que no veo, que, por ser tan obvio, no me doy cuenta. Cuando estoy al amanecer o al anochecer en la playa esperando la salida del sol o de la luna llena, que es todo un espectáculo, y veo que del horizonte curvo nace un sol o una luna redonda como un disco, me he preguntado cómo es que tantas personas, y en realidad fueron civilizaciones enteras, pudieron pensar que la tierra era plana. Obviamente, las creencias te hacen percibir cosas y hechos de forma tan particular, que después uno se da cuenta de que estaba equivocado. Entonces me he preguntado infinidad de veces, ¿cuáles son las creencias que deforman mi percepción?

—¿Cuáles son?

—Qué vivo, no las sé.

—Otro tema interesante fue lo de las diferentes formas de familia y cómo esto ha cambiado en los últimos treinta años.

—Bueno, nosotros somos un ejemplo. Yo soy el primer divorciado de mi familia.

—Yo también, y no fue nada fácil que aceptaran los demás mi papel de divorciada, o me tenían lástima o me miraban con cara de "por algo será". También me costó mucho ser madrastra, no tenía ejemplos ni pautas para guiarme, fue todo intuitivo...

—... y ensayo y error.

—Exacto. Pero volvamos a la mediación, ella va a contar su historia con muchos detalles.

—Porque es mujer —se rió Javier—, pero, ¿sabés?, tiene una forma tan interesante de hablar, que no me cansa.

—Yo estaba esperando, en la reunión pasada, que hicieras una de esas preguntas que hacés para traerla al aquí y ahora, pero te vi compenetrado con el relato de ella.

—Sí, tiene el poder de capturar cuando habla. A mí también me sorprendió cómo había pasado la hora.

—Bueno, pero tratemos de acotarla y centrarnos en el futuro.

—Sí, y con él tenemos también que trabajar los bienes y el dinero, cómo espera dividirlos, si ella no acepta su propuesta...

—Qué bueno que nos equivocamos y vinimos antes; era necesaria esta reunión que no pudimos tener la vez pasada porque tenías que irte.

—¿Cómo habrán pasado ellos esta semana?

—Yo creo que tranquila, sin variaciones.

—Empezamos con un resumen.

—Puede ser, pero veamos cómo vienen. ¿Vendrá tu abogado? —dijo Javi remarcando el "tu".

Me reí.

—¿Leés la mente ahora?

—No, solo observo y te conozco demasiado.

—¿Algo más?

—No, creo que más o menos pude comentarte todo. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí, a lo mejor no te la contesto.

—¿Tu vida es demasiado tranquila?

—Mi vida profesional es un loquero, vivo corriendo, a veces no disfruto de las pequeñas cosas de la vida.

—No te vayas por la tangente, sabés qué te estoy preguntando o ¿no querés contestarme?

—Sí, creo que demasiado tranquila, pero me gusta, la familia es el remanso de mi alocada vida. Pero la verdad es que lo que dijo ella, y cómo lo dijo, me pegó mucho. Pero no soy tan ejecutiva como vos, dormí en mi casa como siempre.

Ambos nos reímos, el clima entre nosotros era sumamente cordial. Entró Beatriz:

—No sé qué pasa hoy: o tengo mal el reloj o todos han decidido anticipar la reunión. Ya está María con su abogado.

—Esperá unos minutos y hacelos pasar.

—Javier, está la cámara preparada, pero me pareció que no deberíamos grabar esta privada si no hemos grabado todo lo anterior. Pienso que ella puede sentirse molesta. ¿Qué pensás vos?

—Coincido, en todo caso grabamos la conjunta.

Reunión privada con María y su abogado

Nos paramos y fuimos a la puerta de la sala para darles la bienvenida.

Entró María, nuevamente con su pelo recogido que resaltaba las facciones del rostro. Estaba vestida en la gama del azul: pantalón azul oscuro, camisa celeste, suéter azul y un pañuelo de seda en distintos tonos de azul y celeste. Pensé que la vez pasada estaba en la gama del marrón. Me pareció más maquillada, pero nada exagerado. Tenía un collar de perlas grandes de lapislázuli y malaquita, que le hacía juego y le daba un toque de color. Era muy detallista en su forma de vestir.

El abogado estaba con saco azul, pantalón gris y camisa blanca con rayitas azules y verdes, que hacía juego con el collar de ella. Hacían una linda pareja, pensé.

Ella nos dio un beso a Javier y a mí, él le dio la mano a Javier y un beso a mí. Su perfume era exquisito, aunque no lo conocía. Miré con el rabillo del ojo a mi co-mediador y pude verle la sonrisa cómplice.

A ellos los veía distendidos, tranquilos. Se sentaron en los mismos lugares que la otra vez. Ofrecí café, que ambos aceptaron, y les serví a todos.

—Es muy cálido este lugar—dijo ella—. Siempre tiene glicinas.

—No, solo quince días al año, algunas veces un poquito más.

—¿Cómo han estado?

—Muy agradecida por la reunión que tuvimos la semana pasada, se lo comentaba recién a Alberto. Aunque uno sabe y conoce lo que le está pasando, al contárselo a otras personas que no la conocen a una, es necesario ordenar los acontecimientos y una recuerda muchas cosas, que a veces se le olvidan, y esto la lleva a comprenderse mejor. Me resultó muy útil la reunión que tuvimos con Jorge, y a él también. Hemos hablado mucho estos días, como no lo hacíamos desde hacía años, y, cuando digo años, estoy pensando en veinte o treinta años, porque, cuando nacen y crecen los hijos, ellos ocupan el centro de la vida y casi nos olvidamos de nosotros. Bueno, no sé si le pasa

a todo el mundo, pero es lo que nos había pasado a nosotros —hizo una pausa.

En ese momento recordé la frase de un colega, que dice que un hijo significa no poder terminar nunca más una conversación con su mujer.

—Jorge me contó que él lloró en la reunión que tuvo con ustedes. Me sorprendió mucho, porque no recuerdo haberlo visto llorar.

—Alberto, ¿algún comentario?

—Semejante a los de María, fueron muy interesantes la reunión y el clima que se creó. Desde lo legal, no tengo nada que aportar. Ya le dije a María que, si ella prefiere hablar con ustedes a solas, no tengo ningún problema en esperarlos afuera.

—No, prefiero que estés, Alberto.

—Gracias, Alberto—dijo Javier—. Si en algún momento necesitamos, nosotros o María, tener una reunión a solas, se lo pediremos. También puede ser que queramos tener una reunión con usted solo o con los dos abogados. En fin, veremos cómo se desarrolla el proceso.

—María, quisiera hacer una pequeña síntesis de la reunión anterior.

—Perfecto.

—Usted y Jorge nos contaron que están separados, aunque siguen viviendo en la misma casa. Usted quiere divorciarse y Jorge prefiere seguir como están viviendo ahora, desde que se ha ido el último de los hijos, Benjamín. Usted se ha mudado al cuarto que era de los chicos. La ida de Georgina a Barcelona fue un acontecimiento en la vida de ustedes, y que Georgina viva en pareja con Cecilia, aunque no se hayan casado aún, ha sido un hecho trascendente en su vida, y se ha cuestionado mucho por no haberla acompañado en su adolescencia. En ese viaje a Barcelona, usted nos comentó que conoció a un hombre, y que la lectura de un mail, por parte de la mujer de él, puso en conocimiento de Jorge esta relación. ¿Es así?

—Sí, tal cual. Yo creo que fue una suerte que esta mujer leyera ese correo, porque para mí era muy fuerte y pesado mantener ese secreto. Jamás había sido infiel, ni siquiera en mis noviazgos adolescentes, y sufrí mucho con la infidelidad de un novio, a quien yo amaba apasionadamente, así que jamás

pensé que podía llegar a hacer lo mismo. Lo que me ha pasado con este señor, cuyo nombre prefiero no mencionar, porque, como saben, él es casado, vive con sus hijos y pertenece a una familia conocida en la Argentina.

—Perfecto, María, cuéntenos lo que usted quiera, lo que piense que puede ayudar a que ustedes comprendan mejor lo que les pasa y sobre todo a lo que quieren llegar. Es cierto que al contar, como dijo usted, uno se ordena y comprende mejor algunas cosas. Nosotros no estamos acá para juzgar ni para dar consejos, sino solamente para ayudarlos a reflexionar con el fin de que puedan tomar la mejor decisión para la vida de ustedes, centrándose sobre todo en el futuro. Funcionamos como un espejo para que ustedes puedan verse mejor antes de decidir.

—No puedo comprender lo que me pasó, y eso que llevo más de dos años con este tema. Al principio pensé que era algo pasajero, una aventura, que me ayudaba a distraerme, pero no ha sido así. Vivo contando los días que faltan para que nos veamos, y permanentemente chequeo el correo para leer sus mensajes. Me indigna todo esto, porque parezco una adolescente. Yo estuve muy enamorada en mi juventud y sufrí mucho con la ruptura, pero siempre había pensado que esas eran cosas de adolescentes y que el amor maduro era el que había vivido con Jorge. Tengo cincuenta y cuatro años, no es edad para que ocurra esto. Les juro que nunca he sido así.

—María, le insisto, nosotros no la juzgamos, solo queremos comprenderla. Veo la turbación que esto le causa. Si no quiere contarnos nada, no hay necesidad de que nos narre lo que no quiera contarnos.

—Gracias, Ana María, pero creo que, para que me comprendan y nos ayuden a tomar decisiones, es necesario que me conozcan. Si no, creo que no va a ser útil, y yo deseo de todo corazón encontrar una salida a todo esto, y que no sufra nadie. No sé si será posible, pero es mi mayor meta.

Hizo una pausa, tuve la sensación de que estaba ordenando qué nos iba a contar, aunque suponía que durante la semana había pensado muchas veces en qué contarnos. Luego prosiguió:

—El día siguiente de la charla con Georgina era domingo y necesitaba estar sola para ordenar mis pensamientos. Las chicas lo comprendieron perfectamente y, como son sumamente respetuosas, dijeron que tenían que trabajar,

aunque creo que fue una mentirita. Volví al parque Güell, y allí repasé todo lo ocurrido. Me senté a la misma mesa del día anterior a tomar un café. Cuando estaba sola con mis sentimientos y pensamientos apareció él. Al principio me molestó, porque quería estar sola para reflexionar. Nos pusimos a hablar de cualquier cosa, luego me preguntó cómo había encontrado a mi hija y sin darme cuenta comencé a contarle lo que me pasaba. Me ayudó mucho poder conversar, sentí que sintonizaba con él de una forma que no había sentido en mi vida con nadie. Era como que nos conociéramos desde siempre. Hablamos durante cuatro horas. Él también me contó muchas cosas de su vida. No tenía un matrimonio feliz y se sentía muy culpable por haber trasladado a toda la familia a Barcelona. Me impactó su ternura, su comprensión, su amplitud de mirada. Me dijo que había salido de la casa esperando encontrarme, porque se había quedado prendado de mí después de nuestra conversación en el avión y estaba seguro de que me iba a volver a ver, y que lo deseaba con toda su alma. En un momento, después de hablar mucho de nuestras vidas, sentí unas ganas locas de abrazarlo, y me asusté tanto que dije que me tenía que ir. Nunca me había pasado eso. Nos fuimos. Me llevó en su auto hasta cerca del departamento de mi hija. Me pidió que nos volviéramos a ver. Yo me negué, le agradecí mucho toda su atención, y le dije que no me parecía correcto encontrarnos nuevamente, ya que los dos éramos casados, aunque la verdad es que me moría de ganas. Él insistió y, como seguía mi negativa, me dejó el número de su móvil, como llaman allá al celular, por si yo me arrepentía. Esa noche creí que me enloquecía. En pocas horas mi vida se había vuelto patas para arriba. Nada estaba en su lugar. Sentía que todo lo que durante años había construido pacientemente se me daba vuelta. Estuve sentada con las piernas cruzadas, sobre la cama sin poder dormir; encima no era mi cama de siempre y no estaba Jorge, con quien había dormido durante casi treinta años. En esa posición estuve varias horas y constantemente me repetía: "Tengo una hija gay y he tenido ganas de abrazar a un hombre que no conozco". No pude dormir en toda la noche. No podía relajarme, los acontecimientos y el cambio horario eran un buen cóctel para mi insomnio. Cerraba los ojos y se me aparecía la cara de él, su sonrisa, su mirada profunda, su tono de voz, su tonada mezcla de española y porteña. Busqué un cigarrillo de Georgina; había dejado de fumar hacía más de cinco años, y ahí comencé de nuevo y aún hoy no he podido dejarlo, pese a que sé que me hace mal. Los dos días

siguientes los pasé en blanco. Miraba una y otra vez la tarjeta con su teléfono y me tentaba llamarlo. Pensé en adelantar mi viaje a Valencia, porque ello me serviría para distraerme. Georgina estaba preocupada porque creía que el impacto de lo que ella me había contado me había trastornado, pero no podía compartir lo que me pasaba, intentaba quitarle la preocupación y, sobre todo, la culpa, pero creo que cada vez la embarraba más.

María me hablaba a mí. No miraba a ninguno de los hombres, como si tuviera pudor por lo que estaba contando y creo que pensaba que yo, como mujer, podría entenderla mejor. La verdad es que, si cerraba los ojos, me parecía el relato de una jovencita, porque estaba inundado de pasión y esta no aparece en los relatos adultos. Su tono era el de siempre, tranquilo, ameno, pero ella estaba visiblemente emocionada. Al recordar todo este episodio, sus ojos brillaban. Hizo una pausa para tomar su café y nos preguntó, esta vez mirándonos a todos:

—*He visto un cenicero en la mesita. ¿Puedo fumar?*

—*Sí, yo soy fumadora y Javier es ex fumador, pero tenemos un acuerdo de que puede fumar una persona por vez, así que adelante.*

—*Sí*—dijo Javier.

Alberto no dijo nada, y el que calla otorga, así que me levanté a buscar el cenicero y se lo puse cerca. Creo que María necesitaba un tiempo para pensar e incluso para decidir si nos contaba más cosas o no.

—*María, me parece que este relato la emociona mucho. ¿Quiere tomar unos minutos antes de decidir si prosigue o si no nos cuenta nada más sobre este tema?*

—*Gracias, sí, me emociona porque fue muy lindo y muy intenso, pero al mismo tiempo sumamente perturbador. Pero estoy bien. Voy a tratar de ser lo más sintética posible, pero necesito que ustedes me entiendan. Me da vergüenza, y no quiero que piensen que soy una loca. Me da la impresión de que la abogada de mi marido me quiere ubicar en ese lugar con el cual yo no me*

identifico, y creo que por suerte Jorge tampoco. Mis hijos no saben nada de este asunto, aunque me parece que algo sospechan, pero ni Jorge ni yo les hemos dicho nada. Bueno, volviendo a aquel momento, al tercer día sucumbí y lo llamé. Me dije a mí misma que era para despedirme, porque ya había sacado pasaje en el Euromed para ir a Valencia. Nos volvimos a ver para almorzar, aprovechando que las chicas trabajaban. Yo debía partir al día siguiente y así se lo hice saber. He pensado que la vida hubiera sido diferente si no lo hubiera llamado. Pero no puedo arrepentirme, porque ha sido hermoso. Cuando le comenté que me iba al día siguiente a Valencia, puso la cabeza recostada sobre su hombro izquierdo, me miró con una sonrisa pícaro que aún recuerdo y se rió. Yo no entendí por qué y lo miré sorprendida. Me preguntó a que hora viajaba para Valencia, saqué el pasaje que había comprado y le dije a las trece y quince. Seguimos hablando de otras cosas y de golpe me dijo: "Ayer, en el parque Güell, un ratito antes de irnos, sentí muchas ganas de abrazarte", y, después de una pausa, agregó: "y de darte un beso". Me quedé anonadada. No lo esperaba. Nuevamente sentí deseos de salir corriendo. A los pocos minutos le dije que tenía que irme. Me ofreció llevarme al departamento de mi hija, pero le expresé que prefería ir sola. Aceptó y me pidió que cuando volviere a Barcelona lo llamase. "Puede ser", le respondí. Al despedirme me dijo "Hasta la vista", y yo, "Hasta que la sincronicidad vuelva a juntarnos", y huí. Tenía ganas de llorar, pero sabía que había hecho lo correcto. Al día siguiente partí para Valencia. Mi hija me dejó en la estación. Iba a estar tres o cuatro días ausente, y pensaba que eso me vendría bien. Cuando esperaba en el andén el tren, de golpe tuve la necesidad de darme vuelta, sentía una mirada en la nuca, y entonces escuché una voz conocida que me decía: "Sincronicidad". Era él. Había sacado pasaje en el mismo tren. Me reí mucho, sabía que no era sincronicidad, sino premeditación. Viajamos juntos, conversamos, llegamos a Valencia y nos alojamos en el mismo hotel, por supuesto que en habitaciones separadas. Yo tenía que encontrarme con una amiga de la infancia que está viviendo allá. La verdad es que en ese momento se me habían ido las ganas de verla, porque quería conversar con él, pero ya había combinado con ella que iba a pasar el día con su familia. Nos volvimos a encontrar en el desayuno. Yo esperaba fervientemente que apareciera y me di cuenta de que me había esmerado en mi forma de vestir y maquillarme. Me propuso que hiciéramos un viaje al sur de España, que alquiláramos un auto y recorriéramos

la costa del Mediterráneo. Primero me negué, ya me había comprometido a almorzar con mi amiga y pasar nuevamente la tarde con ella. Y así lo hice, pero pensaba: "¿Por qué no?, es solo una aventura". También se me cruzaba permanentemente la imagen de Jorge. Mi confusión era total. Una contradicción entre mis deseos y el deber ser. Habíamos quedado en cenar juntos a la noche, frente al Mediterráneo. Él me esperó en el hotel y salimos juntos. Y ya no pude resistirme más, hicimos un viaje maravilloso y pasó todo lo que tenía que pasar. Cada minuto sentía que estaba más enamorada de él y que todo era una total locura. Volvimos a los tres días a Barcelona. Él debía viajar a París, por temas de trabajo. Me propuso que lo acompañara, pero me negué esta vez rotundamente, quería estar con mi hija, que me notó muy cambiada. Estuve una semana más con ella y regresé a Buenos Aires, pensando que era algo terminado. Una aventura, muy linda, pero solo eso, una aventura, que me había venido bien por lo que estaba pasando. Me disculpé a mí misma diciéndome que me había agarrado con las defensas bajas y que esto sería mi secreto. Nos comunicábamos cada tanto por mail, sus mensajes eran sumamente tiernos y comencé a hacerme dependiente del correo. Mi estado de ánimo variaba si tenía o no tenía sus mensajes. Decidí interrumpir esa comunicación y no contesté sus correos, quería olvidarme de él. Le propuse a Jorge ir a Barcelona juntos, pero, por temas de trabajo, que para él son siempre super importantes, me dijo que no. Así pasó casi un año. Yo estuve deprimida y Jorge lo atribuyó al tema de Georgina y a la reacción que él había tenido. Yo sentí que, entre la reacción de Jorge y la de "él", había un océano de diferencia. Muchas de las cosas que pienso ahora sobre Georgina y Cecilia parten de las conversaciones que compartimos ese día en el Güell y en los viajes en tren y en auto que realizamos. Yo sabía que mi depresión era por la decisión firme de cortar esta relación. Él vino a Buenos Aires, nos volvimos a encontrar, y todo recrudeció. Siempre intenté borrarlo de mi vida, pero no he podido. Hubo momentos en los cuales me odié por lo que estaba haciendo, juré no verlo ni comunicarme más con él, pero no pude. Él ha intentado lo mismo, según me ha dicho, pero por lo visto tampoco puede. Bueno, nos hemos visto cuatro veces, dos o tres días cada vez, pero en cada encuentro siento que es más fuerte lo que nos pasa. Perdón por lo largo del relato, pero les repito que no soy una mala mujer, sino que, aunque les parezca absurdo, como me parece a mí, estoy enamorada de este hombre. Es una sensación sumamente extraña, tengo con

él una conexión de otro orden. No pasa por lo sexual, ni por lo físico. Es, no se ríen, como que compartiéramos el alma. Cuando paramos a comer, en el viaje al sur de España, una persona nos miró y nos dijo: "Qué linda pareja que hacen". Y yo siento que es así, mi energía aumenta exponencialmente, soy otra, él dice que yo brillo, y yo observo que él tiene como una luz especial. Él sabe bastante de filosofía oriental y dice que a nuestra edad se nos abre un chakra, que es el espiritual. No sé si es así, pero es sumamente extraño. Yo solo sé que estoy enamorada.

—María, creo que esta última frase es la síntesis de todo lo que nos ha contado, aunque la modificaría un poco: yo diría "están enamorados".

—Sí, es cierto. Él me lo ha dicho, aunque, como a todo hombre, le cuesta reconocer y mucho más hablar de sus sentimientos, pero sus acciones lo ponen al descubierto.

—Y de acá para adelante ¿cómo sigue su vida? —preguntó Javier.

Me gustó la pregunta porque era suficientemente ambigua y ella podría contestar cualquier cosa, pero estaba centrada en el mañana.

—¿Con respecto a Jorge?

—Su vida, María, ¿cómo quiere que continúe?

Bien, Javier, pensé, dejaste la pregunta sumamente abierta.

—Este enamoramiento es claramente sin compromisos y sin futuro. Lo hemos hablado y escrito varias veces. He sido muy clara. No podría de ninguna manera irme de la Argentina. Ya sufrí una migración. Creo que mi madre murió bastante joven, por todo el desarraigo que padeció. Como les dije los otros días, es lo que más me asusta de la ida de Georgina. No podría vivir lejos de mis hijos ni de mis nietos. A él le pasa lo mismo, no puede dejar Barcelona, le ha costado mucho instalarse, y tampoco dejaría a su mujer, que lo ha acompañado mucho en su vida. Sus hijos, y ahora su nieto, son sumamente importantes para él. Está clarísimo, para ambos, que no tenemos ningún futuro juntos. Siento que mi vida se divide en dos: la familia y este enamoramiento. No puedo renunciar a ninguno de los dos. Los momentos que pasamos juntos son una maravilla, pero no podría vivir sin mis hijos.

—¿Y con Jorge?

—Hace un rato, cuando comencé a contarles esto, dije que fue una suerte el mail que encontró su mujer, pero también fue una desgracia. Jorge, que trató de no darse cuenta de nada, aún hoy, conociendo la parte sustancial de esta historia, querría seguir viviendo juntos, como hemos vivido este último tiempo. Yo no lo puedo permitir por él.

—No comprendo, ¿cómo por él?

—Yo creo que ahora, que conoce todo esto, en cada viaje mío sufriría una enormidad. Pienso que mi marido espera que se me pase, que sea algo pasajero, pero yo, que lo estoy viviendo, sé que no va a ser así. Jorge tuvo, hace años, una aventura con una secretaria. Él cree que yo no lo supe, pero me lo contaron, y, cuando ella le pidió que se separara de mí, él la dejó. No sé ustedes dos—dijo mirando a Javier y a Alberto—, pero creo que todos los hombres comenten infidelidades, pero son diferentes a las de las mujeres. Muchas veces son solo diversiones, entretenimientos, relaciones sin importancia. Pero estoy segura de que lo mío no es así.

—Perdón, María, pero no comprendo bien, ¿usted dice que quiere divorciarse para que Jorge no sufra?

—Así es, aunque suene loco. A mí me cuesta muchísimo divorciarme. Hay muchas cosas que disfruto, mi casa, mi familia, los quiero mucho. A Jorge también lo quiero mucho, aunque ahora me doy cuenta de que nunca lo amé enloquecidamente. No me parece ético tener dos hombres. Creo que es un espantoso ejemplo para mis hijos. ¿Se imaginan cuando Jorge tenga que decir "María no está, se fue unos días a pasear con su amante"? Es algo absolutamente impensable.

—¿Cómo vivió la infidelidad de Jorge?

—Es diferente, primero porque él es hombre y, además, yo me sentía segura de que él me amaba. No les voy a decir que no me dolió, pero nunca le dije que lo sabía, porque él se iba a sentir terriblemente mal. Por favor, esto quiero que se mantenga confidencial. Menos que nunca querría que ahora se enterara de que siempre lo supe, porque va a pensar que estoy cambiando figuritas.

Era la primera vez que estaba en un divorcio de este tipo. Nunca me había pasado que una persona piense tanto en el otro, aunque a la vez quiera divorciarse de él. Ella no solo decía que lo quería,

sino que sus actos demostraban que en su mente estaba él siempre presente, no quería dañarlo, y al mismo tiempo estaba totalmente enamorada de otro hombre.

—¿Me comprende Ana María?—posiblemente mi cara delató mi confusión.

—No sé si la comprendo. Entiendo lo que cuenta, pero hay cuestiones que me hacen reflexionar.

—Comprendo, hace mucho tiempo que vengo pensando en esto y sé que es algo muy loco. Pero lo vivo así. Por eso, aunque me cueste mucho, creo que la mejor solución es que me haga cargo del asunto, que tome la decisión y que Jorge pueda vivir su vida. Yo lo voy a extrañar mucho. Siempre pensé en nuestra vejez con los nietos en la casa. Pensar en pasar las fiestas, los cumpleaños separados, con una parte de la familia cada uno, me duele mucho.

Cambió su tono de voz, sentí que se quebraba, que pensar en ese futuro le resultaba sumamente doloroso. Sin embargo, parecía decidida, era algo largamente meditado.

—¿Cómo cree que puede ser la vida de ustedes de acá en adelante?

—Creo que tendríamos que vender la casa y mudarnos ambos. Si bien la casa está a mi nombre, porque, de soltera, el terreno me lo regalaron mis padres, la casa la hemos construido entre los dos. Es de los dos. Alberto me explicó que en un juicio él tendría que demostrar esto, pero no es necesario. Lo justo. ¿Recuerdan que al principio les dije que quería llegar a un arreglo justo?

—Sí—dijo Javier—, lo recuerdo perfectamente.

—Bueno, más allá de lo que digan los papeles, la casa es de los dos. Por eso pienso que la única solución sería venderla y comprarnos algo cada uno de nosotros. Si ustedes supieran lo que me va a costar dejar esa casa. Pero no encuentro otra salida. Creo que, encima, es un muy mal momento para vender. También pensé en que podemos alquilarla y a su vez alquilarnos algo cada uno. Eso como Jorge decida. La solución que me propuso fue que yo me quedara en la casa y él alquilaba algo. Pero me niego absolutamente a esa solución. Él quiere esa casa tanto como yo, disfruta más que nadie de la pileta, el jardín y el quincho para los asados. Yo no podría vivir allí, privándolo de estas cosas. Es muy probable que él diga esto, pero sepan que no lo voy a aceptar de ninguna manera.

—¿Hay otros bienes?

—Sí—contestó Alberto—, dos autos, un terreno que no tiene mucho valor en Villa Gesell y una jubilación en el exterior a nombre de Jorge.

—Habíamos planeado el futuro, la vejez juntos, por eso sacamos esa jubilación en dólares, que nos ha costado mucho pagar. Al principio sacamos una para cada uno pero, como no podíamos hacernos cargo del pago de las dos, solo continuamos con una a nombre de él. En realidad, él es el que la ha pagado; por lo tanto está a su nombre, o sea que quedará así.

—Yo le he explicado a María que pueden hacer un trato entre ellos.

Nuevamente mi sorpresa, no estaba tratando de quedarse con todo, como habitualmente pasa en los divorcios. ¿Sería la culpa la que la lleva a tomar estas decisiones? ¿Qué nos diría Jorge de estos temas? Mientras pensaba esto Javier comenzó una síntesis y dijo:

—O sea, María, que, por todo lo que nos ha contado, usted cree, por ahora, que la única solución posible, aunque no la satisface totalmente, es el divorcio, porque piensa que le va a costar dejar la casa y además siente que un proyecto queda frustrado. Los bienes que ustedes tienen son la casa (el terreno está a su nombre, pero, para usted, es de los dos), dos autos, un terreno en Villa Gesell y una jubilación en el exterior a nombre de Jorge, con respecto a la cual su abogado dice que podrían hacer un arreglo privado. En relación a la casa, piensa que la mejor solución es venderla, aunque esto le va a costar mucho, y que no aceptaría la propuesta de Jorge de quedarse a vivir en ella. ¿He comprendido?—dijo Javier.

—Yo quisiera agregar—dijo, mirando a Javier— que me sorprende mucho, y que es la primera vez que en una mediación o aun en terapia, me encuentro con esta situación. Nunca había visto que una de las personas, sobre todo la que quiere divorciarse, piense tanto en el otro. Creo que esto es parte de mi confusión, que hace un rato mencionaba.

—Seguro—contestó Javier, mirándome a mí—, yo también estoy sorprendido, gratamente sorprendido. —Luego dirigió la mirada al abogado y continuó— Doctor Alberto, con respecto al tema de alimentos que mencionó la doctora Flores, ¿hay algo que quiera decir?

—No. He hablado con María acerca de pedir una compensación económica,

dada la diferencia de ingresos, pero ella se ha negado totalmente. Habría que agregar a los bienes la parte proporcional de la empresa que tienen, pero, puesto que ella figura como socia, prefiere que quede así y cobrar lo que corresponda de las ganancias. En cuanto a los alimentos, María no quiere que le pase ningún dinero, está absolutamente segura de eso, y dice que no tiene sentido ningún arreglo escrito con respecto a Benjamín. O sea que, si bien habría otros temas para agregar, ella no desea integrarlos. Yo le propongo que, por el tema de la jubilación, hagan un acuerdo privado y que, el día en que estén en condiciones de cobrar, lo hagan por partes iguales.

—O sea: la casa, el terreno en Gesell, los autos y este tema de la jubilación, ¿es así?

—Sí—respondieron al unísono ella y el abogado prolijito.

—María nos ha pedido que el tema de la infidelidad de Jorge se mantenga en secreto. ¿Hay algún otro tema?

—Bueno, si bien Jorge sabe toda la historia, nunca se la he contado con los detalles con que se la he transmitido a ustedes. Por eso les pediría discreción, no para ocultar nada, sino para que Jorge no se sienta mal.

—Por supuesto. ¿Hay algo más que quiera agregar?

—No, por ahora no.

—No sé si habrá llegado Jorge, pero vamos a tener una reunión con él? ¿Quieren volver en 45 minutos o esperar acá? Como ustedes prefieran.

—Preferiría volver en un rato—dijo María.

—Perfecto.

—Muchas gracias por la confianza que nos ha demostrado. Si se le ocurre algo más que cree importante que lo sepamos, podemos tener otra pequeña reunión antes de juntarnos nuevamente todos.

—Gracias a ustedes por la paciencia.

Ambos se levantaron y salieron, acompañados por Javier. Yo me quedé sentada y prendí un cigarrillo. Estaba totalmente confundida. El relato había sido sumamente claro, coherente, había ampliado lo que dijeron la semana anterior, no había contradicciones... Sin embargo, necesitaba tiempo y tranquilidad para ordenar mi mente. Sabía que no se debía a lo que habían relatado, sino que algo no encajaba con mis creencias.

Javier volvió diciendo que aún no estaban Jorge y la doctora Flores. Sentí un gran alivio, porque esa pausa me daba unos minutos para armarme. ¿Por qué estaba desarmada? Es cierto que era la primera vez que me encontraba con una situación semejante, donde cada uno pensaba tanto en el otro.

Ahora recuerdo otro caso de hace muchos años, también un divorcio, donde el desencadenante fue que la mujer, después de luchar muchos años, como ella dijo, con sus tendencias homosexuales, no pudo con ellas y decidió hacérselas saber al marido. Ella también pensaba en no dañarlo más a él, por lo que consideraba que era "su falla", pero era diferente a lo que pasaba acá, pues en aquel caso la culpa cubría todo. María desde el principio había aclarado que se sentía responsable, pero no culpable. Yo veía que en el relato María había separado el amor de la familia. En función del amor quería separarse, en función de la familia habría preferido seguir juntos. Recordé que las teorías y la historia dicen que el "matrimonio por amor" es un invento relativamente reciente, dos o tres siglos, o sea nada en escala antropológica. ¿Cómo eran estas cosas antes? ¿Cómo serán en el futuro? Yo pertenezco a la generación en la cual uno se casaba para toda la vida. Si me detengo a pensar, me surgen preguntas: ¿cómo puede uno estar seguro cuando se casa a los veintitantos que querrá seguir conviviendo dentro de cincuenta años con la misma persona?, ¿cómo uno puede saber cómo va a ser esa persona dentro de, no digamos cincuenta, sino veinte años? No sabe qué cambios va a tener uno, ni el mundo, ni qué es ser adulto. Es decir, uno se compromete a algo totalmente a ciegas.

Entró Javier y me dijo:

—*Está todo muy claro, parece un divorcio esterilizado, no contaminado, no aparecen puntos difíciles, pero...*

—*Pero ¿qué...?* —pregunté.

—*No sé, creo que María está planteando algo que no logro captar del todo, pero veo que en su relato hay entrelíneas, aunque no puedo leerlas.*

—*Qué buena metáfora: "entrelíneas".*

—*¿Y vos, Ana María, qué pensás?*

—*Diría que objetivamente es una mediación fácil, que el clima entre las partes es óptimo, que el abogado aporta buenas ideas...*

—*El abogado...*

—*Te digo que toda la vida me quedo con el abogado y te dejo a vos la abogada* —agregué en tono risueño.

—*No gracias, quedate con los dos.*

—*Te decía que en lo manifiesto no hay nada extraño. Sin embargo, siento que me están haciendo tambalear mis creencias, no sé..., es algo por el estilo. Recién, mientras fumaba, pensaba que es un absurdo casarse para toda la vida a los veintitantos años, cuando uno no sabe qué es la vida, cómo cambiarán las personas, el mundo, uno mismo. Ellos hablan de sus nietos. Por ejemplo, yo he visto a mis padres, amigos y hermanos transformarse cuando fueron abuelos. Debe ser una experiencia maravillosa, pero no me la puedo imaginar; veo los efectos que esos enanos producen, pero creo que hay que vivirlo. Un amigo mío, cuando nació su primera nieta, quería que le dijera "tío" o que lo llamara por el nombre, hasta que la mocosa se lo metió en el bolsillo y ahora es un superabuelo, que la lleva a todos lados, orgulloso de su nieta. Y mirá que estoy cerca, que tengo nietastros, pero me dicen que no es lo mismo. Te das cuenta de que es imposible pensar cuando uno se casa si va a querer compartir esta experiencia con este señor de veintitantos años, si uno no sabe nada de lo que es ser abuela ni él sabe nada de lo que puede llegar a ser. Y este es solo un ejemplo.*

—*Para mis padres los nietos han sido una maravilla en su vida, lo repiten constantemente. Y, por lo que me has contado, para tus padres también.*

—*Sí, para ambos fue un cambio. Ellos decían que a los hijos se los educa y a los nietos se los disfruta, porque uno puede malcriarlos todo lo que quiera. En mi familia mis padres les permitieron a los nietos mil cosas que a los hijos ni se nos hubiera ocurrido pensar en hacerlas. ¿Qué pensás del affaire de ella?* —le pregunté a Javier.

—*Se enamoró con todo.*

—*Me impactó la frase "comparten el alma". Muy fuerte. Tal como ella describe esta relación, no creo que haya posibilidades de que la deje.*

—*No, para nada. Si bien dice que no tienen un futuro juntos, o sea no se plantea irse a vivir con él, ni siquiera insimía que pueda dejar de verlo.*

Parece que se lo ha planteado, pero no ha podido y me da la impresión de que ahora tampoco lo querría. Además, si se ven tan poco, seguramente la relación no se va a desgastar.

—Yo tengo una amiga, que tiene un amigovio, desde hace años, que vive en Estados Unidos, y se ven dos veces al año, en lugares paradisíacos, pasan quince días juntos, disfrutan al máximo y después cada uno se vuelve a su país. Claro que ambos están divorciados, así que es una relación que las dos familias conocen, no es prohibida. ¿Será este carácter de prohibido lo que atrae?

Nos quedamos unos minutos en silencio y luego agregué:

—¿Sabés qué...? Ahora que hablo con vos, me da un poquitito de envidia cómo ella habla de todo esto.

—¿Envidia?

—Debe ser maravilloso sentir toda esa energía.

—Pero también terrible.

—Sí, por supuesto, o al menos para ella parecería que es difícil.

Beatriz golpeó la puerta y nos avisó que ya estaban. Nos estiramos para relajarnos y poder comprender a Jorge. ¿Qué nos contaría? ¿Cómo estaría después de esta semana?

Ahora, cuando el tiempo ha pasado, mientras escribo me he puesto a reflexionar sobre todos los cambios que sufrió mi generación relacionados con la familia, tanto en las nuevas formas que se fueron gestando y aprobando desde el sistema legal, como también desde la perspectiva teórica que llevó a nuevas maneras de abordar los conflictos familiares, y no me refiero solo a la terapia familiar, sino a la creación de tribunales especiales para dirimir las cuestiones que se suscitan en su seno. No sé si la palabra adecuada es *sufrió*, porque creo que fue precisamente esta generación, que se ha dado en llamar "la de los 60" o la de *boomeritis*, la que gestó estos cambios. Pero yo a esa altura pensaba que no se podrían generar nuevas modificaciones, o que por lo menos ya teníamos suficientes, pero creo que no me daba cuenta de que posiblemente estábamos en una nueva bisagra. ¿Estábamos?, ¿me incluiría dentro de esta nueva configuración familiar?, ¿me incluyo hoy?

Reunión privada con Jorge y su abogada

Entraron en la sala Jorge y la doctora Flores. Se los veía más relajados, Jorge me saludó con un beso y la doctora también. No pude ver o no recuerdo cómo lo saludaron a Javier y me olvidé de preguntarle, pero supongo que también le dieron un beso. Se sentaron en el lugar que habían ocupado la última vez cuando estuvimos todos reunidos, ofrecí y serví café, hablamos de cosas intrascendentes como el tiempo, el calorcito agradable a la tarde y que refresca a la noche. Era una charla amena y pensé que podría durar horas. No quería cortarla, porque pensaba que era un buen indicador, aunque al mismo tiempo tenía ganas de centrarme en los temas y creo que mucha curiosidad por escucharlo a él.

Por suerte Javier preguntó:

—¿Cómo se sintió, Jorge, después de la reunión de la semana pasada?

—Bien, mucho mejor. Les pido disculpas por haberme quebrado, pero era la primera vez que exponía todo esto a alguien, aunque debo reconocer que me hizo mucho bien, no solo hablar, sino también escucharme a mí mismo decir lo que decía.

Muchas veces, a lo largo de los años, he encontrado manifestaciones semejantes a esta. Parecería que el ordenar el relato y contárselo a extraños, no a los familiares o a amigos, que inmediatamente toman partido o interrumpen con sus opiniones, sino a personas que solo escuchan con mucha atención, que les sirven como espejo o como eco, les permite acomodar las ideas y comprenderse a sí mismos, a veces al otro, y a la situación que están viviendo. Una vez una paciente me dijo: "Yo ya sabía esto —hablando de una enfermedad del marido— pero, al decirlo acá, es diferente, ya las paredes lo han escuchado y me lo devuelven como un eco. Si lo digo acá, ya no me puedo engañar más". Yo sentía que con Jorge no habíamos hecho nada más que escucharlo, comprenderlo, vibrar con lo que nos contaba. No recordaba que hubiera habido alguna intervención brillante, solo algún parafraseo sencillo, y esto había operado en él

un cambio. Me pregunto si en nuestra vida cotidiana ¿usamos este recurso que todos tenemos al alcance de la mano?, y si lo utilizaríamos más a menudo, ¿se evitarían conflictos?

Jorge tomó un trago de café y continuó:

—*He podido hablar con María. Uno de los temas que charlamos mucho fue la situación de Georgina. María tiene otra visión, la encuentra tan bien y tan feliz a nuestra hija, que le da mucha tranquilidad. Muchas de las cosas que me contó me han hecho dudar sobre mi forma de pensar. Creo que voy a tener que ir a verla. Según María, cuando esté con ella, voy a entender una cantidad de cosas que ahora son como monstruos que no me dejan en paz. También hablamos mucho sobre nuestra situación, tranquilos, tratando de inventar posibilidades de solucionar esto. Estoy muy esperanzado en que vamos a poder lograrlo, aunque tengamos que hacer cosas que a otros les parezcan medio locas. Por momentos, llegamos a reírnos, sentí que volvíamos a ser los de antes. Recordamos que nunca nos hemos achicado ante las dificultades que nos presentó la vida, que las enfrentamos y salimos adelante. Este recuerdo me sirvió también para el tema de Georgina.*

Temí que volviera a hablar de Georgina y nos fuéramos del tema central de la mediación, pero no fue así. Después de una pausa continuó:

—*Ella se siente muy mal conmigo. Aunque dice que no tiene culpa, yo creo que sí, que se siente culpable de que todo esto haya sucedido —me miró directamente a los ojos y dijo—. No soy machista, para nada, pero creo que las mujeres valoran estos temas de forma muy diferente a los hombres. No estoy haciendo una defensa de la infidelidad, pero todos los hombres hemos sido alguna vez, o en ocasiones más de una vez, infieles, pero para nosotros no es tan grave. Yo también fui infiel. Incluso mi amante me propuso que la dejase a María, ella no entendía que una cosa es la familia, el matrimonio, los hijos, y otra cosa es un amorío, que puede resultar divertido, pero es una aventura, nada más. Esta mujer estaba muy enamorada de mí y compartíamos muchos momentos, ya que era mi secretaria. Teníamos mucha onda entre los dos, nos gustaban las mismas cosas, pero nunca se me ocurrió formar con*

ella una familia. Fue hace muchos años, los chicos eran chicos y María no tenía mucho tiempo para dedicarme a mí, así que para mí ella era una escapada interesante y sexualmente una maravilla. Ella, Fernanda se llamaba, sufrió mucho cuando vio que no había futuro en nuestra relación. Creo que se había hecho muchas ilusiones, que yo debo haber alimentado, por supuesto. No solo me dejó como amante, sino que además renunció al trabajo de la noche a la mañana, y esto fue, creo, lo que más lamenté, porque era sumamente eficiente. Aprendí a no mezclar nunca más el trabajo y las mujeres. Mis otras infidelidades fueron mucho menos importantes, intrascendentes. Yo estoy casi seguro de que María supo lo de Fernanda, pero jamás me dijo nada. Creo que se enteró cuando mi secretaria ya se había ido, porque se encargó de hacer averiguaciones y creo que lo que disparó esta curiosidad fue que la sorprendió mucho el repentino abandono del trabajo que hizo Fernanda. Alguna vez me dijo algo, con doble sentido, pero yo lo dejé pasar —hizo un silencio, como si meditase, y luego agregó—. Puede ser que por esta aventura, porque tengo cola de paja, no me haya enojado con María por lo que pasa ahora.

Mientras comentaba esto, lo miraba intermitentemente a Javier, como buscando la complicidad masculina en todo este tema, y Javier se sonreía, con esa sonrisa tan típica de él que uno no sabe si asiente o disiente. Después que terminó esta reunión le pregunté a mi co-mediador si era así, si todos los hombres cometían infidelidades, y él me dijo:

—*Casi, casi todos, hay excepciones, por ejemplo tu marido y yo, pero todos los demás sí —y se rió.*

Yo, riendo, le dije:

—*Te faltó uno.*

—*¿Quién?*

Nuevamente riendo, le dije:

—*Mi papá.*

—*Ah, por supuesto.*

Ya en mi casa, pensando si mi marido estaría en el grupo de "todos los hombres", recordé la cantidad de amigos, parientes, etcétera, de quienes a lo largo de mi vida me he enterado de sus infidelidades. La lista es muy larga y, si trato de recordar la de las mujeres infieles, es muy, pero muy corta. También me pregunté: ¿siempre los hombres son infieles con mujeres solteras? Creo que no, o sea que la lista femenina debe de ser mucho más larga y posiblemente hay muchos más casos que yo ignoro. Pero todo esto pasó mucho después. Sigamos con la mediación.

—*María, sigue manteniendo su decisión de divorciarse, pero en las charlas que tuvimos me dijo que le va a costar mucho, que hay cuestiones a las que no querría renunciar, por ejemplo las reuniones familiares con los hijos y los nietos, la casa, las fiestas de fin de año, y muchas otras cosas más que para ella son sumamente importantes. Y para mí también. Cuando ella me hablaba de todo esto, se le quebraba la voz, y creo que estuvo a punto de lloriscuear y, como ustedes se habrán dado cuenta, ella no es de expresar mucho sus emociones. Y no veo por qué tiene que renunciar, a disfrutar estos espacios que hemos construido durante toda la vida con ella, me parece un absurdo. Si ella no está yo tampoco voy a poder disfrutarlos.*

—*Jorge, quiero comprenderlo bien, para usted el tema de la infidelidad ¿no es muy importante?*

—*No, no, no me debo haber expresado bien. Me duele en el alma que María esté enamorada de otro hombre. Siempre supe que nuestros amores eran diferentes, yo siempre la amé, desde el primer momento y la sigo amando todavía. Ella nunca sintió o me expresó esa pasión por mí. Yo lo había atribuido a que ella había amado profundamente a su novio y a que la desilusión que vivió con él la llevó a que se armase de una coraza para que eso no le volviera a suceder. Siempre temí que se reencontrara con su antiguo novio. Nunca me imaginé que a esta altura de la vida ella podría volverse a enamorar locamente de alguien, no lo sospeché en ningún momento, y fueron casi dos años. Ni siquiera cuando se mudó de habitación; en ese momento pensé que, como yo soy de poco dormir, me acuesto tarde y me levanto temprano y ella tiene sueño liviano, muchas veces, por más que trataba de no hacer ruido, la despertaba y ella se quejaba, así que pensé que iba a estar más cómoda en el*

otro dormitorio, y yo también, porque no iba a tener que cuidarme tanto de no hacer ruido. Qué tonto que es uno, porque esa decisión fue después de un viaje a Barcelona, donde seguramente estuvo con él, y creo que la culpa no le permitía dormir conmigo. Le insisto; me duele mucho, me hubiera gustado tanto ser yo su enamorado, hubiera sido el hombre más feliz del mundo. Pero creo que los hombres nos disculpamos las infidelidades o no las tomamos a la tremenda; en cambio para las mujeres es una cuestión importantísima, y para mí hay otras cuestiones, sobre todo a esta altura de la vida, que son mucho más importantes, por ejemplo la familia. Si siempre viví feliz con ella sabiendo que no me amaba apasionadamente y disfruté mucho la vida, por qué debería ahora exigirle algo que nunca le pedí y que siempre supe que no me podía dar.

—*Ajá, o sea que a usted le duele este tema, pero entiende que tenga otra significación para María, porque es mujer, que para usted que es hombre. Además hay otros temas que son mucho más importantes, ¿es así?*

—*Sí, así es.*

—*¿Que solución, aunque loca, se le ha ocurrido a usted, y que piensa que María podría aceptar?*—pregunté.

—*No creo que María por ahora acepte ninguna solución que no sea el divorcio, pero yo tengo esperanza de que, con el tiempo, pueda poner las cosas en su lugar, y que entre los dos podamos inventar algo. Creo que el divorcio es un paso muy significativo, del cual es muy difícil volver atrás. Son pocos, poquísimos, los matrimonios que vuelven a casarse entre ellos después de haberse divorciado. Por esto, y porque no estoy dispuesto a perderla, no quiero dar este paso, o al menos deseo demorarlo todo lo que se pueda, aunque entiendo que, si uno de los dos quiere divorciarse, al otro no le queda más remedio que aceptarlo. Tampoco quisiera que María sufra por mis demoras, ni que la relación que tenemos entre nosotros se vea afectada. No sé, pero, aunque parezca extraño y contradictorio, estoy convencido de que vamos a seguir juntos, quizá de una forma diferente, pero compartiendo las cosas que son importantes, fundamentales, en esta etapa de la vida. No les voy a negar que tengo esperanzas de que se le pase este enamoramiento, aunque creo que es difícil porque, al estar tan lejos y verse muy poco, es más fácil seguir con la ilusión y la idealización del otro. Pero, como les decía la semana pasada, prefiero esto a perder todo. Porque, aunque no me divorcie, no voy a lograr que María se*

enamore de mí, o sea que a esta parte yo he renunciado hace mucho tiempo. Pero si nos divorciamos perdería todo lo otro, que para mí es sumamente importante. ¿Qué negocio sería para mí? Si seguimos viviendo juntos, lo único que me afectaría sería ser un cornudo consciente. Eso opinarían los demás, pero si lo pongo en la balanza no me pesa mucho. Quizá tiene que ver con la experiencia de vida que uno tuvo. Mi madre, a quien yo adoré y admiré por su equilibrio, su bondad, su inteligencia para vivir, y creo que gran parte de lo que soy se lo debo a ella, supo toda la vida que mi padre había tenido una amante y con ella un hijo. Es más, a este chico —bueno, ahora es un hombre como yo— le llevo seis meses, o sea que, mientras mi madre estaba embarazada esperándome a mí, mi padre andaba con otra mujer; debe haber sido muy duro para la vieja. Ellos trataron de ocultarme todo esto cuando era chico, pero yo algo sabía, porque había escuchado una conversación telefónica cuando tendría diez o doce años. Cuando murió mi padre, mi madre le avisó a la otra mujer y repartió la herencia como correspondía. Ahí me enteré de que siempre había consentido que mi padre no solo reconociera a este hijo, sino que se encargara de su alimentación y crianza. Vivía en el mismo pueblo, y lo único que le impuso fue que no fuera a la misma escuela que iba yo, y esto fue para protegerme a mí. Pude por suerte hablarlo con ella cuando se enfermó, porque nunca había querido tocar ese tema conmigo, era tabú, aún después de la sucesión, donde quedó sumamente clara esta situación. Pero, como les decía, pude conversarlo, y creo que ella quería compartirlo conmigo, y entonces, cuando se sintió enferma y pensó que podía morir, decidió hacerlo y ella misma sacó el tema. Es cierto que eran otras épocas y para las mujeres mantenerse solas era sumamente difícil, pero ella evaluó la situación y me dijo “Lo hecho, hecho está”, así que me contó que pensó cuál era la mejor solución para todos. Cuando le pregunté por qué se había empeñado tanto en ocultármelo, me relató otro secreto familiar, que yo ignoraba totalmente. Ella tenía dos hermanos por parte de su padre, y se había enterado de esto en la escuela y, según ella, la forma en que se lo contaron la había hecho sufrir mucho. Por eso quería preservarme todo lo que pudiese de ese dolor, pero consideraba que la “criatura” no tenía la culpa. Cuando murió mamá, este hijo de mi padre vino al velorio, se acercó a mí, se presentó y me dijo: “Tu madre fue una gran mujer, yo le debo mucho a ella, sé que se preocupó por que yo estudiara y para que no me faltara nada, por eso vine a despedirme”. Lo abracé y lloramos juntos.

Al recordarlo, Jorge se emocionó mucho, se le llenaron los ojos de lágrimas, pero eran lágrimas diferentes a las de los otros días.

—Yo también quise mucho a mi padre y lo respeté mucho. Nunca influyó en mi relación con él este tema del hijo. Quizá por todo esto, que es parte de mi vida, es que las infidelidades no me preocupen tanto como a otra gente. Siempre les agradecí que me hayan mantenido separado de este problema matrimonial. Por eso, no quiero que mis hijos, a pesar de que ya son grandes, se involucren en lo que nos está pasando ahora. Con mi mujer hemos estado en total acuerdo en este punto y nos hemos comprometido a que, pase lo que pase, no lo vamos a comentar con ellos, porque, cuando estas cosas suceden, los hijos toman partido por uno o por otro, y ninguno de los dos quiere que tengan que ponerse en esa situación. Es cierto que algo sospechan, porque me han hecho preguntas acerca de por qué mamá se mudó a la pieza de los varones, pero yo les di las razones de los horarios de sueño. Los jóvenes piensan que a esta edad ya no existe la sexualidad, creen que es cosa de jóvenes únicamente, y no es este el momento de decirles lo equivocados que están. Ya lo averiguarán por su propia experiencia.

—Es cierto, Jorge, la significación que les damos a los hechos depende de la historia de vida de cada uno.

—Yo creo que ahora me verían como cornudo, pero creo que, con la liberación femenina, van a ser muchos los hombres que estén en esta situación. No digo que ahora no existan o que yo sea un espécimen raro, sino que va a ser aceptada socialmente, como ha sido siempre en el caso de los hombres. Y me parece que, si las cosas son así, no debe ocultarse tanto.

—Por suerte, cada vez hay menos diferencias entre los hombres y las mujeres, cada vez nos reconocen más nuestros derechos —dijo la doctora Flores, que hasta ese momento había estado sumamente callada y atendiendo al relato de Jorge.

—Jorge —dije—, creo que lo hemos comprendido muy bien y hemos entendido las razones que usted tiene para pensar como piensa.

—¿Usted, Javier, no lo comparte?

—Acá, en la mediación, nuestra función es comprenderlos a ustedes, para ayudarlos a que encuentren la mejor solución. No estamos para juzgar.

—Sí, ya sé que no juzgan, pero me interesaría, como hombre, saber qué piensa usted.

—No creo que sea positivo que yo exprese mi opinión ni en favor ni en contra de lo que usted dice, porque perdería la neutralidad.

“¡Qué hábil que sos!” pensé, pero también me propuse que después le iba a preguntar qué pensaba él como hombre, porque conmigo no tenía que ser neutral. A mí, personalmente, el relato tan coherente de él me gustó, pero... seguía habiendo algo que no me cerraba. ¿Cuestión de género? La doctora Flores parecía de acuerdo, no sé si por ser feminista como me había dicho Javier que era, o por ser la abogada de él, pero tenía una expresión de total acuerdo con Jorge.

—Jorge, ¿cómo piensa usted que va a continuar la vida de ustedes? —insistió Javier.

—¿Cómo pienso o cómo quiero?

—Lo que usted prefiera contestar.

—Yo quiero que siga todo como está ahora, ya lo dije los otros días, pero pienso que María va a insistir con el divorcio, si es que no se me ocurre alguna idea brillante que a ella le parezca bien.

—Ajá, en el caso de que sigan como ahora, ¿qué temas tendríamos que hablar acá en la mediación?

—No sé, creo que un compromiso de mi parte de que no me voy a inmiscuir en la vida de ella con este hombre, que no la voy a perseguir, no sé, cosas por el estilo. Y que ella no me lo va a traer a casa, por Dios, eso no lo soportaría.

—Y si no encuentran la idea brillante o si María continuara con la idea del divorcio, ¿qué temas tendríamos que abordar?

—Bueno, creo que el más duro va a ser el tema de la casa, porque a ninguno de los dos nos gustaría desprendernos de ella. La hemos construido los dos, con todo nuestro sacrificio y con todo el cariño del mundo. Desde lo legal, figura a nombre de ella, porque el terreno se lo regalaron sus padres, antes de casarnos, así como me lo ha explicado la doctora aunque yo ya sabía que es un bien propio de ella. La doctora me ha dicho que tendría que demostrar, en caso de que fuéramos a juicio, que la construcción se realizó después de nuestro matrimonio, pero yo lo he hablado ya con María, y además la conozco, bah, creo que la conozco mucho, y ella reconoce que la casa es de los dos. Yo le

he propuesto que se la quede ella y que, por ejemplo, me podría ayudar a pagar un alquiler a mí. Pero cuando conversamos esto, durante la semana, ella se niega y propone venderla. Suena como que esta fuera la única solución. También se nos había ocurrido una solución intermedia, alquilarla y con lo que nos paguen hacer frente a nuestros alquileres. Pero después lo pensé bien y no creo que podría soportar que hubiera gente viviendo en mi casa, y que fuera todavía mía o nuestra; para eso, prefiero venderla. El momento actual es malo para venderla y no creo que con lo que obtengamos de la venta podamos comprarnos dos casitas. En todo divorcio se pierde económicamente, me lo han dicho todos, y además lo sé por la experiencia de amigos y parientes, pero creo que en nuestro caso sería desastroso. Así que no sé.

—Yo le he dicho a Jorge, cuando él me contó toda la historia de la casa, cómo la diseñaron, hicieron los planos y la construyeron, que otra posibilidad sería que él le compre la parte a María de la casa, pero él dice que no tiene capital como para realizar esto, pero quisiera que quedara asentada también esta opción —agregó la abogada.

—O sea que con la casa hay distintas alternativas, aunque ninguna lo convence plenamente.

—No, hay una que me parece la mejor.

—¿Cuál?

—Que sigamos viviendo los dos, como hasta ahora —lo dijo sonriendo.

—Tiene razón, esa es una, pero, por ahora, parecería que a María no la convence. Tampoco ha aceptado la idea de que se quede ella a vivir en la casa y que le ayude a pagar un alquiler para usted. Después, lo que ha dicho ahora es venderla, alquilarla y que ustedes a su vez se alquilen algo para vivir, y lo que dice la doctora, de que usted le compre la parte a María, ¿está bien?

—Sí, no se me ocurre ninguna otra posibilidad.

—¿Otros bienes?

—Sí, un terreno en Villa Gesell, que no tendría problema en vender. Los autos son más o menos parejos; tendríamos que tasarlos y arreglar la diferencia, porque cada uno de nosotros tiene su propio auto. El mío siempre fue más caro que el de ella, pero reconozco que el de María está mejor cuidado y tiene muchísimos kilómetros menos, y es un año posterior al mío, así que no sé cuáles son los valores, pero no habría problema con ello.

Cuando empezamos a hablar estos temas económicos, cambió totalmente el clima de la reunión. La doctora adelantó su cuerpo y se apoyó en la mesa, miraba sus papeles, y estaba nuevamente como agazapada, a punto de dar el zarpazo. Jorge cambió el tono de voz, se hizo más grave, más bajo y también comenzó a hablar lentamente. Me daba la impresión de que para él era sumamente penoso hablar de esto, no porque fuera muy apegado a lo económico, sino porque el fantasma del divorcio se posaba sobre la mesa. Tenía una expresión en la cara, que yo intuía como que él quería decirnos: "Nunca me imaginé que iba a hablar estos temas".

—Otro asunto que creo que tenemos que hablar es el de la jubilación que tenemos en el exterior. Cuando nos propusieron esto, comenzamos con una para ella y otra para mí, pero con la crisis se nos hizo completamente imposible pagar las dos, así que retiramos la de ella, porque había menos dinero depositado, ya que nos habíamos atrasado, y seguimos con la que estaba a nombre mío. Hubo momentos en que fue muy duro poder pagarla, pero queríamos asegurarnos nuestra vejez. Yo me había hecho cargo de mi madre, porque mi hermana estaba en muy mala situación económica, y creo que para la pobre vieja fue muy duro depender de nosotros. Tenía una pensión de mi padre, pero no alcanzaba para nada. En cambio, el padre de María tenía un dinero que recibía de España y fue totalmente independiente de sus hijos. Viendo esta diferencia, decidimos que, cuando fuéramos viejos, no queríamos ser una carga para nuestros hijos y por eso nos sacrificamos para asegurar nuestra tranquilidad. No sé cómo podrá hacerse esto, pero, para mí, por más que esté a mi nombre y pueda demostrar que se ha pagado con dinero de mi negocio, la jubilación es de los dos, tendríamos que repartirla. La doctora me dijo que no es así. Puede que desde lo legal no sea así, pero desde la intención con la cual la hicimos, sé que no puede ser de otra forma, porque no sería justo.

—¿Y cuál sería su propuesta?

—No sé, tendríamos que averiguar si es posible dividirla legalmente o, si no, por un compromiso entre nosotros. Ahora que nombré el negocio, tenemos una sociedad, pero figuramos los dos con igual proporción, no nos da mucho dinero, pero eso creo que podríamos mantenerlo como está.

En ese momento el clima se puso muy pesado, era como si se hablase de muertes, no de división de bienes. Jorge se quedó con la cabeza gacha, mirándose las manos, Javier anotaba la propuesta y la doctora ponía cara de "bueno, yo le informé, pero qué puedo hacer" (era como si se disculpara ante nosotros por las decisiones que tomaba su cliente). Yo pensaba: la coherencia entre María y Jorge es total, no niegan nada, son transparentes, los dos piensan en el otro, él está dolido, pero a ella tampoco le resulta fácil. Tendría que sentirme tranquila porque estábamos conduciendo una mediación sumamente sencilla, pero, a pesar de esto, yo continuaba con esa sensación extraña.

Javier había anotado todo el tema de los bienes y las alternativas que había ofrecido Jorge, y se las leyó para ver si estaba todo o si querían agregar algo más. Tanto Jorge como la doctora estuvieron de acuerdo en que estaba completo.

Le hice la pregunta de rigor acerca de los temas que querían mantener en secreto y hubiera jurado que él iba a decir lo mismo que ella: la infidelidad de él y nada más. Y así fue, nos pidió que no comentáramos nada de ese episodio de su vida, porque ese había sido un secreto y, aunque pensaba que ella lo sabía, prefería que no se nombrase. Todo lo demás era la historia de la vida de ellos y, por lo tanto, no había nada que ocultar.

Le agradecemos mucho la confianza que había depositado en nosotros y explicamos que nos íbamos a reunir un ratito los co-medidores, y que luego nos volveríamos a encontrar todos juntos, ya que suponía que María y su abogado deberían estar esperando o que llegarían en unos minutos.

Más que nunca necesitaba una reunión con Javier. Ellos se retiraron.

Reunión de equipo

—¿Qué te pasa?

—No sé, es un sentimiento extraño. Me parece que me está tocando demasia-

das cosas que tienen que ver con mi forma de pensar, mis valores, mis creencias. Entiendo perfectamente lo que dicen, tanto lo de ella como lo de él. Los psicólogos sociales dirían que tengo un obstáculo epistemofílico.

—*Mirá que estás complicada hoy. ¿Qué es eso?*

—*Te lo explico sencillito y, si querés, después lo ampliamos, pero es cuando no podés adquirir conocimiento de algo, entender algo, no porque sea ilógico sino porque desde la esfera afectiva hay algo que te lo impide. Y, como en este caso me siento confusa, aunque no haya razón lógica para esto, entiendo que el obstáculo que tengo es de otro tipo, desde lo afectivo, ¿se entiende?*

—*Sí. A mí me pasa algo semejante. ¿Cómo podemos salir de esto?*

—*Ah, si supiera. Pensemos desde las escuelas de mediación, a lo mejor nos ayuda.*

—*Ok, pero rapidito, porque me pareció escuchar voces o sea que deben estar los cuatro.*

—*Bien, los intereses de ambos están clarísimos. Hay intereses comunes, como la familia, los hijos, los nietos, la bendita casa que ambos quieren mucho...*

—*También los hay contradictorios: uno quiere divorciarse y el otro no.*

—*¿Estás tan seguro de que ella quiere divorciarse?*

—*Hmm, no, pero parecería que no encuentra otra salida.*

—*Ajá, pero son cosas distintas, aunque coincido con vos, desde lo explícito ella quiere el divorcio. ¿Intereses diferentes, que no sean contradictorios?*

—*No, no encuentro. Bueno, sí, podríamos pensar en el "tema Georgina", pero no tiene que ver directamente con el divorcio.*

—*Si nos ponemos en el modelo transformador, no hay nada para hacer. Ambos están bien posicionados, con buena autoestima, poder de decisión, o sea que están empoderados, qué palabra tan fea, sigo prefiriendo empowerment. Pero no me distraigo con esto. Sigamos con el modelo. También se han dado mucho reconocimiento uno al otro. Esto me gustaría remarcarlo, porque es algo muy especial de ellos.*

—*Coincido. ¿Y desde el modelo narrativo?*

—*Tampoco encuentro nada en qué centrarnos, porque las historias que cada uno relata son coherentes. Los personajes están todos legitimados, hay congruencia entre la historia que cuentan y cómo la cuentan, he notado muchos cambios de voz, de ritmo, de ojos brillosos e incluso de lágrimas, así como expresiones de alegría en diferentes momentos y todo relacionado con lo que estaban contando; si nos centra-*

mos en los temas, estos son los mismos para los dos, los problemas coincidentes; la única diferencia está en los objetivos, que ya dijimos. Aunque, desde la otra vez, me suena, como un eco interno, la palabra "contracultura".

—*Pensamos igual, para mí hay algo que siento que no encaja con la cultura del divorcio que conocemos, es más con la cultura de la familia.*

—*Hasta en lo relativo a la confidencialidad son coincidentes. Tengo mucho que preguntarte sobre la infidelidad de los hombres, pero ahora no es el momento. ¡Me encantó como te escapaste por la tangente cuando te pidió tu opinión como hombre!*

—*¿Qué hacemos ahora?*

—*No creo que tenga mucho sentido hacer una historia alternativa, quizá porque no se me ocurre. Yo solamente les diría esto que hemos hablado entre nosotros.*

—*¿Lo de la coincidencia en el secreto también? —me lo dijo en tono jocoso.*

—*No, no me tomes el pelo, porque, si decimos eso, estamos develando el secreto.*

—*¿Algo más?*

—*Creo que tienen que dejar pasar más tiempo antes de tomar una decisión; los vería dentro de quince días. ¿Te parece?*

—*Vamos a ver qué traen ellos.*

—*¿Los hacemos pasar?*

—*Sí.*

Reunión conjunta final

Entraron los cuatro, María hablando con Jorge. Cuando los vi, pensé: "Definitivamente no parecen una pareja que se está divorciando, pero se están divorciando". Se sentaron en los asientos de siempre; me sigue resultando increíble cómo se repite esta pauta.

Estaban todos ávidos por escucharnos, como si fuéramos a dar un veredicto. Javier les ofreció café y se levantó a buscarlo; solo Alberto quería tomar. No sé si Javi lo hizo para demostrar que no tiene un estereotipo de género o para que yo comenzara a hablar. "¡Qué cosa, nunca estoy contenta!", pensé. Y entonces empecé por esto:

—Gracias, Javier, me encanta que seas vos el que sirve el café.

Todos se rieron y resultó bueno para distendernos y quitar un poco el carácter ceremonial que estaba tomando la reunión. Luego continué:

—Hemos estado hablando con Javier, y me hubiera gustado que todos ustedes hubieran estado presentes, porque ambos coincidimos con que este es un divorcio atípico. La experiencia que tenemos en estos casos nos permite decir esto. Lo que más nos llama la atención es la buena relación que hay entre ustedes, el cuidado que tienen por sí mismos y por el otro. También son coincidentes los temas y hasta las soluciones que traen para los diferentes asuntos. La diferencia entre ustedes, según lo que nos han relatado y hemos entendido, es con la forma de abordar el tema de Georgina y con el objetivo en cuanto a la forma de continuar sus vidas, es decir, seguir viviendo como hasta ahora, que es lo que propone Jorge, o divorciarse, que es la idea de María. Para ambos la familia, los hijos y los nietos son sumamente importantes, y para ambos sería muy pesado perder parte de esto que han construido durante tantos años.

Me quedé en silencio y ellos también. Creo que esperaban un consejo o al menos una recomendación.

El silencio se mantuvo durante un tiempo que, si bien fue cronológicamente muy corto, pareció una eternidad, hasta que al final tomó la palabra el abogado:

—Coincido totalmente con ustedes. Yo también tengo mucha experiencia en divorcios, porque me dedico fundamentalmente a temas familiares, y nunca me había encontrado con un caso así.

—¿Esto es bueno o es malo?—preguntó María a todos.

—Yo creo que es muy bueno—continuó el abogado—. No sé qué decidirán hacer ustedes, pero me pongo en el lugar de sus hijos. Tener dos padres que están transitando por esta situación y que no se agreden ni tratan de sacar el mayor partido económico, creo que habla de la calidad de seres humanos que son.

Sentí que el abogado había dicho exactamente lo mismo que hubiera dicho yo y volví a pensar: "Me gusta como co-mediador".

—Yo espero que podamos seguir manteniendo esta forma de comunicarnos, pase lo que pase pero, además, no se me ocurre que pueda tratar de perjudicar en algo a María, me parece un absurdo.

—Pienso lo mismo, yo he dicho que a Jorge lo quiero mucho, que es una excelente persona y que, si volviese a nacer, volvería a casarme con él y a tener los hijos que tuve, porque como padre también ha sido excelente, aunque me gustaría que cambiase un poco la perspectiva con respecto a Georgina.

—Sabés que la estoy cambiando, que me he aflojado mucho. Tené paciencia, soy lento.

—Sí, es cierto, pero—dijo sonriendo— todavía te falta.

—¿Para pensar como vos?

—No, para que puedas reestablecer tu relación con ella como era antes.

Sentí que podían nuevamente descentrarse del tema de ellos y tomar la tangente de Georgina, pero si este era su interés debía respetarlo. Aun sabiendo que Javier me iba a querer matar pregunté:

—María y Jorge, ustedes han traído repetidamente el tema de Georgina y el desacuerdo entre ustedes con respecto a la aceptación de la situación, pero nos han dicho que el tema central que los hizo venir a la mediación es el matrimonio de ustedes. Por eso les pregunto: ¿quieren hablar de este tema de Georgina o continuar centrándonos en cómo quieren continuar viviendo?—mientras decía esto, sentía la mirada de Javier que me taladraba.

Jorge miró a María y dijo:

—No, el tema de nuestra hija podemos hablarlo en casa o, como me sugirió ella, yo debería consultar con un psicólogo. Acá quiero tratar de solucionar el tema de nuestro matrimonio.

—Coincido con Jorge—dijo María.

—¿Es necesario que tomen una decisión ahora?—preguntó la doctora, mirándonos a Javier y a mí.

—No, por favor, la decisión la tomarán cuando ellos lo crean conveniente. Nosotros no tenemos ningún apuro y entiendo que no hay ninguna urgencia desde el punto de vista legal.

—No, por parte de mi cliente no hay ninguna urgencia. Doctor Latorre, ¿su cliente tiene alguna urgencia?

Alberto miró a María como trasladándole la pregunta y ella contestó:

—No tengo ninguna urgencia, desearía de todo corazón que pudiéramos encontrar una idea que nos venga bien a los dos. Creo que necesitamos tiempo para pensarla o para inventarla. Nada me apresura.

—¿Cómo seguimos? —preguntó Javier.

—Por ahora, creo que como estábamos y, ya que hemos retomado un buen diálogo con Jorge, propongo que tratemos entre los dos de inventar una buena solución. Les repito lo que dije al principio, me ha venido muy bien venir a hablar con ustedes, porque me han hecho pensar mucho. No entiendan mal, no estoy diciendo que no quiera divorciarme, pero...

Se quedó callada y dejó la frase sin terminar:

—¿Hay algo que necesiten arreglar ahora?

—No, de mi parte no.

—¿Quieren continuar con la mediación?

—Sí, de todas maneras —dijo Jorge.

—Sí —dijo María.

—¿Quieren que fijemos una nueva fecha?

—Sí, por supuesto.

—¿Para cuándo?

—Yo diría quince días —dijo la doctora.

—Está bien —dijimos todos.

—¿Podemos comenzar con una reunión todos juntos o prefieren que sea como hoy?

—Yo creo que no es necesario, pienso podemos estar todos juntos, para ver qué idea maravillosa se nos ha ocurrido —dijo Jorge.

—Perfecto, y, si necesitan hablar algo a solas, lo vemos durante el encuentro.

Buscamos nuestras agendas, y esta vez fue mucho más fácil organizar la fecha y el horario. Nuevamente les repetí a los abogados que, si ellos querían, podían no concurrir y nuestro compromiso a no firmar ningún acuerdo sin su presencia. La doctora dudó, pero Alberto dijo que para él era muy útil concurrir a la mediación. Entonces la doctora confirmó que también ella vendría.

Nos despedimos. Se los veía distendidos a todos. Los nervios de Jorge del primer día habían quedado atrás. ¿Qué había cambiado? No lo sabía, solo podía tomar nota de la diferencia, pero no de lo que la había causado. Muchas veces veo este cambio de clima a partir de la mediación. Me parece un "milagro", o sea algo sin causa, pero sin duda que no es así. Aún no sé qué hacemos los mediadores para que esto ocurra. Me sentía satisfecha, de eso estaba segura.

Cuando se fueron me quedé un ratito conversando con Javier. A él también le había impresionado el cambio, sobre todo de Jorge, aunque decía que María también estaba diferente, y recuerdo que usó la frase "más terrenal". Yo le pregunté qué quería decir con eso, y no supo explicarlo, pero me comentó que la primera vez le pareció algo así como un ser de otro mundo. Y, cuando le pregunté sobre el tema de la infidelidad, dijo que encontraba lógico lo que decía Jorge, pero agregó:

—Vos bien sabés que no soy machista. Sin embargo, no sé por qué, pero no puedo equiparar la infidelidad masculina con la femenina.

—A mí me pasa lo mismo —le contesté—, no soporto la infidelidad en general, pero mucho menos la femenina, no la comprendo. Si uno deja de querer a la pareja o se enamora de otro u otra, cosa que me parece posible que pase, y no me rasgo las vestiduras, creo que uno debe dejar al primero.

Pero Javier me dijo:

—Ojo, ella no dijo que haya dejado de querer a Jorge. Es más, hoy lo repitió al final.

- ¿Se puede querer a dos hombres al mismo tiempo?
—Ah, no sé, nunca quise a “dos hombres”—dijo en tono de broma.
—¿Y a tu padre y a tu hermano no los querés al mismo tiempo?
—Es diferente, son mi familia.

No me di cuenta en aquel momento, pero en este diálogo estaba la clave de muchas cosas. Sin embargo tuvo que pasar más de un año para que yo pudiera entenderlo.

4

LLAMADAS TELEFÓNICAS

Beatriz me avisó que había llamado el doctor Latorre, pidiendo hablar conmigo, y que había dejado todos (acentuó la palabra “todos”) los teléfonos: el del estudio, el particular y el celular.

Lo llamé a su estudio, me atendió su secretaria, me dijo que estaba ocupado, pero que iba a ver si podía atenderme, y me atendió. Fue muy amable, demasiado amable me pareció, quizá meloso, pero me informó que lo había llamado María, diciéndole que había tenido algunos imprevistos y que prefería postergar el nuevo encuentro, aunque le había aclarado que estaban bien. Le di las posibilidades de horario y quedamos en que él iba a combinar con la doctora y me avisarían qué horario tomarían. Yo le agradecí la llamada y le pedí que le comunicara a Beatriz el horario en que vendrían.

Le avisé a Javier y ambos nos preguntábamos qué podía estar pasando, pero nunca supusimos con lo que nos íbamos a encontrar en la próxima reunión.

A la semana siguiente volvió a llamar el doctor Latorre y le dijo a Beatriz que María quería tener una reunión privada. Lo había hablado con Jorge y él estaba de acuerdo, así que preguntaba si podían venir como la vez anterior y me pedía que le contestara.

Hablé con Javier y él no tenía inconveniente. Por más que tiramos algunas ideas, no pudimos imaginarnos con qué nos encontraríamos.

Le dije a Beatriz que lo llamara y le diera el ok, y que le preguntara si María quería una reunión privada con ella sola o con el abogado. Alberto contestó que vendrían ambos.

5 TERCER ENCUENTRO

Camino al centro de mediación

Habían transcurrido tres semanas y media desde el último encuentro. Las glicinas habían terminado su ciclo, y ahora un techo verde cubría la pérgola. Otras plantas comenzaban a florecer; era la época de los jazmines, el del país estaba en su esplendor, el del cabo estaba dando sus primeros pimpollos, y las flores del jazmín celeste se entremezclaban con el cerco, como motas de color que hacían resaltar el verde de las tuyas. En la casa de la vecina, los rosales, sobre todo el color té, estaban llenos de flores. Miré las violetas de los alpes, a las que mi hija y yo les agregábamos cubitos para ayudarlas a sobrevivir ante las altas temperaturas que a veces aparecían en la primavera; pero pensé que ya había pasado su tiempo e inexorablemente se achicharrarían, y no nos quedaría más remedio que sacar los bulbos y guardarlos para la próxima temporada. Le pedí unas rosas a mi vecina, corté los primeros pimpollos de jazmín y armé un lindo ramo de flores. Recordé el primer día en que fui a esta mediación y me quedé pensando cómo había cambiado mi jardín desde entonces. También reflexioné sobre la diferencia entre el invierno y la primavera. En la época de frío todos los días mis plantas están prácticamente iguales. Es monótono, ¿monótono? Esto me hacía recordar la familia. ¿Habría cambiado la familia como mi jardín?

El calor había aumentado pero aún se podía ir caminando. Como era temprano, decidí hacer la caminata para pensar. El trabajo y lo espaciado de los encuentros me habían hecho olvidar un poco a esta familia, aunque seguía sintiendo algo especial por ellos.

Llegué al centro de mediación, puse las flores en un recipiente exquisito que me regaló mi hermana, controlé todo, había café y también agua en una botella térmica y vasos. Casi en seguida llegó Javier, tan observador como es él, me dijo:

—*Guauu, cómo te has venido, estás muy linda y bastante producida.*

—*Vos también estás muy buen mozo.*

Yo me reí. No sé si estaba linda, aunque reconocí, para mí misma (por supuesto, no le dije nada a él), que me había “producido”, o sea, me había esmerado mucho más que de costumbre en elegir la ropa, el peinado y el collar de rodocrosita que hacía juego con los aros y con las rayitas rosas de la camisa.

Nos preguntábamos qué habría pasado en todo este tiempo. Ambos aceptamos que estábamos ansiosos.

Por suerte Beatriz nos avisó que ya habían llegado y le pedimos que los hiciera pasar. No íbamos a demorar mucho en saber qué la había llevado a María a pedir esta reunión privada.

Beatriz los hizo pasar.

Reunión privada con María y su abogado

Ella estaba, como diría Javier, menos terrenal, más llamativa, luciendo el escote en su camisa semitransparente, y su pantalón azul, sus ojos maquillados con una sombra marrón que los hacía más profundos y en sus labios solo brillo. Es cierto, toda ella brillaba. El abogado, siempre impecable, vestía pantalón azul, camisa celeste, saco blanco, que traía en el brazo y le permitía lucir su cuerpo, bastante atlético para su edad. Debe practicar deportes, pensé. Se había cortado más el pelo, demasiado para mi gusto.

Estaba prendido el aire acondicionado. Cuando lo compré me dijeron que era totalmente silencioso, y yo lo creí. Pero no había resultado así y su zumbido me molestaba. Como el ambiente estaba fresco, pregunté si podía apagarlo. Nadie tuvo inconvenientes, o no se animaron a decirlo, así que rápidamente lo apagué, antes de que alguien se arrepintiera.

Les ofrecí tomar café o un poco de agua fresca. Cuando me iba a levantar para servirlo, Alberto dijo:

—*Esta vez me toca a mí, para que no digan que soy machista.*

Vino bien esta intervención, porque nos reímos y nos relajamos. Todos nos distendimos.

—*¿Cómo han estado?*

—*En estas tres semanas ha pasado de todo. No sé por dónde empezar.*

—*Por donde quiera, María, por lo que le resulte más cómodo o que crea que es más importante*—le dije.

Javier se tiró hacia atrás, estiró las piernas, en esa posición que adopta y que a mí me suena como “relájate y goza”, porque igual que yo esperaba un largo relato.

—*Con Jorge nos fuimos muy conformes del último encuentro y comenzamos a compartir más actividades en la casa, incluso fuimos al cine por iniciativa de él, y a mí me pareció muy buena idea. No tenemos los mismos gustos. A él no le interesan ni el cine ni la literatura; en cambio a mí me encanta leer y ver películas. Ese primer domingo, posterior a la mediación, vinieron nuestros dos hijos, los que viven acá, con su familia, o sea estábamos Jorgito, su mujer Roxana, con sus hijos Patricio y Lucía, y también María Sol con Facundo, su marido, y su hijito Lucas, que está divino. Pasamos un día maravilloso. Jorge hizo el asado y conversamos entre todos, después los hombres vieron el partido de fútbol y yo charlé con las chicas y no reímos con los chiquitos. Todo perfecto. Me hizo pensar mucho ese asado, porque me cuesta perder todo esto que para mí es muy valioso. Aún hoy les digo que no quiero perderlo. He*

dedicado toda mi vida a construir esta familia. Ya el destino ha hecho que dos de mis hijos estén lejos, y es muy duro, por más que sepa que ellos están bien. Benjamín está ahora en Bariloche, pero estoy segura, por el hijo de una amiga, de que, como físico, su profesión lo va a llevar al extranjero. Yo sé que ellos tienen que hacer su vida, y los apoyo, pero los extraño muchísimo, y no quiero perder nada más. Los días siguientes a ese asado me devané la cabeza pensando en alguna solución. Es más, pensé en no divorciarme y seguir como hasta ahora, como lo propone Jorge. Pero... —ahí hizo una larga pausa y tomó agua.

Esta era la primera vez que su tono de voz, la expresión de sus ojos que ese día parecían verde agua, resaltaban más, no solo por la sombra marrón sino también por las profundas ojeras, las que posiblemente se debían a no dormir, o llorar, en fin toda la expresión de su cara me hacía pensar en confusión, dolor, incluso su postura, ya que estaba inclinada hacia adelante, no erguida como siempre, todo esto no era congruente con lo que había contado sobre ese domingo alegre en familia. ¿Qué habría detrás? ¿Qué escondería ese "pero" que muchas veces es como una goma de borrar que anula lo anterior?

Después de unos segundos en que todos guardamos silencio, continuó:

—A mitad de esa semana me llamó por teléfono "él" y me dijo que había venido a Buenos Aires, en un viaje relámpago, por asuntos de negocios y que se moría de ganas de verme. Y con esa llamada comenzó todo a darse vuelta. Nos encontramos en el Tortoní, me encanta ese café, me parece de otra época, con sus vitraux que nunca me canso de admirar. Es mi lugar preferido. Fue verlo, que me abrazara y me diera un beso, y me transformé. Sentí esa conexión tan especial que solo con él siento. Conversamos varias horas, le conté lo que me estaba pasando, también hablé de la mediación, del asado del domingo, de mi confusión. Nuevamente confirmamos que no tenemos futuro juntos. Él es muy claro en que no puede dejar Barcelona y yo en que no puedo ni quiero irme de Castelar. Nos volvimos a ver al día siguiente, esta vez en su hotel, y pasé unas horas encantadoras con él. Al día siguiente él tenía un

encuentro de trabajo y a la noche volvía a España. Cuando regresé esa noche a casa, era otra mujer. Me costó mucho, no sé si fue porque me despedí de él y en treinta minutos estaba en mi casa, o por la intensidad del encuentro. Yo les he dicho que estoy enamorada, pero no es exactamente esto, es algo de otra naturaleza, vibramos al mismo ritmo, es una armonía insólita. No tengo palabras para explicarlo, es algo que se vive simplemente, pero que para mí es único. Lloré toda la noche, sin saber por qué, no sé si porque "él" se iba, si por Jorge, si por mí o si lloraba por todo junto. Jorge notó mi cambio, pienso que supuso que lo había visto, pero no dijo nada, solo me preguntó si me sentía bien y le dije que no, pero que prefería no hablar, y él lo respetó. Pero eso no fue todo. En el Tortoní nos vio Silvina, que es la hermana de Roxana, mi nuera. La verdad es que, como yo estaba en otro mundo, ni me di cuenta. Inmediatamente le contó a su hermana y a Jorgito, y ellos, a María Sol y a Facundo. Además se comunicaron con Benjamín, que se vino a Buenos Aires, y hablaron por teléfono con Georgina, que les dijo que ella sospechaba algo, porque, cuando yo iba para allá, desaparecía varios días. Todos decidieron que debía saberlo Jorge y que lo lógico era también tener una charla conmigo. Sé que hablaron los tres hijos con Jorge en la casa de María Sol, y Jorge les dijo que no se metieran, que él ya conocía el asunto y que era algo entre nosotros y que ellos no tenían nada que ver. Después me vinieron a ver a casa, cuando el padre no estaba. En realidad no me preguntaron sino que me acusaron de romper la familia. No quiero entretenerlos mucho, pero, en síntesis, mis dos hijos varones están furiosos conmigo. También están enojados con el padre, no pueden entender que él ya lo supiera y que se la "bancara". En cambio Roxana y María Sol suponen que me he enamorado y que no está mal, que son cosas que ocurren. Georgina me llamó por teléfono y me dijo que ella algo intuía y que lo habían hablado con Cecilia, porque sabía que me hacía escapadas cuando estaba allá, pero que se me veía tan feliz, que no quiso arruinarme la dicha. También me dijo: "Ma, el amor es así, no es lógico. Te quiero mucho, vos nos has dado todo a todos nosotros, también tenés derecho a hacer lo que quieras". Cuando los chicos se reunieron conmigo, yo, sin saber lo que les había dicho Jorge, les dije lo mismo que él, que era un asunto del matrimonio y no de la familia. No sé por qué están siempre tan unidos matrimonio y familia.

—O sea que Jorge ahora sabe que "él" estuvo acá.

—Sí. No le dado ningún detalle.

—¿Ustedes no querían que sus hijos se enteraran?

—No, en eso coincidíamos con Jorge, pero el diablo metió la cola. No la culpo a Silvina, en realidad yo soy la responsable ¿Cómo se me ocurre encontrarme en el Tortoni, que es un lugar a donde va todo el mundo? Creo que los chicos están sufriendo, que no se lo esperaban. Bueno, yo tampoco esperaba que me pasara esto a esta altura de mi vida. Y, para Jorge, creo que todo esto le ha hecho más dura la situación. Él decía que no le importaba ser un "cornudo consciente", pero la opinión de los chicos me parece que le pesa mucho.

—O sea, María, que hubo tres momentos diferentes en estos días en que no nos vimos. El primero fue de gran unión con la familia, y esto le hizo llegar a pensar en no divorciarse; el otro fue el encuentro con "él", en que se siente vibrar y muy feliz; y por último estas reuniones con sus hijos. —Todo esto se lo dije mirándola a los ojos y con voz calma.

—Sí, como estaba sumamente confundida pedí suspender la mediación.

—¿Y por qué pidió volver a tener un encuentro?

—Porque me ayudan a pensar. No crean que estoy loca, pero estoy segura de que quiero continuar disfrutando de la familia, de que Jorge lo necesita y los chicos también. Sin embargo, no quiero dejar de tener encuentros con "él" porque siento algo tan especial, tenemos tanto en común, podemos conversar tanto de tantas cosas. ¿Saben?, cuando uno conoce a alguien con el cual se siente vibrar, como dijo usted, no quiere perder esa sensación, es una conexión diferente, según "él", es espiritual. Es como vivir otra vida, no tengo palabras para expresarlo. No me estoy refiriendo a lo sexual, sino a otra cosa que me resulta absolutamente imposible de explicar pero que yo sé sí sé qué es lo que siento. Quiero más que nunca encontrar una solución. La necesito.

—¿Y se le ha ocurrido alguna?

—Definitiva, no, pero por ahora acepto seguir conviviendo con Jorge, si él está de acuerdo, aunque quiero tener mis espacios de libertad, ¿se entiende?

—Perfectamente. ¿Usted cree que Jorge estará de acuerdo en esto?

—Creo que sí. Quiero que quede claro, no voy a seguir el "matrimonio", ¿se entiende? Me refiero a cohabitar. No podría. Pero quiero seguir con mi familia, y Jorge es parte de la familia, lo quiero como a un hijo más y tampoco quiero perderlo. Me gustaría poder envejecer junto a él. ¿Me estará volviendo loca?

—A ver, usted desea mantener la familia y en esto incluye a Jorge, con quien quiere envejecer juntos, pero al mismo tiempo quiere poder tener la libertad para tener estos encuentros, ¿es así? —sintetizó Javier.

—No sé si será posible, pero es lo que deseo.

—¿Hay algo más que quiera contarnos o que piense que es necesario que sepamos?

—No.

Después de una pausa pregunté:

—¿Benjamín está todavía acá?

—Sí, se queda una semana. Si bien en principio está en casa, casi no lo vemos. Creo que porque él no quiere quedar atrapado y nosotros tampoco queremos que quede en el medio.

—¿Hay algo confidencial?

—Solo lo del hotel. No creo que sea bueno que Jorge lo escuche, aunque obviamente lo debe suponer, pero preferiría discreción.

—De acuerdo. Alberto, ¿hay algo que quiera decir?

—Ya le he comentado a María que ahora quizá pueda haber pruebas de adulterio y que en un juicio esto podría perjudicarla, sobre todo porque es mujer.

—Bueno, creo que será bueno tener una reunión privada con Jorge. ¿Quiéren esperar o volver dentro de treinta minutos?

—¿Qué prefiere, María? —preguntó Alberto.

—Prefiero ir a tomar un café a algún lado y volver en treinta minutos. No es por Jorge, pero su abogada no me cae bien, me intimida, y prefiero encontrarla lo menos posible.

—Perfecto —dijimos al unísono Javier y yo.

Se levantaron y se fueron.

Javier los acompañó hasta la puerta, yo me quedé sentada, no se me había ocurrido que esto pudiera pasar, porque él vivía en Barcelona. Mientras pensaba en esto entró nuevamente Javier y me avisó que aún no habían llegado. Yo me alegré, teníamos tiempo de conversar entre nosotros.

Reunión de equipo

—Justo ahora tenía que aparecer este fulano.

—Justo ahora —dije yo, pero inmediatamente recapacité y agregué—
creo que es una suerte.

—¿Una suerte que todos se hayan enterado?

—Mirá, los chicos algo suponían. ¿Te acordás de que Jorge nos contó que le hicieron preguntas sobre el tema de que tenían un dormitorio para cada uno?

—Sí.

—Y, por lo que contaron de Georgina, ella también intuía algo. Además, tarde o temprano, estas cosas se saben. Pero yo creo que es bueno que aparezca todo esto antes de que ellos tomen una decisión. Los ha confundido y los hace reflexionar, o sea que, más allá de lo que decidan, va a aumentar las probabilidades de que puedan cumplir lo que acuerden.

—Es cierto, pero se complica la cosa. Te noto pensativa. ¿Hay algo que no entendiste?

—Me pegó mucho una frase de ella. La tomé textual, como hacés vos. Ella dijo...

Javi me interrumpió:

—Veo que estás tomando buenas costumbres, te estoy contagiando. Yo también anoté una frase textual.

—¿Cuál?

—Las damas primero.

—Busqué en mis hojas y la leí: "No sé por qué están siempre tan unidos matrimonio y familia".

—La misma. ¿Por qué te llamó la atención?

—No sé, nuevamente me viene a la cabeza "contracultura".

—A mí también me llamó la atención, pero no sé por qué.

—¿Cómo creés que vendrá Jorge?

—Creo que mal, y supongo que la doctora va a decir algo del adulterio, como lo dijo Alberto.

—Otra cosa, espero estar equivocado, pero ¿por qué preguntaste si Benjamín estaba acá? ¿No se te estará ocurriendo invitar a los hijos a la mediación?

—No sé, podría ser, uno nunca sabe, a lo mejor ayuda que puedan hablar estando nosotros como mediadores, sobre todo los varones, que la han acusado a ella. Si el que tuviera una amante fuera el padre ¿habrían reaccionado de la misma forma?

—Posiblemente no.

—La infidelidad de los hombres está permitida, ¿no?

—No sé si tanto como permitida, pero es más común.

—¿Más común? ¿Vos creés que las mujeres son más fieles que los hombres?

—Creo que sí.

—O es que las mujeres aceptamos más la infidelidad de los hombres, y que la sociedad no nos juzga, no nos llamaría "cornudas conscientes". Es más, nos dan un poco el lugar de víctimas si cerramos los ojos y aceptamos la situación, como lo hizo la mamá de Jorge.

—Has perdido la neutralidad.

—¿Por qué?

—Porque las últimas frases las has hecho en primera persona del plural, o sea te has identificado con el "colectivo mujeres".

—Tenés razón, no me había dado cuenta, es el sesgo de género. ¿Pero es posible evitarlo?

—Para eso estoy yo.

—¡Ah, como vos no tenés sesgo de género!

—Sí, también debo tenerlo, aunque no me dé cuenta, pero digo que para eso estoy yo, para darme cuenta de cuando te sesgás.

Nos reímos ambos.

—Desde el primer día pensé que íbamos a tener un round extra entre María y la doctora, y lo que ella dijo ahora lo confirma. A pesar de que vos decís que es feminista, no veo entre ellas alianza por ser mujeres.

—No, veo más bien "guerra dentro del género", pero por ahora está planteado solo desde lo no verbal.

—Siempre los temas relacionales se ven más desde lo no verbal que desde lo explícitado.

—Sí, por supuesto.

Entró Beatriz y nos avisó que estaban Jorge y la abogada. Le dijimos que los hiciera pasar en unos minutos. En ese pequeño ratito hice un poco de relajación, necesitaba sacarme de encima la historia que nos había contado María y mi sesgo femenino. Luego hice uno o dos estiramientos, mientras Javi me miraba y decía: "Te estás descolonizando". "Exactamente", le respondí, justo cuando ellos entraban.

Reunión privada con Jorge y su abogada

Jorge dejó que pasara primero la doctora. Se me ocurrió pensar "la doctora de los tacos altos". No sé si era la envidia que me generaba, porque para mí sería imposible caminar sobre esas agujas. Los años no traen solo arrugas, traen también tacos más bajos y cuadrados. Estaba impecablemente vestida, con un trajecito de abogada con la falda corta, que le permitía lucir unas hermosas piernas, y también estaba "superproducida". Era una mujer linda, con facciones casi perfectas, pero le faltaba lo que le sobraba a María: energía, vida, no sé cómo llamarlo.

Jorge estaba con camisa *beige* y pantalón marrón claro; no traía saco ni la campera, creo que de antílope, con la que había venido las últimas veces. Ambos nos dieron un beso; esta vez sí observé que a Javier la doctora le dio un beso. Se sentaron en sus lugares y pidieron agua, que Javier les sirvió; yo preferí un café para avivarme.

Comenzó a hablar Jorge:

—Bueno, supongo que María les habrá contado los últimos acontecimientos.

—María nos contó algunas cosas que para ella han sido importantes en este tiempo que no nos hemos visto, pero desde el punto de vista de ella. A nosotros nos interesa que usted nos cuente lo que le parezca que puede ser útil para esta mediación, y desde su —subrayé la palabra "su"— punto de vista.

—Todo venía bien, demasiado bien, hablábamos con María, salimos al cine, hicimos un asado en casa con los chicos y los nietos, la pasamos bárbaro. Yo creía que todo este asunto había quedado atrás, que no volveríamos a la me-

diación, que había sido como una tormenta de verano, que me había dejado como saldo atender más a María en las cosas que a ella le gustan, como por ejemplo invitarla al cine a ver una de esas películas que a ella le interesan. Yo no quiero nunca salir a casi ningún lado, trabajo todo el día afuera y solo añoro estar en mi casa. Disfruto mucho de mi hogar, por eso no soy de salir, pero tomé conciencia de que a ella le gusta, y la verdad es que la pasamos muy bien yendo al cine y a cenar afuera. Hacía mucho tiempo que no hacíamos esto. Me sentía superfeliz y la veía a ella muy bien. Pero...

Mientras relataba lo anterior la expresión de su cara era de suma satisfacción. En ese "pero" cambió su tono de voz, hizo un silencio, bajó la vista y dejó de mirarme a los ojos como lo había estado haciendo hasta ese preciso instante, se miró las manos, que tenía cruzadas sobre la mesa, y continuó:

—María me dijo que iba al centro a tratar de conseguir unos libros. A ella le encanta perderse dentro de las librerías de la calle Corrientes. Su único vicio es comprar libros. No me extrañó su salida aunque la noté un poco misteriosa y excitada. Cuando volvió era otra. Si no fuera porque estoy absolutamente seguro de que no se droga, y casi no bebe, les diría que parecía drogada. No había comprado libros y, cuando le pregunté, me contestó que se los iban a conseguir posiblemente para el día siguiente, porque estaba buscando una edición nueva de Proust en francés, en un solo tomo. Yo no lo he leído, no me gusta leer, y sé que para ella es uno de sus autores favoritos. Esa noche no quiso comer nada y se fue a acostar. No quiso ver siquiera el noticiero, que para ella es algo casi sagrado.

Todo esto lo relataba Jorge con voz pausada, casi un susurro, con frases muy cortas, quizá más cortas que las que recuerdo ahora.

—Al día siguiente volvió a salir. No me dijo a dónde iba y no sé a qué hora se fue. Cuando regresé a casa, ella ya estaba. Le pregunté por los libros y me dijo que se los traerían la semana próxima porque no los habían conseguido. Estaba desencajada, peor que el día anterior. Tampoco cenó ni miró televisión. Los dos días siguientes estuvo muy mal, demacrada, ojerosa. En

un momento temí que hubiera ido al médico y que le hubieran dado alguna mala noticia. Le pregunté si se sentía mal; me dijo que sí, pero que prefería no hablar. Esa respuesta hizo que aumentara mi temor de que estuviera enferma y me desesperaba. Nunca me imaginé que lo que le pasaba era otra cosa. Mientras todo esto ocurría, me llamó mi hijo mayor y me dijo que tenía que hablar conmigo. Yo pensé que necesitaba que le prestara otra vez dinero y le dije que viniera a la noche a casa y charlábamos, pero me pidió que fuera a la casa de la hermana, mi hija María Sol. Yo le pregunté si pasaba algo y me respondió que solo quería hablar personalmente conmigo. Desde que hablé con él, por el tono de su voz, la ausencia de chistes que suele hacer, el lugar de la reunión, sumado a cómo estaba María y a los temores que me habían invadido, todo eso junto hizo que no pudiera sustraerme a la idea de que me iban a decir que ella estaba muy enferma, que tenía un cáncer y que se podía morir. Las fantasías de muerte inundaron mi cabeza, estaba tan seguro de que algo de eso era, que en un momento me fui al baño a llorar. ¿Qué era lo que sabían ellos, y en ese momento suponía que María también, y que yo ignoraba? Mi ansiedad me hizo llegar antes del horario convenido a la casa de María Sol, pero casi me infarto cuando vi que estaban, no solo ellos dos, sino también mi hijo Benjamín, el que vive en Bariloche. Me quedé paralizado, mudo, era como si me hubieran confirmado mis temores. Entré en la casa y literalmente me dejé caer en el sillón, esperando la peor de las noticias. Por suerte, no tenía nada que ver con eso. Cuando me contaron que la hermana de Roxana había visto a mamá con un hombre, haciendo arrumacos en una actitud claramente de amantes, sentí el mayor de los alivios. Ellos se dieron cuenta porque debo de haber respirado tranquilo, cambiado la expresión de mi cara y me relajé. Cuando volví a ser yo, les dije que esos eran asuntos del matrimonio, entre la madre y yo, que ellos no tenían nada que ver con este tema, y que no les iba a permitir que se metieran, ni siquiera que opinaran. También les agradecí su preocupación. Mi hijo mayor, Jorge, se paró y, medio indignado, me preguntó: "¿Vos lo sabías?". Creo que fue un error que le dijera que sí, que lo sabía. Se puso furioso y los hermanos trataron de calmarlo. Ya había tenido suficiente por esos días y no quería más líos. Mi caudal de quilombos estaba super saturado, así que saludé a los nietos y me fui, no a mi casa, sino a un bar a tomar algo y a pensar. Me encontré con un amigo y nos quedamos hablando de fútbol y de política bastante tiempo.

Me di cuenta, cuando hablaba con él, de que no quería pensar, aunque al principio esa había sido mi idea: ir a un bar para reflexionar. Solo deseaba que pasaran las horas. Cuando llegué a casa, me enteré de que mis tres hijos habían ido a hablar con María. Ella después me contó que los varones, sobre todo Jorgito, estaban muy enojados con ella y también conmigo. Por suerte ella les contestó lo mismo que yo, que no se metieran y no los dejó casi opinar, ni siquiera les permitió hablar.

Jorge respiró profundo, como si ya hubiera contado todo. Hizo un silencio, casi comenzó a hablar la doctora, pero él con la mano la detuvo y, visiblemente más tranquilo, continuó:

—María me pidió que volviéramos a la mediación. Creo que le da vergüenza hablar conmigo, y con los hijos no quiere ni mencionar el tema. Además Benjamín está viviendo en casa, aunque trata de no estar en casi todo el día, con el pretexto de ver amigos, sobrinos y alguna noviecita. Creo que su presencia influye para que, por temor a que aparezca, no comencemos ningún diálogo entre nosotros. O a lo mejor María tiene miedo de conversar conmigo. O quizá, y es bastante posible, yo también haya estado huyendo. Los otros días, cuando nos cruzamos en el desayuno, me comentó que la llamó Georgina. No me contó de qué hablaron, solo me dijo: "como siempre es la más centrada, mal que te pese".

Hizo un silencio y luego finalizó su relato:

—Eso es todo. Aquí estamos.

—¿Le comentó usted a María cuáles habían sido sus temores? —pregunté.

—¿Que ella estuviera enferma?

—Sí.

—No, no le comenté nada.

—¿Y a sus hijos?

—No, tampoco a ellos, no les dije nada, quizá debería habérselo aclarado porque así ellos hubieran comprendido mi alivio.

—¿Cómo se siente ahora?

—Lamento mucho que se hayan enterado los chicos, en realidad eso es lo único que ha variado. Y me siento igual que el último tiempo, salvo ese recreo de felicidad que tuvimos.

—¿Y ha pensado en cómo continuar?—preguntó Javier, para centrarse en el futuro.

—No he variado, mi propuesta sigue en pie, quiero seguir compartiendo la vida, o este pedazo de la vida, de María. Mi único temor es que ella piense en irse a vivir a Barcelona con él.

—¿Se lo ha preguntado?—dije yo tomando la palabra.

—No. No me animo. Por momentos he pensado que él vino a buscarla. Otras veces pienso que ha roto la relación y por eso ella está tan caída. Pero no me animo a preguntar nada sobre esto. Tampoco sé si sigue en pie la decisión de divorciarse, porque, en esos días de recreo que tuvimos, me dio a entender, o quizá yo imaginé, que se estaba volviendo atrás en su decisión.

—Y, con respecto al enojo de sus hijos, ¿cómo se siente?

—Me duele, pero son muy jóvenes, parecen muy modernos, pero la modernidad la conciben solo para ellos; a los padres quieren mantenernos en formol, dentro de las viejas tradiciones. Entiendo el enojo de los chicos, recuerdo que a mí me pasó lo mismo cuando me enteré de que mi padre había tenido otra mujer, pero después comprendí que la vida no era como nos la contaban o como nos decían que había que vivirla. La vida nos hace zancadillas y uno tiene que tratar de hacerles frente y buscar la mejor solución. Sé que con el tiempo me van a entender. Yo vivo como si nunca fuera a morir, y creo en la cronoterapia.

—¿Cronoterapia?

—Sí, así decía mi padre, el tiempo todo lo cura. Yo he tratado siempre de no apresurarme, de dejar que las cosas decanten solas.

—Jorge, usted nos dijo hace un ratito que María le pidió volver a la mediación. ¿Qué temas cree que ella querrá conversar acá?

—No sé, supongo que sobre nuestro futuro.

—Usted también nos dijo que había muchos temas que lo preocupaban, por ejemplo que ella estuviera enferma y que quisiera irse con "él" a Barcelona.

¿Usted cree que María lo supone?

—Lo de la enfermedad, no creo, porque obviamente fue una fantasía mía. En cuanto a lo de Barcelona, no sé, todo depende de cuáles sean sus proyectos.

—¿Cree que sería bueno poder conversar estos temas acá?

—Creo que sería no solo bueno sino necesario conversar este último tema con ella. No me he animado a hablarlo en casa, pero es posible que acá sea más fácil. ¿Saben?, me resulta un absurdo total que, para hablar estas cosas con

María, con quien hemos tenido siempre una comunicación abierta y sincera, necesite que estén ustedes, pero debo reconocer que es así.

—Esto suele pasar, Jorge. En los momentos de crisis, las preocupaciones y los temores nos paralizan, y cosas que siempre hacíamos parecería que ya no las podemos hacer más, pero, la mayoría de las veces, con alguna ayudita, uno rápidamente puede recobrar todo lo anterior.

Javier hizo una pequeña síntesis de los temas hablados y luego le preguntó si había algo que quería mantener confidencial, y él dijo que no, que no había nada que necesitara mantener en secreto.

Luego se dirigió a la doctora y dijo:

—Doctora, ¿algo que agregar?

—Bueno, ya lo he hablado con mi cliente, pero él no quiere ir de ninguna forma a un juicio.

—¿A qué se refiere?

—Al tema del adulterio.

—Ajá, bueno esto quedaría para el caso de que no se llegara a un acuerdo acá en la mediación y continuaran por la vía judicial. ¿Algo más?

—No.

—Nosotros quedamos con María y Alberto en que ellos regresarían en media hora. Supongo que ya deben estar esperando. ¿Les parece que los hagamos pasar, o hay algo más que quieran agregar?

—No —dijo Jorge—. En realidad quisiera que habláramos todos juntos. Me parece bien.

A mí me hubiera gustado tener unos minutos para conversar con Javier, pero coincidía con él en que era bueno ir a una conjunta. Jorge quería eso y, además, la otra parte estaba esperando, de modo que no le pedí la reunión de equipo y me levanté a buscarlos.

Reunión conjunta final

Fui a buscar a Alberto y María, y, tal como suponíamos, estaban esperándonos. Los hice pasar y, al entrar en la sala, percibí

de golpe la tensión que había. El clima era denso, muy denso. Mientras iba a la sala de espera, y cuando volví a entrar en el lugar donde realizábamos la mediación, lo hice lentamente, tomándome todo el tiempo que fuera posible, porque mientras tanto iba pensando cómo iniciar esta reunión. Como habíamos estado tomando café con Jorge y la doctora, y, cuando salí a la sala, Alberto y María tenían las tacitas vacías, no ofrecí nada, pues ellos ya sabían que había café y agua. Me pareció mejor comenzar directamente. Cuando estuvimos todos sentados, los miré a todos, incluso a Javier. Él entendió que había pensado algo y que iba a comenzar a hablar. Me hizo una seña imperceptible con la cabeza, que yo entendí como "Adelante, te escuchamos".

—Hemos estado reunidos con María y Alberto y luego con Jorge y la doctora. Nos han contado lo que han vivido en estos días desde que estuvimos todos juntos acá. Han pasado por momentos felices y otros que no lo han sido tanto, incluso con muchas preocupaciones y temores. Han estado de acuerdo en algunos puntos, aun sin hablarlo antes de que sucediera, como por ejemplo en el deseo de dejar a los hijos afuera de esta situación que entienden que corresponde al matrimonio. También se han hecho a sí mismos y desean hacerle al otro algunas preguntas que no se han animado a hacer, y, si bien María fue la que propuso volver a mediación, Jorge estuvo de acuerdo, aunque nos comentó que le parece inconcebible que, habiendo tenido tan buena comunicación entre ustedes, ahora necesiten de terceros para hablar. Nosotros le hemos dicho que es sumamente común que suceda esto cuando atravesamos situaciones de crisis. Jorge también considera que este es un buen lugar para poder aclarar algunos puntos sobre los que tienen dudas.

Todo esto lo dije muy despacio, con tono muy amable, y tratando de generar un clima de intimidad. Incluso utilicé con toda intención la primera persona del plural. Callé. El silencio fue largo, pero esperaba que alguien tomase la palabra por algunos de los puntos que había dejado, a propósito, sumamente ambiguos.

—Sí—dijo María—, como usted dice, pasaron muchas cosas, demasiadas. El asado del primer domingo fue perfecto y, como les dije a ustedes, no quiero

de ninguna forma renunciar a esto. En realidad toda mi vida la he dedicado a formar esta familia y quiero seguir disfrutándola.

Jorge, que había estado con la cabeza gacha, levantó la vista, la miró y le dijo:

—¿Qué quieres decir, María?

—Ya se lo dije a los mediadores, quisiera que sigamos manteniendo la familia unida, y creo que los dos merecemos disfrutarla.

—¿Entonces desististe de divorciarte?

—Quiero encontrar una solución para que podamos seguir manteniendo la familia, pero indiscutiblemente la relación de pareja, es decir el matrimonio, ha variado. Yo creo que son dos cosas diferentes: la familia y el matrimonio. No sé por qué siempre se unen.

—Sigo sin entender. ¿Cuál es tu propuesta?

—No sé en qué forma, pero quisiera seguir conviviendo con vos, pero de una forma distinta. No sé muy bien cómo. Pero, así como quiero que podamos seguir teniendo asados como el de ese domingo, también quiero tener más libertad en mi vida.

—Es lo que yo te proponía.

—En alguna medida sí, Jorge. Tendríamos que pensar cómo llevarlo a cabo. Vos sabés que soy muy apegada a las cosas, no por su valor monetario sino por lo afectivo, y no quisiera que nos desprendiéramos de la casa.

—¿Usted seguiría viviendo acá?—le preguntó Javier.

—Sí, por supuesto. ¿A dónde voy a ir?

—No te vas a ir a vivir a Barcelona.

—No, Jorge, nunca pensé eso. Yo no podría vivir lejos de Castelar. Toda mi vida está acá. Ya sufrimos mi familia y yo un cambio de país, y no podría soportar vivir algo así de nuevo.

Jorge se tiró hacia atrás, parecía haberse quitado un peso de encima.

—Pero quiero tener libertad para poder viajar y hacer cosas que me dan satisfacción.

María hablaba más lentamente que de costumbre, parecía que estuviera buscando en su cabeza las palabras justas a fin de no herir, pero al mismo tiempo para no ser mal interpretada ni crear falsas expectativas. A mí me quedó claro que ella se refería a seguir viajando con "él". ¿Le habría quedado claro a Jorge? ¿Sería necesario hacer alguna pregunta? Por las dudas lo anoté en el sector de la preguntas.

Jorge se había quedado callado, como masticando lo que había oído y leyendo las entrelíneas que no se habían dicho.

—Entiendo a qué te referís. Y acepto, por lo menos por ahora; no sé si más adelante lo seguiré aceptando, pero por ahora sí. Tendríamos que acordar varias cosas, bah, supongo que una infinidad, pero no se me ocurren ahora.

—Creo que tienen tiempo para pensar cómo van a llevar adelante este proyecto. Nadie los apura para que definan todo ahora. ¿Hay algo en especial que quisieran charlar?

—Yo quisiera que organizáramos la vida de forma tal que tuviéramos independencia, más de la que tenemos ahora.

—¿Por ejemplo?

—No estar obligados a almorzar y cenar juntos ni a compartir la cotidianidad. No quiero decir que no podamos comer algún día juntos o ver un programa de televisión, pero no quisiera tener que esperar a Jorge para cenar o volver apurada de algún lado porque Jorge me está esperando.

—No me imagino cómo puede ser la vida así. Tendríamos que cambiar todas las rutinas, pero, bueno, veremos.

—Quisiera, si vos estás de acuerdo (porque yo solo estoy expresando mis deseos, podés oponerte a lo que propongo), mantener la familia, y vos para mí sos una parte muy importante de la familia. Pero creo que, a esta altura de la vida, habiéndose ido todos los chicos de casa, ya hemos cumplido con la tarea que nos unió durante muchos años, la crianza de los hijos, y lo hemos hecho muy bien. Ahora ambos hemos cambiado, no solo yo, sino que vos también has cambiado. Tenemos intereses diferentes, nos gustan cosas distintas. Yo ya no soporto ver un partido de fútbol. He intentado durante años interesarme por el fútbol, para compartir con ustedes, pero no tengo más ganas de hacer el sacrificio. Y vos has intentado leer o ir a un museo, pero es un esfuerzo que ya no tiene sentido que

hagas. Creo que te podés dedicar a las cosas que te gustan, y me parece que, a esta altura de la vida, cuando ya hemos dado la vuelta y no sabemos cuántos años más viviremos, debemos los dos hacer lo que nos dé más satisfacción.

Jorge se asustó. Creo que el fantasma de la enfermedad de María volvió a presentarse en la mesa de mediación. Me di cuenta al instante del cambio de expresión y le dije:

—¿Hay algo que quisiera preguntar, Jorge?

—Sí. Nuevamente me ha vuelto la preocupación —se quedó en silencio.

—¿Qué querés preguntar?

—¿Estás enferma?

—¿Enferma? ¿Yo? ¿Por qué pensás que estoy enferma? —María estaba sumamente sorprendida.

—No sé, pensé que habías ido a un médico y te había dicho algo.

—No, Jorge, nunca te lo ocultaría, estoy bien. Confundida, pero muy bien de salud. Además, no he ido a ningún médico. Tengo que hacerme el chequeo anual, pero no me lo he hecho todavía.

—Cuando Jorgito me dijo que quería hablar conmigo en la casa de María Sol, temí que me iba a decir que estabas enferma, y estaba muy asustado. Por eso, cuando me dijo lo que yo ya sabía, sentí un alivio tremendo que él no supo entender porque ignoraba mis miedos.

María se sonrió:

—No, Jorge, estoy bien, perdóná, nunca me imaginé que temieras eso.

—Es un gran alivio, María. Pensé que podías morirte y creí que enloquecería. Si no soportaba la idea del divorcio, la posibilidad de perderte me volvía loco. Vamos a encontrar alguna forma de salir de todo esto. Estoy seguro. La única condición que pongo es que el fulano no venga a la casa.

—Jorge, cómo podés pensar que haría una cosa así. Vos también podés hacer tu vida, y no se me ocurriría pensar que vas a traer una mujer a casa. ¡Por Dios, Jorge, qué cosas estás pensando! Creo que tenemos mucho que hablar, porque me parece que el hecho de no conversar es peor. ¡Dios mío, qué cosas se te ocurren! ¿Hay algo más que te haya torturado? —esto lo dijo en tono más risueño.

—No, estos eran los fantasmas: que pensases en irte a vivir a España y, el peor, que estuvieras enferma.

—Nunca pensé en irme a España y que yo sepa estoy sana. Me alegro de que podamos retomar el diálogo —luego nos miró a los mediadores y agregó—. No sé qué es lo que hacen ustedes, pero tienen el poder de devolvernos el habla. Sinceramente muchas gracias.

—Voy a hacer una pregunta, que a lo mejor resulta molesta, pero es mi responsabilidad. ¿Se animan?

—Sí —dijeron, pero me miraron con cara de sorprendidos; incluso Javier me clavó la mirada como diciéndome: "No compliques las cosas".

—Adelante, soy todo oídos —dijo Jorge.

—Con respecto al tema de los bienes, ¿hay algo que quisieran hablar?

—Creo que hay cosas que pensar con respecto a los gastos de la casa. Hasta ahora hemos tenido una cuenta en común, y creo que tendríamos que pensar cómo seguir en esto, pero todo lo otro, no sé, no creo que haya nada.

—¿Vamos a seguir casados? —preguntó Jorge.

—Sí, no creo que sea necesario hacer un trámite de divorcio, pero lo charlamos.

—No sé si querrán aclarar algo con respecto a la jubilación en el exterior.

—Bueno, ¿podemos hablarlo entre nosotros y después comunicárselo a ustedes?

—Jorge y María, estamos acá para ayudarlos a reflexionar y que tomen las decisiones lo más pensadas posibles, pero ustedes no tienen la obligación de comunicarnos nada. Si quieren, podemos reunirnos nuevamente para colaborar con ustedes, pero no hay que rendir cuentas a nadie ¿está claro?

—Sí —dijeron ambos.

—Yo tengo otra pregunta que hacer.

Me di vuelta y miré a Javier. Inmediatamente se dio cuenta de que comenzaba un equipo reflexivo y también giró su cuerpo. Quedamos frente a frente, como dando la espalda a todos los demás. Nos miramos a los ojos y entonces le dije:

—Tengo una duda desde hoy. En realidad tendría que haberte hecho esta pregunta a vos en privado, pero, como ya se ha pasado la hora, te la hago directamente —mientras decía esto, con el rabillo del ojo veía que estaban los otros cuatro muy atentos— me confunde un poco la edad de los hijos de ellos, porque son todos mayores, pero se han involucrado en este tema y, por lo

que nos han contado, también deben estar preocupados e incluso sufriendo por esta situación. Si fueran más chicos, no dudaría en preguntárles a ellos si creen que podría venir bien que los invitáramos a una reunión, no para que opinen, sino para que puedan también expresar sus dudas. Quizá es prematuro, pero lo que me urge en este momento es que Benjamín va a estar acá solo unos días más y después se va a 2000 kilómetros, y a lo mejor lo necesita.

Javier, continuando la conversación conmigo, como si ellos no estuvieran ya en la sala, me contestó:

—Yo creo que son grandes, pero a lo mejor a ellos les viene bien. Aunque en este momento pienso que Georgina está a 11.000 kilómetros y ella puede también estar preocupada.

—Bueno, habría alguna forma de acercarla a ella, con una cámara, chateando por Internet —dije como pensando en voz alta.

—No sé, habría que...

María nos interrumpió:

—Yo había pensado que Jorge y yo íbamos a tener que reunirlos y aliviarlos; no que opinen, pero sí que no sufran. Jamás se me había ocurrido que podrían venir a la mediación, pero me parece que acá ustedes hacen magia, y uno puede hablar mucho más claro. Y lo de Internet me parece genial; muchas veces chateamos con la camarita con Georgina. ¿Qué opinás, Jorge?

—Muy bien, yo no quería involucrarlos, pero ya están. Igual se iban a enterar. Me parece mejor que charlemos acá. El único problema para mí es que podamos arreglar un horario.

—Doctores, ¿ustedes qué opinan?

—La verdad es que no dejan de sorprenderme. Me parece muy buena idea y, si necesitan para que sea más familiar, yo puedo no estar, no tengo problema —dijo Alberto.

Jorge lo miró directamente a los ojos y le respondió:

—Doctor, cuando me enteré de que María tenía un abogado hombre, sentí mucha bronca, y le aseguro que tuve la peor de las predisposiciones hacia

usted, pero creo que ha colaborado mucho con todo lo que pasa, igual que la doctora Flores, y creo que para los chicos sería bueno que ambos estuvieran.

—Como ustedes decidan.

—Igual que el doctor, yo puedo no estar presente—dijo la doctora Flores.

—Ok, podemos, si es que se llega a hacer la reunión con los chicos, comenzar todos juntos y, si en algún momento ustedes o los chicos quieren retirarse, está bien, o si María o Jorge quisieran hablar algo y prefirieran que ustedes no estén presentes, podríamos pedirles que esperasen afuera ¿les parece?

—Sí—contestaron ambos abogados.

—Bueno, necesitamos terminar por hoy. Ustedes, María y Jorge, tienen mucha tarea para realizar, ya que deberán conversar muchísimas cosas, que pueden después comunicárnoslas o no, como deseen, y además tienen la tarea de encontrar un horario en el que puedan venir todos.

—Tenemos que tener en cuenta las cinco horas de diferencia con España

—agregué a lo que decía Javier.

—No sé—me dijo mirándome— si vos podrías el sábado a la mañana.

—No suelo mediar los sábados, pero teniendo en cuenta el tema del horario de España...

—Que vos lo trajiste...

—Sí, ya sé, podría. ¿Y ustedes?

—Yo no trabajo los sábados, pero puedo hacer la excepción—dijo la doctora Flores.

—Yo también—agregó Alberto.

—Benjamín tiene pasaje para el sábado a la noche, no para el próximo sino para el otro, así que él va a estar.

—Bueno, nos comunican a qué hora pueden, pero por favor que no sea al alba.

Todos se rieron, el clima era otro. ¿Cómo podían unas palabras cambiar tanto la relación entre las personas?

—¿Les parece que dejemos acá?—dijo Javier.

—Sí. Muchas gracias por todo.

—Gracias, de nuevo.

Se levantaron y comenzaron a irse. Jorge era otro hombre, había rejuvenecido diez años. María estaba más serena y los abogados tenían cara de sorprendidos. Yo también, cuando empezamos y María nos contó lo que había sucedido en estas semanas, nunca pensé que podíamos terminar el encuentro así. Mientras nos despedíamos, pensaba que Javier me iba a querer matar por lo de los chicos, pero, bueno, había salido bien, tendría que reconocerlo. Pero, pese a que todo estaba llegando a su fin, que había un acuerdo verbal en cuanto a su futuro, tenía una sensación de desazón. ¿Por qué? No lo sabía.

Reunión de equipo

Volvió Javier, se sentó con cara de preocupado y se quedó mirando hacia ningún lugar, es decir hacia la profundidad de sí mismo. Yo esperé a que volviera a este mundo. Demoró unos minutos y, cuando fue el momento, pregunté:

—¿Qué te pasa?

—No sé, es muy loco, todo sale de maravilla, están llegando a un acuerdo que es coherente con los intereses de ambos, con nosotros tienen una relación buenísima, hay confianza entre ellos, con la mediación, e incluso creo que se han limado mucho las relaciones con los abogados de la otra parte, Jorge lo hizo explícito y María ahora mira y se dirige a la doctora, ya no la ha declarado transparente, ellos dos son personas sinceras, francas, diría que encantadoras—dijo Javier.

—Pero...

—Sí, pero hay algo que no me gusta.

—¿Será por la reunión con los hijos?—pregunté con tono de culpa.

—No, tenías razón, está perfecto y ellos la valoraron como muy positiva. No sé cómo vamos a arreglarnos con la camarita, me pareció una idea genial, pero no sé cómo la instrumentaremos. No, es otra cosa. ¿Y vos?

—Diría exactamente lo mismo, tus palabras podrían haber sido las mías. Me parece que ellos están mucho mejor que nosotros, si tenemos en cuenta la forma en que se fueron y cómo estamos nosotros ahora.

—¿Cuál es el nudo de lo que te pasa?

—Ni siquiera puedo identificarlo. Solo veo que no veo, pero siento como un nudo en el estómago.

—Tenemos ocho días para reflexionar y para instrumentar lo de la camarita. ¿Alguna vez mediaste así?

—No, pero siempre puede ser la primera. Si fracasa, nos comunicaremos por teléfono, pero va a funcionar, estoy segura. ¿Tenés skype?

—Sí.

—Bueno, hoy a la noche me voy a comunicar con vos. Voy a llevarme la cámara de video a casa y voy a ver con cuál nos conectamos mejor, si con la de la computadora o con esa.

—Sí, pero la pantalla de tu computadora portátil es sumamente chica.

—Eso no es problema. Yo tengo un monitor más grande o puedo traer el televisor de casa, pero me parece que no será necesario. El micrófono que tenemos es muy bueno, así que ella va a poder escucharnos muy bien, y nosotros con el audio no vamos a tener problemas, el equipo es super bueno.

—Esto es una inversión de género, se supone que, como hombre, yo tendría que haber propuesto todas estas cuestiones tecnológicas.

—Es cierto, pero nosotros somos un equipo de co-mediadores que tenemos superadas las cuestiones de género.

—Parece que el abogadito también.

—Estuvo de diez en servir el café.

—Sí, reconozco que fue un gesto agradable, desacartonado.

—¿Nos conectamos a la noche, a eso de las 10?

Javier me ofreció llevarme a casa en auto, pero preferí regresar caminando. Necesitaba separarme de “esa” familia para poder volver a “mi” familia. Recordé que antes de salir, al observar los cambios en mi jardín, me había preguntado si la familia habría cambiado tanto como mis flores. Y sí, había pasado de todo, se me ocurrió pensar que era como si una planta extraña, desconocida, empezara a emerger, y yo no sabía identificarla. Eso era lo que me pasaba.

Mi vida continuó. La rutina de trabajo, casa, lectura, etcétera, siguió los pasos habituales. Sin embargo muchas veces me encontré pensando en esta mediación. Y esto ocurrió no solo en esa semana sino durante todo el siguiente año. Y aún sigue, mientras escribo...

6

CUARTO ENCUENTRO

Preparativos

Como era previsible, organizaron la reunión para el **C**ásbado siguiente, a las 9 de la mañana. Probamos el equipo con la camarita, que funcionó perfectamente, y ubicamos el monitor en una mesita a continuación de la mesa redonda, junto con el equipo de audio y los parlantes. Todo lo había probado diez veces y funcionaba de maravilla. Beatriz tenía la dirección de chateo de Georgina y se había conectado con ella el día anterior para verificar si nos oía y si la oíamos correctamente, y la prueba había resultado bien.

Me reuní con Javier a desayunar en una confitería cerca del centro de mediación. Cuando llegué él me estaba esperando, no lo podía creer. Pero, pensé, esto demuestra que somos seres flexibles que podemos cambiar nuestras pautas habituales. Debía haber llegado bastante temprano, porque me estaba esperando con el café con leche servido, como me gusta a mí, y dos medialunas.

Nuevamente me piropeó por mi arreglo. Debo reconocer que me desperté muy temprano porque no podía dormir, y me dediqué a mi persona.

—*Esta es una de las cosas agradables de trabajar con vos* —le dije—, *sos un seductor.*

—*Vos te venís toda emperifollada y el seductor soy yo. ¿No se llama proyección eso?*

Los dos reconoimos estar ansiosos. Él además estaba preocupado por la tecnología y, por más que le dije que Beatriz había probado todo, incluso con Georgina, no logré calmarlo. Ya habíamos combinado tener primero una reunión con María, Jorge y los abogados, y después vendrían los hijos. Terminamos nuestro desayuno y nos fuimos al centro. Beatriz se había ofrecido para trabajar ese sábado, también a ella, de alguna forma, le habíamos transmitido nuestra ansiedad.

Llegamos al centro y Javier quiso ver cómo funcionaba el equipo. Nos conectamos y por suerte estaba mi amiga Eugenia en línea; ella vive *online* con su hija que está radicada en Estados Unidos, de manera que chateamos con ella, probamos todo, y funcionaba perfectamente. Creo que Javier es como Santo Tomás, hasta que no lo ve no lo cree.

Reunión conjunta con María, Jorge y los abogados

A las 9 en punto llegaron María y Jorge, a los minutos Alberto y casi en seguida la doctora Flores. Era la primera vez que aquellos venían juntos. Siempre habían venido separados, cada uno con su abogado. Me pareció una buena señal. Cuando estuvieron todos Beatriz nos avisó y los hicimos pasar.

María tenía jeans ajustados, que le hacían resaltar su buena figura, una camisa verde agua, como sus ojos, y unas sandalias casi sin taco. Se había hecho algunos reflejos en el pelo, estaba poco maquillada y el tono de su piel me hizo pensar que había estado tomando sol. Todo esto la hacía brillar más que nunca.

Jorge, también con jeans y una camisa celeste, tenía una expresión tranquila y, cuando me vio, me brindó una amplia sonrisa. Inmediatamente contrasté esta nueva imagen con la del primer día. Era otra persona.

La doctora Flores vestía pantalones verde oscuro (era la primera vez que no usaba sus cortas polleras), una camisa con distintos tonos de verde que hacía juego con sus pantalones y, por supuesto tacos, pero no tan altos, o al menos la botamanga se los tapaba; estaba menos maquillada y con el pelo más suelto; también parecía relajada, menos formal.

Pero mi sorpresa fue el abogado, también estaba en jeans y camisa celeste oscura. Me regaló una gran sonrisa, mientras decía:

—*No es el alba, ¿no?*

El clima era muy bueno, estaban todos distendidos, y eso ayudó a que nos aflojáramos también nosotros dos. Lo miré a Javier, mientras nos sentábamos, y dije:

—*No vale, de haber sabido, yo también hubiera venido en jeans.*

—*Yo también.*

Todos se rieron, Javier sirvió el café y yo les pedí que se ubicaran de forma tal que se pudiera ver la cámara y la pantalla.

—*Ayer Beatriz, la secretaria, se conectó con Georgina y toda la tecnología funcionaba. Ella la escuchaba muy bien a Beatriz y se oía perfectamente a Georgina, así que espero que todo funcione.*

—*Quiero aclararles que todo esto lo ha armado Ana María; es muy hábil para realizar este tipo de conexiones. Por eso yo estoy sirviendo el café.*

Nuevamente hubo risas. Cuando estuvimos todos ubicados, comenzamos:

—*Bueno, somos todo oídos, pueden contarnos lo que quieran.*

—Antes que nada, queremos agradecerles todo lo que han hecho por nosotros y por nuestra familia. Con María decíamos que nunca hubiéramos podido llegar a esta solución si no hubieran estado ustedes. Sinceramente no sé qué es lo que han hecho, ni siquiera cuál de los dos ha sido. Por momentos nos parece, tanto a María como a mí, que no son dos, sino uno solo con dos voces.

Yo me reí, porque muchas veces he sentido esto.

—Sí, es como si fueran uno solo. Hay una conexión de otro orden entre ustedes—agregó María.

—Bueno, bueno, muchas gracias. Me van a hacer poner colorada.

—Hemos hablado muchísimo en estos días, pensado cosas locas, y creo que hemos llegado a una buena solución, aunque seguramente no es un arreglo "normal", y por eso me parece muy bueno que podamos comunicarlo, acá en esta sala mágica, a nuestros hijos.

Yo, a esta altura, ya no podía con mi ansiedad. ¿Cuál sería la solución loca?

—Como acordamos la vez pasada, vamos a seguir viviendo casi juntos.

—¿Casi juntos?

—Sí, en realidad es juntos y separados al mismo tiempo.

—Hmm...

—No vamos a vender la casa, sino que la vamos a transformar en algo así como en un country.

Debo haber puesto cara de sorpresa, porque Jorge me miró y me dijo:

—Sí, Ana María, la parte central de la casa, que comprende el living, el comedor y la cocina, será el Club House, de uso común para ambos, y donde recibiremos a la familia cuando vengan, o podemos usarlo nosotros dos si tenemos ganas de cenar juntos o de ver algún programa de televisión.

—¿Un partido de fútbol? ¿O una película?

—No sé, puede ser que quiera ver el Mundial o alguna cosa que nos inte-

rese a ambos. El jardín, la pileta de natación y el quincho también serán de uso común, o sea los podemos utilizar cualquiera de los dos en conjunto o para realizar reuniones con amigos. El ala izquierda, donde estaba la habitación nuestra en suite, y el escritorio, será de mi uso-exclusivo. Vamos a unir el escritorio con el garaje, hacer una kitchenette en el ambiente que queda, y funcionará como living, comedor y cocina al mismo tiempo. En el ala derecha, donde estaban las tres habitaciones de los chicos, vamos a unir las dos habitaciones más chicas, y allí hacer el living-comedor-cocina para María.

—Los autos dormirán afuera hasta que les podamos construir una cochera—agregó María—. A Jorge no le gustaba mucho la idea de que su joyita quede a la intemperie pero aceptó.

—No va a ser mucho el gasto y no se va a desvalorizar la propiedad, porque el día de mañana podemos dividirlo y tener dos departamentos completos.

—No conozco la casa de ustedes. Me encantaría tener un plano para ver cómo lo van a hacer.

—Se lo puedo dibujar.

—No, no es necesario, es nada más que mi curiosidad. ¿Cómo llegaron a esta idea?

—Dimos muchas vueltas...

—Por ejemplo, Jorge me propuso que se podía construir un departamento en el quincho...

—Hasta que una noche, después de haber pensado mil cosas, María agotada me dijo: "Me voy a dormir a mis aposentos". Eso me quedó picando, no dormí en toda la noche y, a la mañana, no me fui a trabajar hasta que ella se levantó y, mientras desayunábamos en el Club House, le comenté la idea.

—A mí me pareció una buenísima solución, y no sé cómo no se nos había ocurrido antes, porque, cuando construimos la casa, por consejo del arquitecto hicimos bien separada la parte de los chicos de la nuestra para tener tranquilidad.

—Tenemos un dinero ahorrado y con eso podemos hacer los cambios.

—Jorge me propuso que sorteáramos quién se quedaba con cada parte. Yo no estaba de acuerdo porque sé que para él, que se despierta temprano, la orientación de nuestro dormitorio es muy importante. Cuando lo construimos, insistió mucho en que el sol entrara por la ventana, porque a él le gusta dormir

con las cortinas levantadas y que lo despierte la luz natural. Yo odio eso, y él, pobre, aceptó dormir siempre en la oscuridad, así que ahora se puede dar el gusto. Como él insistió tanto, lo sorteamos, y salió como tenía que ser: para él el ala izquierda y para mí la derecha; y en metros cuadrados y calidad de la construcción creo que gané yo.

Parecían dos chicos con juguete nuevo. Hablaban los dos, sin superponerse, pero complementándose. La creatividad de ellos me encantó.

—María ya me lo había comentado y me pareció una buena solución, porque tiene en cuenta lo que ambos querían: conservan la casa. Es más, se va a valorizar con estos arreglos. Todos sabíamos que venderla ahora era un mal negocio, por la crisis por la que estamos atravesando—dijo Alberto—. Pueden seguir haciendo asados con la familia, disfrutar la pileta y el jardín, y al mismo tiempo tener la independencia que quería María. El único tema que me preocupa, que ya lo hemos hablado con la doctora, es que no encontramos forma legal en cuanto a los papeles, porque el terreno es bien propio de María, y no puede venderle la mitad a Jorge porque son cónyuges. La doctora Flores propone que se haga un escrito en el que conste este acuerdo.

—Yo no tengo problema—dijo María.

—Otra solución sería que nos divorciemos y que ella me venda la parte—dijo Jorge riéndose—. No, hablando en serio, no creo que sea necesario. Confío plenamente en María y, después de todo lo que hemos pasado y la forma en que ella reaccionó en toda esta etapa, aún confío más.

—Yo creo que debería quedar de alguna manera asentado—agregó la doctora Flores—, pero ustedes deciden.

—¿Y los gastos de mantención de la casa?

—Bueno, hemos acordado que vamos a pedir otra línea de teléfono para mí, ya que los clientes de Jorge pueden tener el número de teléfono viejo. Cada uno se haría cargo de su cuenta telefónica.

—Además le da a ella mayor independencia—comentó Jorge con cierta ironía. Pero María no entró en el juego y continuó:

—Y el resto de los gastos será proporcional.

Nuevamente la palabra *proporcional*, que yo tenía anotada en la esquina de las preguntas. Pero esta vez directamente pregunté:

—¿Proporcional a qué?

—A nuestros ingresos. Yo gano mucho más que María, así que me haría cargo de las dos terceras partes, y ella, del otro tercio. Ah, y con respecto a la jubilación en el exterior, también vamos a mantener esa proporción, porque así lo quiere María. Yo no tenía problema en pagarla yo solo, pero el beneficio vamos a compartirlo por partes iguales, porque la hemos pagado durante muchos años, cuando éramos un matrimonio tradicional.

—Cada uno se va a hacer cargo de los gastos de su auto, porque lo usamos en forma muy despareja. El mío es gasolero y lo uso muchísimo menos que Jorge; un tanque me puede durar casi un mes.

—¿Cuáles serían los gastos compartidos?

—Gas, luz, jardinero, la señora que hace la limpieza, y cualquier arreglo que haya que hacer en la casa. La comida corre por cuenta de cada uno, ahí perdí, porque María come como un pajarito.

—¿El compromiso con Georgina?

—Queda solo un cuatrimestre de universidad. No lo hemos hablado, pero supongo que será también proporcional.

Sentí que era bueno que no se hubieran acordado, estaban centrados en ellos.

—Me parece que te vas a tener que conseguir otro trabajo—dijo Jorge—. Puedo hacerme cargo yo.

—Lo pensamos. Igual, Georgina no se va a ver afectada por esto.

—¿Algún otro tema que quieran comentarnos?

—Sí, vamos a ser bastante independientes pero sin que esto nos impida compartir todo aquello de lo que ambos tengamos ganas. También nos hemos comprometido a que ninguno de los dos llevará a una pareja a la casa. Y, por último, que les vamos a informar a los chicos estas decisiones, pero nos comprometemos a no generar bandos y a exigir que respeten nuestras decisiones.

—Voy a hacer una síntesis muy cortita—dijo Javier— para ver si todos entendimos bien. Van a transformar la casa en un country, con un Club

House, el jardín, la pileta y el quincho como espacios comunes, y con modificaciones que van a realizar con los ahorros. María se quedará con el ala derecha y Jorge con el ala izquierda. Tendrán teléfonos independientes, y cada uno se hará cargo de los gastos de cada teléfono, igual que con los autos. Los gastos comunes los afrontarán un tercio María y los otros dos tercios Jorge, lo mismo que la jubilación en el exterior, pero el beneficio de esta, cuando llegue el momento, será por partes iguales. El tema de la ayuda a Georgina queda pendiente. Y, por último, se comprometen a no llevar a una pareja al country.

—Y a no involucrar a los hijos —agregué.

—Exacto, sobre esto quería preguntar. Pero ¿todo lo demás es correcto?

—Sí —dijeron ambos.

—También está pendiente el tema de si van a suscribir algún tipo de acuerdo.

—No lo creo necesario —dijo Jorge.

—Yo tampoco.

—La casa está registrada como bien de familia, o sea que esto es un seguro para mi cliente —agregó la doctora—. María no podría venderla sin el consentimiento expreso de Jorge.

María estuvo a punto de contestarle, pero se contuvo.

Por un momento sentí que la abogada no podía desprenderse de lo legal, pero la comprendí. Si uno veía el tema de los gastos, indiscutiblemente Jorge estaba asumiendo la mayor parte. No era equilibrado pero sí equitativo, porque él ganaba más, y además no tenía problemas en que fuera así.

En lugar de enfrentarse con la doctora, dijo:

—¡Ah! El tema de los seguros ¿también entra en gastos comunes?

—Los de los autos, entiendo que cada uno correrá con el suyo, y el de la casa es muy poco monto, no te preocupes.

—¿Algo más?

—No.

—No.

—¿Qué quieren hablar con los hijos?

—Con Jorge estuvimos pensando que les vamos a comentar que vamos a seguir viviendo casi juntos, a mantener la familia, pero con mayor libertad entre nosotros. Les preguntaremos si tienen alguna preocupación y les diremos que no se metan en nuestra vida matrimonial, así como nosotros no nos metemos en las de ellos.

—¿Prefieren hablar ustedes solos con ellos o que estemos nosotros?

—No, por favor, Javier, ustedes tienen que estar —dijo Jorge.

—¿Y nosotros? —dijo el abogado.

—Sí, doctor, quisiera que se queden si no tienen inconvenientes, ya se lo dije la vez pasada.

—Ya deben estar acá, porque oigo voces, pero, antes de hacerlos pasar y de que Ana María logre conectarnos con Georgina, quiero felicitarlos por su creatividad y, sobre todo, porque son muy buenas personas.

—Yo también adhiero totalmente a lo que dice Javier.

—¿Alguna vez estuvieron en desacuerdo?

—Sí, algunas veces, pero lo charlamos. Y una vez nos peleamos, ¿recordás?

—Sí, cómo olvidarlo, en un viaje a Jujuy, porque cuando se enoja es brava.

Nos reímos todos. Era la tercera vez que nos reíamos todos juntos. Muchas veces me ha pasado esto, cuando edito las mediaciones, observo que, en el último encuentro, cuando se llega al acuerdo hay una emoción predominante, cercana a la alegría.

Reunión conjunta con padres, hijos y abogados

Javier se había levantado a buscar a los tres hijos, Beatriz trajo sillas y yo me dediqué a realizar la conexión con Georgina, que logré inmediatamente porque ella estaba ansiosa esperándonos.

Nos demoramos unos minutos en reubicarnos todos, para que pudieran entrar en la camarita.

Cuando estuvimos todos sentados y se nos veía en la pantalla, les pedimos que se presentaran, aunque ya los conocíamos de nombre.

—Bueno, creo que se imaginan que yo soy Ana María, la mediadora.

- Y yo, Javier, el mediador.
 —Me imagino que vos sos Jorge.
 —Sí, soy Jorge, el mayor.
 —Vos debés de ser María Sol.
 —Sí, qué duda cabe —dijo riéndose, porque era la única mujer.
 —Y vos el benjamín, Benjamín.
 —Sí.
 —Y en la pantalla la tenemos a Georgina.

De los parlantes salió una voz cargada de emoción:

- Estaba superansiosa por verlos a todos juntos. Gracias a los mediadores por hacer todo esto para que pueda estar con ustedes. ¿Puedo hacer una pregunta?
 —Sí, adelante.
 —No sé quiénes son esos dos señores que no conozco. Bueno, esa señora y ese señor.
 —Yo soy Alberto Latorre, el abogado de tu mamá.
 —Ah, no sabía que había abogados.
 —Mi nombre es Silvia Flores, soy la abogada de tu papá.

Me llamó mucho la atención que no dijera "Soy la doctora". Me gustó, ella también se había ablandado.

- Gracias por tu pregunta, porque ha servido para que ellos se presenten también a tus hermanos.

Aunque sabíamos que Beatriz, tal como lo habíamos acordado, les había entregado los folletos a los hijos, porque los tenían en las manos, y en ellos estaba bien explicado lo que era la mediación, y ya les había hecho firmar el convenio de confidencialidad, Javier tomó la palabra e hizo un pequeño "discurso de apertura" explicando sucintamente cómo era el proceso. Al finalizar preguntó:

- ¿Hay algo que no hayan entendido de lo que les expliqué?

- No, está todo muy claro —dijo Jorge hijo.
 —No, está bien —dijo María Sol.

Benjamín, que era el más nervioso de los tres, hizo un gesto con la cabeza indicando que no tenía nada que preguntar.

- Georgina, ¿está claro?
 —Sí, comprendí todo.
 —Bueno, primero quiero agradecerles que hayan venido y que vos estés conectada. Ahora quisiera comentarles cómo hemos pensado con Javier y con sus padres, cómo vamos a trabajar en este tiempo que tenemos para estar juntos. Mamá y papá quieren contarles a ustedes lo que han acordado entre ellos, y después, si ustedes tienen alguna pregunta, hablando uno por vez, se la pueden hacer tanto a sus padres como a los abogados o a nosotros. ¿De acuerdo?

Todos asintieron explícitamente.

- María y Jorge, tienen la palabra. Les pongo el micrófono cerca para que Georgina pueda escucharlos bien.
 —Ustedes saben que hace tiempo que venimos transitando momentos difíciles en nuestro matrimonio, hemos hablado mucho con María, y hemos llegado a varios acuerdos entre nosotros. Ambos hubiéramos preferido que ustedes no estuvieran metidos en esto, pero, como lo están, por una idea de los mediadores preferimos comunicárselos acá, ya que mamá y yo consideramos que este lugar es mágico.

Mientras Jorge hablaba con lentitud y miraba todo el tiempo a la cámara, los hijos estaban visiblemente nerviosos. La expresión de la cara de Georgina en la pantalla era de ansiedad, Jorge tenía el ceño fruncido, como enojado, María Sol parecía más relajada, tenía algo del brillo de su madre, y Benjamin tenía cara de susto. Ellos tres creaban un clima de suma tensión, y creí que era necesario aliviarlos.

- Quería aclararles —interrumpí—, perdón, Jorge, por cortarlo, pero me

parece que es necesario que les diga a sus hijos que ustedes dos están muy satisfechos con el acuerdo al que han llegado.

Inmediatamente sentí en el aire el alivio que estas palabras les produjeron a ellos. No me gusta que la gente sufra, y mucho menos cuando no es necesario.

—Sí, es cierto lo que dice Ana María. Estamos muy satisfechos con lo que hemos acordado y queremos contárselo a ustedes. Posiblemente les sorprenderá, pero creemos que es una buena solución.

—Dale, pa —dijo Jorge hijo.

—No nos vamos a divorciar. Vamos a seguir conviviendo, con algunos cambios.

Por el parlante se oyó una voz que decía "¡Bien!" y todos se rieron y se aflojaron. Yo me preguntaba, ¿por qué a hijos grandes les produce tanta tensión el posible divorcio de los padres? Jorge continuó:

—No venderemos la casa y seguiremos reuniéndonos toda la familia

—Para Jorge y para mí, la familia es sumamente importante, y ninguno de los dos quiere perderse la posibilidad de compartir con ustedes la vida. No les digo que no nos divorciamos por ustedes, pero sí que han pesado en nuestra decisión, aun sin decir nada.

—Tampoco vamos a seguir viviendo como antes. Vamos a transformar la casa, como les decíamos a los mediadores, en un country con un Club House en el living, comedor y cocina, con el quincho, la pileta y el jardín de uso común, todo esto para seguir disfrutándolos con ustedes, con sus esposas y esposos, con los nietos, y con Georgina y Cecilia cuando estén acá.

No podía creer lo que oía, era un reconocimiento total a la pareja homosexual de su hija. Pero él siguió como si nada. Yo miré la pantalla y me pareció, ¿o inventé?, que los ojos de ella se ponían brillosos. María hizo una sonrisa pequeña, pero altamente significativa.

Jorge continuó en el mismo tono:

—Hemos sorteado entre los dos, y yo me construiré un pequeño departamento en la parte de mi dormitorio, escritorio y garaje...

—Y yo me quedo con las habitaciones de ustedes, en donde tendré también mi departamento. Estamos tan seguros de que esta forma de vida va a funcionar (porque nos permite continuar con la familia y tener la independencia, que yo personalmente necesito), que vamos a invertir casi todos los ahorros en la modificación de la casa.

—Ustedes saben que los ahorros han sido casi intocables para su madre, pero ella está convencida de que vale la pena invertirlos. No tenemos que vender la casa, operación que en este momento sería un pésimo negocio.

—Así que, chicos, absténganse de pedir ninguna ayuda económica.

—Y cuidense de que no se la pidamos nosotros a ustedes —dijo María en tono jocoso.

—Geo, quedate tranquila, que tu cuatrimestre está contemplado.

Jorge y María hablaban en tono casi risueño, hacían chistes, se complementaban uno a otro, y los chicos escuchaban atentamente. Nosotros veíamos esa interacción familiar y entendíamos que no quisieran desprenderse de esos hijos y que hicieran cualquier cosa por mantener esa familia. Los abogados, recostados hacia atrás en sus sillas, miraban la escena como si estuvieran en otra dimensión.

—También hemos acordado temas menores, que no vienen al caso, ya los hemos aclarado acá en la mediación, y otros temas que son exclusivos de mamá y míos, y que por lo tanto no se los comunicaremos a ustedes. Así como no nos metemos en las parejas de ustedes, también esperamos que tengan el mismo respeto con la nuestra.

—Yo creo, Jorge, que nos van a respetar, pero, si no lo hacen, los voy a sacar corriendo, ¿queda claro?

—¿Puedo decir algo? —preguntó María Sol, mirándome a mí.

—Tus padres tienen la palabra, preguntáselo a ellos.

—Sí, hija, creo que he terminado.

—O sea que no se van a divorciar, vivirán en la misma casa, pero harán vidas separadas, y nos han reunido acá para decirnos que no podemos pedirles plata —todo esto lo dijo en tono de broma.

—Sí, y que nos cuidemos de que no nos pidan plata ellos a nosotros —agregó Benjamín—, pero conmigo van muertos, no tengo un sope.

—¿Cómo les explico a mis hijos esto?—preguntó el Mayor de los hijos.
—No sé. ¿Cómo les explicaste vos que no se casaron con tu mujer, que tienen un hijo de ella y otro de los dos?

—Ma, es diferente.

—Sí, pero en el fondo es lo mismo, formas no tradicionales de familia. Pero, si tenés algún inconveniente se lo explicamos nosotros, porque con papá, lo tenemos muy claro.

Yo me quedé sorprendida por la forma amigable, risueña pero terminante, con que María le contestó. Cuando finalizamos este encuentro lo comenté con Javier y me dijo que él había sentido lo mismo.

—Me resulta lógico, pero insólito —dijo María Sol—. Yo no me preocupo por Lucas; él va a crecer en este nuevo modelo, pero ¿cómo les explico esto a los padres de Facundo, que son tan tradicionales? Van a creer que vengo de una familia de locos.

—¿Quién te dijo que no éramos locos? —le replicó María sin perder el humor.

—¿Puedo hablar? —se oyó muy fuerte en el parlante.

—Sí, adelante.

—Yo los felicito, me emociona la creatividad y amplitud de ustedes, estoy casi llorando. No sé si por estar tan lejos, pero tengo ganas de abrazarlos.

Mientras decía esto, extendió los brazos y aseguro que el abrazo, a pesar de los casi 11.000 kilómetros que nos separaban, nos llegó a todos.

María Sol se levantó y caminó hacia donde estaban los padres (que en la redistribución que habíamos hecho quedaron uno al lado del otro), mientras decía "Qué suerte que no nos quedamos sin asados y sin pileta", y abrazó primero a María y luego a Jorge. Los varones también se levantaron y abrazaron a los padres. Luego María se paró frente a la camarita y abrazó a Georgina, y Jorge, al verla, hizo lo mismo.

No sé si puedo hoy transmitir lo emocionante de ese momento. A mí se me llenaron los ojos de lágrimas y no intenté disimularlas. Todos estábamos con los ojos brillosos, aun la abogada.

No sé cuánto tiempo duró esta escena; para mí ha quedado fijada en mi memoria como si hubiera puesto "pausa". Lamento no haberla grabado, porque creo que fue única. Tardamos todos un ratito en volver a nuestros lugares, y a la realidad. Esperé a que el momento pasara y les dirigí la mirada alternativamente a María y a Jorge, y pregunté:

—¿Quieren agregar algo más?

—Por mi parte no.

—Yo tampoco.

Me dirigí entonces a los tres hijos que estaban sentados a mi izquierda y dije:

—¿Alguna pregunta?

—Tengo miles —dijo Jorge, el hijo mayor—, pero no me sale ninguna. En realidad, es un alivio, porque temía que nos convocaran para comunicarnos el divorcio y, cuando vi a los abogados, me asusté más. Habíamos hablado con Benjamín, y él, que está viviendo en la casa... —se interrumpió de golpe como si se le cruzara una idea por la cabeza y continuó— Benjamín, ¿dónde vas a vivir cuando vengas a Buenos Aires?

—En el Club House, en el sillón-cama del living, y como baño el toilette —dijo Jorge.

Nuevamente esta forma de contestar provocó risas.

—Perdón, pero de golpe se me ocurrió... —continuó Jorge—, les decía que, hablando con Benja, él nos comentaba que ustedes charlaban mucho y que se los veía bien, sobre todo desde el último encuentro de mediación, pero creo que, hoy, él también se asustó.

—Me asustaste vos, que sos catastrófico.

—Supongo que podremos hacerles las preguntas a ellos en casa, cuando se nos ocurran —dijo María Sol.

—Sí, por supuesto, y veremos si se las contestamos —replicó Jorge.

Me impresionaba cómo había cambiado este hombre: se manifestaba chistoso, demostraba sentido del humor no solo por lo que decía sino, sobre todo, por la forma en que lo decía. No parecía el mismo que habíamos conocido dos meses atrás.

—*Yo no tengo por ahora preguntas para hacer, solo agradecerles que sean así, estoy orgullosa de mis padres y de mi familia*—dijo Georgina.

—*Benjamín, ¿tenés algo que preguntar?*

—*No... por ahora.*

—*Doctores, ¿quieren agregar algo?*

—*Por mi parte no*—dijo la doctora Flores.

—*Yo solo quisiera responderle a Georgina*—dijo Alberto—. *Creo que tenés razón, que tenés motivos para estar orgullosa de tus padres. Quiero decirles, a vos y a tus hermanos, que, en mi larga experiencia en asuntos de familia, nunca he asistido a una situación como esta, ni me he encontrado con personas tan correctas, creativas y transparentes, y les deseo a toda esta familia, tan linda, la mejor de las suertes. Además, quiero agradecer a los mediadores, porque han conducido todo este proceso con una calidad que es envidiable.*

—*Yo también, ya se lo he dicho a ellos, pero Jorge y yo estamos sumamente agradecidos por todo lo que han hecho. Coincido ampliamente con Alberto, no creo que, sin la ayuda de ellos, hubiéramos podido resolver esto de esta forma.*

—*Bueno, gracias a todos, me están haciendo poner colorado. Ahora quisiera agradecerles a ustedes*—Javier dijo esto mirando a los chicos— *su participación*—y, mirando directamente a la camarita y acercándose al micrófono, agregó—, *y a vos, Georgina, todo lo que has generado desde la distancia. Les confieso que es la primera vez que hacemos esto por Internet, y creo que ha sido muy fructífero. Ahora vamos a despedirnos de todos los hijos y nos quedaremos unos minutos más con los padres.*

—*Gracias, chicos, me alegro de que hayan participado de este proceso, y estamos a entera disposición de ustedes. Gracias, Georgina, cortamos ahora la comunicación. Pero, si venís por acá, me gustaría poderte dar un abrazo no cibernético, sino real, ya que a tus hermanos se lo voy a dar ahora.*

—*Gracias, Ana María, y seguro que iré a conocerlos cuando esté por allá.*

Los chicos (bah, no tan chicos) se levantaron, les di un abrazo y un beso a cada uno de ellos y lo mismo hizo Javier.

Al salir, María Sol miró a los padres y les preguntó si los esperaban. Ellos se miraron y dijeron que no, que ya los llamarían para un asadito.

Cuando estuvimos de nuevo los seis, Javier les preguntó si tenían alguna pregunta o comentario que quisieran hacer.

La abogada consultó si íbamos a redactar el acuerdo. Javier y yo miramos a Jorge y a María, y ellos dijeron que el acuerdo ya estaba, que no consideraban que fuese necesario escribirlo.

—*Si en algún momento piensan, ustedes o sus abogados, que es necesario ponerlo por escrito, podemos volver a reunirnos. Además, si tienen algún otro tema que tratar, pueden volver a recurrir a la mediación.*

—*De acuerdo, si lo necesitamos por algo, o si tenemos algún otro tema, seguro que volveremos.*

—*Dentro de tres meses aproximadamente los vamos a llamar, para saber cómo han continuado la vida. Esto es solo a los fines estadísticos.*

—*Esperaremos la llamada.*

—*Muchas gracias por la confianza depositada en nosotros y por todos los piropos que nos han dicho.*

Me costaba terminar la mediación, seguía emocionada por todo lo que había ocurrido, pero el nudo en el estómago continuaba. Por suerte Javier se puso de pie y esta fue la indicación clara de que habíamos finalizado. Mientras todos nos parábamos, agradecí a los abogados el apoyo que nos habían dado y cómo habían contribuido durante todo el proceso. La doctora nos sonrió complacida y Alberto dijo que para él había sido una experiencia de muchísimo aprendizaje, y que seguramente nos volveríamos a encontrar porque iba a recomendar a sus clientes que realizaran mediaciones.

Nos despedimos con abrazos; aun la abogada parecía transformada, había perdido su aspecto rígido y estaba sonriente y cálida. Y se fueron. La mediación había concluido. ¿Había sido el punto final?

ALMUERZO DE EQUIPO

Con Javier decidimos irnos a almorzar. Teníamos mucho que conversar, avisamos a nuestras respectivas familias, guardamos las cosas, recuperé mi computadora y mi monitor, y nos fuimos a comer a un lugar tranquilo. No hablamos casi nada en el viaje, los dos estábamos como ensimismados con todo lo ocurrido.

Nos sentamos en el restaurante en una mesa cerca de la ventana que nos permitía ver los añosos árboles, pedimos un exquisito y carísimo vino *carmènère* chileno y la comida. Recién entonces pudimos comenzar nuestra conversación.

—Y ¿qué tal? ¿Te imaginabas que iban a terminar así?

—No, definitivamente no. Me emocioné muchísimo en el momento de los abrazos.

—Sí, me di cuenta, hasta me pareció que se te escapó un lagrimón.

—Creo que sí, pero, ¿sabés?, no me importó.

—¿Creés que podrán cumplir el acuerdo?

—No sé, es una solución insólita. A ellos se los veía muy contentos y convencidos de que sí lo podrían llevar adelante. Durante toda la mañana me transmitieron esa sensación. Me dio la impresión de que habían hablado mucho entre ellos. Habían pensado casi todos los temas y elaborado las soluciones antes de llegar acá.

- Pero es muy loco.
- Sí, por más que no se dijo hoy, él ha aceptado el papel de cornudo consciente.
- Y encima parece feliz.
- Vos sabés que me cuesta verlo como cornudo. La relación de ella con "él", ¿viste que nunca dijo quién era?, no se le escapó en ningún momento ni siquiera el nombre de pila, te decía que la relación con el fulano parece diferente.
- Sí, nena, pero han estado en un hotel.
- Sí, es cierto.
- Y no una, sino varias veces.
- Sí, tenés razón, pero ella la define como una relación "espiritual".
- Hablando de eso, ¿qué pensás de lo que dijo de nosotros?
- Yo siento muchas veces lo que comentó, hay momentos en los cuales me parece que nuestros cerebros estuviesen conectados, como que tenemos esa conexión especial, que creo que ella llamó espiritual.
- ¿Las relaciones espirituales incluyen hoteles?
- No seas tonto, estoy hablando en serio.
- ¿Por qué me decís tonto cuando hablo de sexo?
- ¿Por qué los hombres siempre tienen que meter el sexo en cualquier conversación?
- No me contestes una pregunta con otra pregunta. Si no te gusta cuando lo hacen los mediados, no lo hagas vos.
- OK. Me molesta, cuando estoy teniendo una conversación seria con alguien, que la interrumpa haciendo un chiste. Esto me pasa muchas veces con mi marido y me saca de las casillas. Si es un hombre el que corta lo que se está hablando, en el 90 por ciento de los casos lo hace con un chiste sexual o ¿acaso me estás proponiendo ir a un hotel juntos?
- No, tenés razón, era un chiste...
- Ah, qué lastima—dije jocosamente y los dos nos reímos con tantas ganas que desde las otras mesas nos miraron, entre sorprendidos y censuradores, por el bochinche que armábamos.

Creo que esa risa y ese intercambio bromista sirvieron para descargar toda la tensión de ese día. Pero después continué, porque una de mis características es que, cuando me meto con un tema, no

lo dejo a mitad de camino, sino que sigo hasta agotarlo o hasta que mi partenaire se cansa y se va.

- ¿Podemos hablar en serio sobre sexo?
- Sí, hemos charlado de todo en estos años, pero este tema lo esquivamos. Te contesto que no sé si es cultural o biológico, pero los hombres tenemos el sexo siempre metido en la cabeza, y además creo que pensamos que, si no lo hacemos, van a creer que somos maricones o castrados. No sé, es como una "obligación" hacer el chiste para dejar claro sobre la mesa que somos "machos". ¿Y por qué ustedes saltan como leche hervida cuando metemos el tema sexual?
- Creo que también es cultural. Podemos hablar "académicamente" de sexo y también en el medio de nuestras relaciones amorosas, y alguna vez con amigas. Pero con un hombre no se habla de esto porque podría interpretarlo como un lance, ¿me entendés lo que digo? Es un tema que, pese a la liberación femenina, es tabú. Por ejemplo, llevamos muchos años trabajando juntos nosotros dos, hemos compartido secretos, proyectos aún antes que con la almohada, cuando eran solo un pequeño germen y el otro ayudó a que crecieran y se hicieran realidad, también conocemos nuestras dudas profundas sobre la vida y la muerte que nos quitan el sueño, hemos sufrido juntos y nos acompañamos en los momentos dolorosos, y también lloramos de felicidad, recuerdo esa noche en las sierras cuando veíamos concretada nuestra idea, ¿te acordás?
- Sí, todos cantaban, y nosotros, sentados más alejados, nos abrazábamos y llorábamos.
- Ah, no se te olvidó. Sin embargo, nos comportamos como seres asexuados, no compartimos nuestros desequilibrios, nuestros logros y fracasos en lo sexual.
- ¿Por qué?
- No lo sé.
- ¿Te molesta que sea así?
- Para nada, lo siento perfecto para nuestra relación. No se me ocurriría hablarle de si tengo o no orgasmos. Me parecería fuera de lugar.
- Coincido totalmente. ¿Podés comentar tus orgasmos con alguien?
- Sí, con mi marido.
- No, me estoy refiriendo a si podrías hablarlo con alguna otra persona fuera de tu pareja.

—*Hmm, sí. Con mi terapeuta y con mi amiga íntima hemos tenido conversaciones de ese tipo.*

—*¿Y con un hombre?*

—*No. Definitivamente no lo hablaría.*

—*¿Sabés?, en este momento se me mezclan todas las cosas. Yo te siento supermujer, me encanta trabajar con vos por tu sencillez, inteligencia, por los aportes que hacés desde el punto de vista femenino, porque podemos tener esta charla que vos sacaste.*

—*No, fuiste vos con lo del hotel.*

—*Sí, ese fue el desencadenante pero la que continuó en serio fuiste vos.*

—*Ok.*

—*Bueno, te decía todo esto que admiro de vos...*

—*Pero... tanta legitimación me hace pensar que viene un sablazo.*

—*Sí, puede ser, todo esto, que considero muy valioso, lo percibo en vos, pero no te veo como una mujer para irme a la cama.*

—*¿Soy como una madre para vos?*

—*Exactamente. No quiero ofenderte.*

—*Me encanta lo que decís, porque es lo mismo que me pasa a mí. Reconozco todas tus cualidades, tu inteligencia, tu buen humor, incluso puedo jugar con lo buen mozo y seductor que sos, ver a las abogadas hacer mil poses para seducirte y derretirse cuando las mirás con esa pose que tenés cuando colocás la cabeza recostada sobre tu hombro izquierdo... Pero, no te ofendas, a mí no me movés un pelo. ¿Se entiende? Sin embargo...*

Ahí hice un profundo silencio.

—*Sin embargo ¿qué...?*

—*Te quiero mucho.*

—*Yo también.*

Mientras dijo esto buscó mis manos sobre la mesa y me las tomó muy fuerte; luego se levantó y me dio un cálido abrazo. La gente de alrededor nos miraba como bichos raros, pero no nos importaba. Cuando nos sentamos nuevamente, muy emocionados los dos, me dijo:

—*¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?*

—*Sí.*

—*¿Tu marido tiene celos de nuestra relación?*

—*Para nada, jamás me ha insinuado algo por el estilo ¿Y tu mujer?*

—*Tampoco. Ha tenido celos de otras mujeres que han trabajado conmigo, pero con vos nunca.*

—*O sea que no solo nosotros vivimos nuestra relación como no sexual, sino que tampoco nuestras parejas sienten celos. ¿Por qué es tan importante el sexo? Yo te recordaba que María definía la relación con "él" como espiritual, y vos inmediatamente trajiste las historias de los hoteles, como si sexual y espiritual se contrapusieran.*

—*No sé, creo que lo ideal es cuando se suman ambas, pero también pueden mantenerse como dos cuestiones separadas.*

—*Creo que hemos dado un paso muy importante en nuestra relación al poder hablar todo esto.*

—*¿Y por qué precisamente hoy?*

—*Por la mediación que terminamos. No me cabe duda. Creo que las relaciones amorosas que ellos han explicitado nos generan todo tipo de cuestionamientos sobre los mandatos culturales, que muy pocas veces nos animamos a desentrañar. Y dicen los psicoanalistas que, cuando los mandatos están inconscientes, son mucho más fuertes.*

—*En síntesis, somos una muy buena pareja de co-mediadores, nos queremos y admiramos mucho, nos encanta trabajar juntos y podemos hablar casi, casi de todo, en nuestra relación no entra lo sexual, y ambos estamos de acuerdo en que así sea.*

—*Supersíntesis: nuestra experiencia nos dice que entre un hombre y una mujer puede existir una relación intensa no sexual.*

—*¿Qué querés decir con una relación intensa?*

—*No sé cómo expresarlo, pero te diría, como dijo María, que nuestras almas están unidas, que nuestros cerebros generan acordes.*

—*¿Acordes?*

—*Sí, cada uno genera un conjunto de notas que, al ser tan armónicas con las del otro, suena maravilloso. Los otros días leí que los acordes de Beethoven generan lágrimas.*

—*Qué hermosa metáfora, hacemos música* —hizo un pausa como asimi-

lando lo que habíamos dicho, como guardándolo en el cofre de su memoria; luego prosiguió—. *Yo también siento algo por el estilo, a veces te escucho que decís lo que estoy elaborando en ese instante.*

Había sido un momento de intercambio muy profundo entre nosotros, de esos que se archivan para siempre en la memoria, y que, por más que la vida dé vueltas y nos separe, aun en los casos en que existan peleas irreconciliables, son esos recuerdos indestructibles, esos "hechos extraordinarios", cuya sola mención, cuya sola evocación, puede hacer variar toda una narrativa, y con ello el significado de lo que estábamos viviendo. Ahora, al recordar y escribir todo esto, en este mismo instante me invade una profunda y grata emoción. Esos momentos son como monumentos arqueológicos en los cuales quedan grabados, como si fuera un holograma, toda la historia compartida. Cuando por alguna situación se activa una pequeña parte de ese monumento-holograma, todo vuelve a presentarse, esa ínfima parte contiene al todo. Por eso, siempre pienso que el matrimonio no se termina con el divorcio. Las relaciones profundas, no solo de pareja, sino cualquier relación intensa, se transforman pero nunca mueren. Jorge decía que tenía temor de que María se reencontrara con su novio de la adolescencia, porque sabía que lo había amado. Hace poco tiempo, en un correo electrónico alguien me llamó con un diminutivo que usaba un novio de mi adolescencia, y esa sola palabra me trajo toda mi historia con él, y estuve perturbada durante algunos días, porque permanentemente me invadían recuerdos y me surgían miles de preguntas sobre lo que podría haber sido, y no fue, si hubiéramos continuado la relación. Ese diminutivo fue como un holograma de nuestra historia de varios años compartidos, con sus alegrías y sus sinsabores.

Todo esto lo pienso ahora, mientras lo escribo, pero volvamos al almuerzo. Recuerdo que después de que Javier me expresó que él también coincidía en esta sorpresa que me invadía al oír que el otro dice lo mismo que uno estaba pensando, me animé a explorar sobre un tema en el cual sentía que lo había traicionado, que había hecho algo con lo cual yo sabía que él posiblemente no estaba de acuerdo

y, sin embargo, lo había hecho, llevada por la intuición profunda de que podía ser útil, pero, a pesar de que todo salió bien, me pesaba la forma en que lo había llevado a cabo, porque era consciente de que había hecho trampa. De manera que le pregunté:

—*¿Con la idea de la reunión con los hijos también sentiste que yo decía algo que vos pensabas?*

—*No, ahí no, pero tenías razón. Ya te lo dije la vez pasada que me parecía bien, aunque, decime la verdad, ¿no te imaginabas que iba a ser así?*

—*No, pero tenía fe en que iba a ser positiva. Pero ¿te molestó?*

—*En el momento sí, pero te sentí tan segura, que confié plenamente en que por algo lo estabas haciendo. ¿Qué fue lo que te llevó a proponerlo?*

—*No sé, no lo puedo explicar, fue intuición pura* —luego de un silencio continué—. *Me encantó la forma en que María le contestó al hijo mayor sobre cómo decirse a sus hijos.*

—*Genial, con humor pero firme. Una ídola.*

—*Jorge también estaba, ¿cómo decirlo?, chistoso.*

—*Sí, sobre todo en el tono de voz que usaba. ¿Te diste cuenta de que nombró a Cecilia?*

—*Sí, por supuesto, y me pareció que Georgina se emocionaba. ¿Viste el gesto de María?*

—*No.*

—*Hizo una pequeña sonrisa.*

—*Obviamente, es una aceptación de la relación de su hija.*

—*Bueno, si ellos van a hacer una cosa tan insólita, creo que lo menos que puede hacer es darse cuenta del derecho que tiene la hija.*

—*¿Te parece? ¿Qué es más raro: lo de Georgina o lo de ellos?*

—*Lo de María y Jorge, no me cabe la menor duda. ¡El derecho en España, convalida las parejas homosexuales, pero no creo que en ninguna cultura se convalide que la mujer tenga un amante y el marido lo acepte!*

—*Desde esa perspectiva tenés razón. A mí también me hace cosa el acuerdo, pero pensé que era por mis pocas, superescasas, pero al fin, fibras machistas.*

—*¿Vos crees que el machismo es solo de los hombres?*

—*¿Cómo?*

—Las mujeres también colaboramos mucho para que se mantenga la cultura machista, a veces sin ni siquiera darnos cuenta. Pero, volviendo a la mediación, viví la alegría de ellos por haber encontrado una solución que los convence a los dos, pero, igual, ¿qué querés que te diga?, hay algo que no me gusta. Estoy oscilando en una paradoja: estoy contenta con el proceso de mediación y con el acuerdo al que llegaron, pero sigo con ese nudo en el estómago que me dice que hay algo que me cae mal.

—Pero lo importante es que les guste a ellos.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—No sé.

—¿Qué fue lo que hicimos bien?

—Creo que comprenderlos, facilitarles que se comunicaran entre ellos, no juzgarlos, no tratar de imponer nuestra forma de pensar, aceptar y apoyar sus decisiones, funcionar como espejo de ellos, para que se pueda ver cada uno, y también que puedan ver en nosotros la imagen reflejada del otro, en fin, ser muy neutrales.

—¿Neutrales? Esa es una palabra que no te gusta. ¿Por qué la traés ahora?

—Tenés razón, siempre digo que no creo que se pueda ser neutral, pero me salió del alma.

Nuevamente me quedé en silencio y Javier esperó a que retornara al restaurante y abandonara ese mundo de profundidades. Ahora, al relatar ese momento, me doy cuenta de cómo hemos incorporado Javier y yo, en nuestras conversaciones, la aceptación del ritmo de nuestro interlocutor, el respeto a los silencios, y la agradable sensación que sentimos cuando el otro nos espera, cuando no nos apura, cuando valora esa conversación interior que estamos teniendo con nosotros mismos.

Cuando regresé, continué con otro tema que siempre me cuestiono y me cuestionan otros mediadores:

—¿Creés que hubiera sido posible hacer toda la mediación en reuniones conjuntas?

—No, definitivamente no. Creo que María, quizá más que Jorge, necesitaba tener un espacio privado y que fuera confidencial.

—Me parece que asegurarles que guardaríamos sus secretos fue fundamental para que ella se explayara y se oyera a sí misma.

—Jorge también nos contó sus infidelidades.

—¡Pero, como es hombre, entonces son menos importantes!

—Aunque no te guste, es así, no lo he impuesto yo sino la cultura.

—Tenés razón, pero es injusto

—¿No es esto lo que te hace ruido?

—Puede ser.

—Los abogados también se fueron contentos, y debo reconocer que tu abogado es muy inteligente.

—Y tu abogada se desalmidonó.

Seguimos charlando en esta forma, desordenada pero muy comprometida, sobre este caso, sobre lo que nos había pasado y lo que resonaba en nosotros. También comparamos y hablamos de otras mediaciones, de otras actividades que compartíamos, de nuestras familias, en ese clima tan íntimo, tan reflexivo y por todo esto tan creativo. Así terminamos nuestro almuerzo y nuestro vino. Me llevó a mi casa, saludó a mi marido y a mis hijos, y nos despedimos contentos, pero pensativos. Mi nudo en el estómago no se había ido, a pesar de la buena comida, el buen vino y la magnífica charla. ¿Veniría de otro lado?

8 SEGUIMIENTO

A los tres meses, un día a la mañana me comuniqué con Jorge y le pregunté cómo iban "las cosas". Me dijo textualmente: "Todo va funcionando". También comentó que ya estaban casi terminados los arreglos en la casa, que, como siempre ocurre, habían salido más caros que lo que habían calculado, pero que igual, a pesar del gasto, estaban contentos. Todo se desarrollaba de acuerdo con lo pactado. Me dio el teléfono de María y me aclaró que acababa de salir, que posiblemente a la tarde podría comunicarme con ella. Pensé "Ya tiene su línea propia", que era uno de los puntos del acuerdo. Nos despedimos y le recordé que volveríamos a llamarlo posiblemente alrededor del año de finalizada la mediación.

A la tarde llamé por teléfono a María. Me atendió muy amable, posiblemente estaba esperando el llamado, quizá Jorge le había contado que lo había llamado y que me había dado su teléfono. Como siempre, sus narrativas encajaban perfectamente. Me contó que tuvieron que pedir un préstamo para poder terminar los arreglos, pero que todo había quedado muy bien y que habían podido llevar hasta ese momento el acuerdo adelante. Los chicos también habían aceptado la situación, y algunos amigos los acibillaban a preguntas porque no entendían nada, pero ellos estaban bien.

También me comentó que festejaron la Nochebuena en la casa como lo habían hecho siempre, en el Club House, y que lo habían decorado más que nunca para que luciera bien navideño.

Todo parecía funcionar perfectamente. Yo había tenido mis dudas, pero me había equivocado. Ellos, que se conocían mucho, sabían qué era lo que podían acordar y cómo vivir. También María había sido la excepción que confirmaba la regla que yo había pensado al comienzo: cuando las mujeres deciden divorciarse, no dan marcha atrás. Recordé una frase que me dijo una amiga: "Como no soy un río, puedo dar marcha atrás". María era una mujer inteligente y sumamente lúcida, sabía muy bien lo que quería y lo llevaba adelante, y, como no era un río, pudo dar marcha atrás y tomar la nueva decisión de no divorciarse. Jorge también había hecho un buen análisis de la situación; creo que tenía la esperanza de que a ella se le pasara el entusiasmo con "él", y la experiencia vivida en su familia de origen le daba confianza en que podría llevarse adelante la vida familiar de esta forma.

Pero este caso seguía dándome vueltas en la cabeza. Los muchos años que llevaba de profesión como terapeuta familiar y mediadora me decían que, cuando uno no podía desprenderse de un caso, por algo era, pero no podía darme cuenta de qué cuerda de mi vida ellos habían hecho sonar.

Había palabras clave que me reaparecían cada tanto: relaciones espirituales, neutralidad, familia y matrimonio, infidelidad, sobre todo infidelidad femenina, acuerdos creativos pero locos, y nuevamente me resonaba insistentemente "contracultura". Si volvía a pensar el caso, no le encontraba defectos importantes en la conducción pero... sentía que algo no me gustaba, y estas contradicciones, que yo vivía como paradoja entre lo que sentía y pensaba, se manifestaban en un nudo en el estómago. El simple transcurrir del tiempo no aliviaba esta sensación.

Hacia mitad de año Georgina me llamó al centro de mediación. Había venido a Castelar, por pocos días, para realizar unos trámites

y sobre todo para ver a su familia. Fue muy cariñosa por teléfono y me dijo que quería darnos un abrazo a Javier y a mí. Arreglamos un horario y vino a tomar un café al centro de mediación. Fue una reunión corta pero muy agradable, porque ella es deliciosa, tiene el mismo brillo que su madre, más la vitalidad de la gente joven, y ahora a la modalidad argentina le ha agregado la gracia catalana. Había venido sola y estaba parando, como nos dijo ella, "en el Club House". Se encontraba muy a gusto en la "nueva casa" de sus padres y los había visto fantásticos a los dos. El vivir allí le había permitido mantener una profunda conversación con Jorge, que era lo que más le importaba, porque sabía, y era muy consciente, que había huido a España sin decir nada de que se iba a vivir con Cecilia, por este sentimiento de "temor reverencial" al padre. Me llamó la atención lo que nos dijo, pero más me impactó la frescura con que se expresó:

—Yo tenía permanentemente un nudo en el estómago, porque sabía lo que quería hacer. Quería vivir con Cecilia, pero era muy consciente de que esto no iba a ser aceptado ni por mis padres ni por la sociedad en la que vivía. Y, cuando tuve que elegir, pensé: "No quiero renunciar a esto tan lindo que vivo con Ceci, no creo que yo pueda cambiar a la sociedad". Entonces no me quedó otra opción: cambié de sociedad y se me desató completamente el nudo en el estómago. Bueno, no sé si fue eso, o las cañas, las tapas y la crema catalana.

Se rió, y su risa fresca nos contagió a Javier y a mí. Nos agradeció mucho por haberla recibido, por la mediación, no solo porque ayudamos a sus padres a resolver la situación que estaban viviendo y que, según ella, lo habían hecho creativamente y ahora estaban "genial", sino también por lo que esa mediación había influido en su padre y de rebote en la vida de ella.

Así como su risa había sido fresca, diría que exacta y adecuada a la situación, así también el tono de su voz, cuando comentaba esto, fue perfecto, totalmente armónico con lo que decía.

Cuando terminó de compartir estas vivencias, nos miró a los ojos con una linda sonrisa como diciendo: "A esto he venido". Después se puso de pie con los brazos abiertos, nosotros también nos levam-

tamos. Me dio, primero a mí, un fuerte abrazo; sentí física y mentalmente muy próximo su corazón al mío; la emoción, siempre tan traicionera, me invadió y se me nubló la vista. Luego lo abrazó a Javier también muy cálidamente. Nos volvió a sonreír y nos dijo:

—*Me gusta más lo real que lo virtual, aunque aquello también estuvo bueno.*

Sin que dijéramos nada más, porque tampoco era necesario, tomó su cartera y se fue.

Yo sentí que una ola de calor había invadido la sala, ese día, que era el primer día realmente frío de ese invierno.

Nos estaban esperando para una mediación, no teníamos tiempo de compartir con Javier lo que nos disparaba esta muchacha, pero él me dijo:

—*Guauu, qué personalidad.*

—*Me hizo recordar mucho a María.*

—*No puede negar que es su hija.*

Mientras Javier iba a buscar a los mediados, como es nuestra costumbre —y hay pautas que no me esmero para cambiarlas—, me quedé pensando que, para bien o para mal, estos procesos no terminan en la mesa de la sala de mediación. Se “contaminan” a otras mesas, viajan a otras partes de la familia, atraviesan mares y océanos, como en este caso, porque lo que había pasado entre Jorge y Georgina no se debía a la reunión con la camarita, aunque esto favoreció que hoy nos viéramos, sino que el impacto tenía que ver con lo que María y Jorge habían podido reflexionar sobre su relación con Georgina, y también porque habían podido expresar lo que pensaban y sentían con entera libertad, al mismo tiempo que habían escuchado al otro, sin cortarlo y sin enojarse. Así como la superposición de las imágenes generadas por los dos ojos es lo que nos permite ver la profundidad, creo que poder comparar las visiones diferentes puede, muchas veces, generar otra dimensión, esta vez mental. No digo que lo que se vea sea más lindo ni mejor, sino diferente. Creo que es

muy importante, para que todo esto suceda, la imagen reflejada que aportan los mediadores, acompañada por su comprometido silencio. ¿Era esta la magia de la mediación?

También reconocí mi error-acierto, en nuestro primer encuentro, cuando, mirando mi esquina de las preguntas, después de que lo habían mencionado dos o tres veces, traje a la mesa el “tema Georgina”. Recordaba que en ese momento había pensado que me había equivocado porque no tenía que ver con la temática del divorcio. Nuevamente reconocí la perspicacia de los mediados, ellos son los que saben qué temas y cuándo traerlos. Nosotros, los mediadores, solo debemos observarlos, escucharlos y reflejarles la imagen, a veces mejorada, de lo que dicen. ¿Imagen mejorada? Sí, porque les sacamos las partes feas, las connotaciones negativas de los personajes, hacemos, como con las fotografías, un photoshop, y producimos un nuevo discurso maquillado, sin feas arrugas.

Hoy, tiempo después y conociendo el final de toda esta historia, al escribir esto que pensé en su momento, me pregunto ¿son feas las arrugas? ¿O será que nuestras sociedades occidentales, llenas de universidades, con doctorados, maestrías, seminarios, cursos, con infinidad de bibliotecas reales y virtuales, nos han llevado a una supervaloración del conocimiento? ¿Hemos devaluado el valor intrasmisible del saber que nos puede dar la experiencia? ¿Las arrugas pueden ser sinónimo de experiencia? ¿Hay diferencia entre el conocimiento que aportan los libros y la educación formal, por un lado, y por el otro, el saber que se destila de la experiencia? Son todas preguntas aún hoy sin respuestas.

Ese año fue un caos en mi vida. Todo cambió. Dos de mis hijos hacía más de dos años que no vivían con nosotros, y en un mes se fueron los otros dos, y nos quedamos mi marido y yo con la casa vacía. Deambulábamos como fantasmas en medio del silencio y del orden. En ese espacio silencioso tratábamos de generar conversaciones, pero resultaban monólogos. Los chicos ya no hacían el barullo que antes tapaba el debilitamiento de nuestra comunicación. Ahora los silencios llegaban a resultar dolorosos. Cada vez quedaba más al descubierto que nuestros intereses eran completamente diferentes. La vida con su trajín nos había poco a poco, pero irremediablemente, separado. Ya ni siquiera intentábamos ocultar estas diferencias. Estaban allí, sentía que tenía que enfrentarlas y asumirlas. Por ejemplo, yo deseaba viajar, él no, ya había viajado bastante y siempre lo había hecho a disgusto. Como creo que no hay nada peor que hacer un viaje con alguien que no lo disfruta, aunque él estaba dispuesto a acompañarme, comencé a programar mis vacaciones con una amiga de la juventud, planeando un tour por Portugal, país que no conocía pero que siempre me había atraído. Pensamos alquilar un auto, ir desde Lisboa hacia el sur, disfrutar de las playas en Algarves, para poder descansar, y luego ir a Óviedo, ciudad que parecía ser maravillosa, y seguir hacia el norte, Batalha, Fátima y Porto, y desde allí viajar hasta Guimarães, el lugar

de nacimiento de Portugal. Mi marido me apoyó totalmente en este proyecto. Creo que fue un gran alivio para ambos: para mí, porque podría cumplir un sueño; para él, porque lo libraba de tener que hacer este viaje, que de solo escucharme lo agotaba. Estaba bien, ambos nos sentíamos contentos por esta decisión, pero era algo nuevo en nuestras vidas nunca habíamos hecho algo así, siempre nos habíamos ido de vacaciones juntos al mismo lugar, a mi querido Gessell. Y realmente lo disfrutamos, pero ahora, a esta altura de mi vida, quería ampliar mis itinerarios.

Me dediqué con todo al trabajo, con la excusa de juntar dinero para viajar. Hoy me doy cuenta de que era para llenar mi tiempo. Había visto, interpretado y comentado con una amiga esta conducta workaholic en otra amiga común, pero no me percaté de que eso mismo estaba haciendo yo.

El famoso nido vacío había llegado, y todo lo leído, aprendido y enseñado no lograba aliviar el impacto del cambio.

Sin querer, sin darme cuenta, empecé a repasar todos los proyectos que el trabajo y la crianza de los hijos habían anulado, suspendido o, como pensaba en ese momento, postergado, y decidí sacar algunos del baúl en el que estaban guardados. Así que comencé a estudiar inglés, por enésima vez en mi vida, tomé clases de yoga, con una profesora genial, totalmente convencida de lo que practicaba, aprendí a meditar, y la meditación se hizo casi una obsesión. Me fascinaba, me levantaba temprano a la mañana para poder meditar media hora o más sin ningún ruido, solo acompañada por el canto de los pajaritos. Esta práctica ha sido una de las adquisiciones más ricas de este período.

Sentía que estaba en un momento de profundo cambio, más de treinta años de rutina, de gratificante rutina, se habían roto.

Una mañana, mientras compartíamos una caminata matinal, que odio hacer, pero que debo hacer, le comentaba a mi amiga este huracán en el que vivía, que me llevaba a retomar proyectos otrora abandonados. Ella me dijo: "Nena, a la vejez viruela", y me preguntó: "¿Vas a hacer todo lo que dejaste pendiente y lo que no has hecho?". Esa frase me golpeó. ¿Cuántas cosas había dejado pendientes? Y

¿cuántas no había hecho por temor, por el deber ser, o simplemente por falta de valor para aventurarme en ellas? Me reí y le dije: "Necesitaría vivir otra vida entera para hacer todo lo que no hice, pero lo peor es que, si naciera de nuevo, me gustaría volver a realizar muchísimas de las cosas que hice. Voy a tener que jerarquizar".

A partir de esta charla me di cuenta de que no solo estaba viviendo el "nido vacío" sino que había entrado de lleno en la última fase del ciclo de vida: "la del legado". Cuando tomé conciencia de esto, primero me deprimí pero después busqué los libros para tratar de entender lo que me pasaba. Lo entendí, pero no aminoró el impacto que, lo reconozco, es muy fuerte, quizá sea el cambio más significativo en la vida, porque nos conecta irremediamente con nuestra finitud, es decir, con la muerte.

En una charla con un amigo, siempre sobre el tema de todas las modificaciones que en poco tiempo me había traído la vida, y la necesidad de jerarquizar las cosas y proyectos que quiero llevar adelante, me dijo:

—¿Por qué pensás tanto? ¿Por qué tenés que organizar todo? ¿Por qué no te decidís a esta altura de tu vida a cambiar?

—¿Qué querés decir con cambiar?

—No programar todo como siempre lo has hecho, sino "dejarte llevar por el flujo de la vida, montate en la ola, barrenala, disfrútala, vivíla".

¿Se podía vivir así? Me pareció muy loco, pero tenía que reconocer que ese sí sería un real cambio en mí; lo otro era simplemente cosmética. Me inundó un terror de muerte, no sé por qué, pero al mismo tiempo pensé: "Tiene razón; si cambio, pues que sea un cambio", y ese desafío me gustaba pero al mismo tiempo me daba, no miedo, sino terror.

Y así pasó casi todo ese año, en el cual todo esto se mezclaba con recuerdos de lo que llamé la mediación para referirme a esos cuatro encuentros que seguían reverberando en mí.

Un día, casi diez meses después de esta mediación, leyendo un li-

bro muy complicado, el Paradigma Holográfico, en la entrevista que realiza Ken Wilber a Fritjof Capra, me encontré con una frase, que decía "la llamada ciencia exenta de valores defiende los valores predominantes de la sociedad" y entonces pensé que también cuando uno cree estar exento de valores, en realidad solo está manteniendo los valores de la sociedad. No solo lo que decía, sino Capra, el autor de la frase, que es uno de mis favoritos, me hicieron prestarle suma atención. Recuerdo que dejé a un costado el libro, cerré los ojos, me puse en posición de semiloto y, como si fuera un mantra, repetí la frase para mis adentros, entré como en trance, de repente me sentí inundada por la catarata de palabras, imágenes, pensamientos, sentimientos, dudas..., todo esto junto danzaba en mi mente. Esa frase era como la pieza central de un rompecabezas. Todo empezó a girar en torno a cuestiones que guardaba en mi memoria: neutralidad, infidelidad, cornudo consciente e infidelidad femenina, homosexualidad, sexualidad, cultura, vergüenza, Jorge hijo y sus preguntas, la preocupación de María Sol. Muchas de las preguntas que me habían disparado estas palabras ahora comenzaban a tener un atisbo de respuesta.

Me di cuenta de que mi neutralidad podía interpretarse como mi apego, aunque fuera inconsciente, a mi cultura. Mi conflicto con el caso, como me habían preguntado en la supervisión, era esto: "el caso" versus "los valores de mi sociedad". También creo que el conflicto de ellos también se debía a esta causa. Si repensaba esta mediación desde la óptica de los valores ocultos, me daba cuenta de que María ya había elegido mantener, a grandes rasgos, esa forma de vida, y todo hubiera seguido así si la esposa de "él" no hubiera leído ese mail. Jorge desde el principio dijo que quería continuar viviendo como lo habían hecho en aquellos últimos meses. Ellos no tenían conflicto entre sí. Habían tenido una crisis, ambos estaban de acuerdo en la solución, pero no podían llevarla adelante: ¿quién se lo impedía? Creo que solo la cultura no se lo permitía. Recordé que María había hablado varias veces de "vergüenza" y nos habíamos preguntado qué era la vergüenza, y la respuesta que nos dimos era más o menos: "cuando algo no se ajusta a lo que la sociedad nos

manda y queremos ocultarlo, o preferiríamos que los demás no se enteren de eso". Nuevamente la impronta cultural. A Jorge hijo le preocupaba qué le iba a decir a sus hijos, y a María Sol, la opinión de sus suegros. Georgina había huido a otra sociedad que aceptara sus elecciones. María había repetido que el matrimonio, o sea la pareja, y la familia no tenían por qué estar unidos, y de hecho la historia humana nos dice que esta construcción tiene solo dos siglos, pero para mí, que pertenezco a esta cultura, es una verdad indiscutible, y por más que encontraba lógico lo que decían y cómo lo decían, en el fondo mío nunca terminé de aceptarlo. Siempre supe que había algo que no veía, y tenía como relámpagos casi imperceptibles que venían enmascarados en otra palabra: "contracultura". El tema de la infidelidad femenina, del cornudo consciente, también estaba enraizado en la cultura, y los estereotipos de género habían realizado muy bien su trabajo. Javier y yo veíamos de forma diferente no solo la infidelidad, sino también la atribución de valor a la infidelidad masculina y a la femenina. Creo que esto se debe al diferente lugar que ocupa la genitalidad en la vida de los hombres y de las mujeres. Creo que para los hombres la cama y lo que pasa en la cama es central, definitivo, y para las mujeres es algo más, para la mayoría de nosotras "la relación entre las personas" es mucho más importante. Creo que esta diferente atribución de importancia a estos episodios marca una gran diferencia entre hombres y mujeres y también en la aceptación y rechazo de la infidelidad.

Sabía que las narrativas personales se encastran en las narrativas de la cultura, pero ignoraba cuán fuertes eran estas, cómo invadían la mesa de mediación, no solo por parte de los mediados, sino que también los mediadores las traíamos, y podía ser que, sin darnos cuenta, nos arrogáramos el papel de sus celosos custodios. En ese momento pude ver todo claro y creí comprender lo que había pasado.

Estos conflictos entre uno y la cultura son difíciles de sobrellevar, porque muchas veces, como me pasaba a mí en este caso, el "otro", la cultura, no habla claro aunque está grabado a fuego en nosotros, y no se presenta como nuestro contrincante; es más, diría que parece ser nuestro protector. Los valores y principios culturales, dicen los

psicólogos, han sido "introyectados", son parte de nuestro inconsciente, o sea somos nosotros mismos y, desde esas profundidades, con todo el poder que Freud les reconoció, actúan sin que nos demos cuenta y los aceptamos sin discusión. Son tan poderosos porque no nos atrevemos siquiera a enfrentarlos, y, como si esto fuera poco, todas las personas que nos rodean, porque posiblemente están en iguales condiciones que nosotros, apoyarían estos valores, incluso sin reflexionar, y si se nos ocurriera deafiarlos pensarían que nosotros estamos locos.

Yo pensé que la solución encontrada por María y Jorge era descabellada. Y ustedes, queridos lectores, ¿no pensaron lo mismo? Pero analicemos. Cumple con todos los requisitos que debe cumplir una toma de decisiones: ambos eran personas capaces e inteligentes, habían reflexionado y la encontraban la mejor salida para la situación actual, se satisfacían los intereses principales de ambos, ninguno de los dos la imponía al otro sino que llegaban a ella libremente, estaban seguros de que iban a llevarla adelante y así lo hicieron, y no perjudicaban a nadie ni con la decisión ni con la ejecución.

Llamé inmediatamente a Javier, le dije que necesitaba conversar. Entre los cambios que se habían operado ese año, en los últimos tres meses se había producido entre nosotros, en nuestro trabajo, un gran distanciamiento, no por dificultades o problemas, sino porque la vida le había presentado a él nuevas oportunidades que lo llevaban lejos de mí. Él estaba feliz con este nuevo rumbo, y yo compartía desde lo profundo de mi alma esta felicidad, aunque también lo extrañaba. Pero así es la vida, encuentros y alejamientos. No quise antes ni quería en ese momento conectarme con la tristeza de esta separación, sino con la alegría y el crecimiento que me generó el tiempo compartido. Nada es para siempre, pensé, y de golpe me apareció "salvo el matrimonio".

Nos reunimos a almorzar. Necesitábamos tiempo para conversar y reflexionar, pero nuestras apretadas agendas no nos daban tregua. Elegimos un lugar a mitad de camino entre nuestras casas, ya que nos separan cerca de cien kilómetros. Fue como todas nuestras

charlas, desordenadas, ricas, creativas, con diferencias en nuestras apreciaciones debido a nuestras diferencias como personas, como profesionales, por nuestras edades y por ser hombre y mujer. En este caso, concluimos que me había "pegado" más a mí, pero que también me permitía otro tipo de comprensión, por la edad y situación vital de los participantes. Con cinco hijos chicos, el "nido vacío" le parecía a él un paraíso, y a mí una etapa difícil, sobre todo cuando se combinaba con el ciclo de vida "del legado". Y esto hay que vivirlo, no se puede "comprender" con todo lo que implica esta palabra simplemente con una explicación.

Siempre hemos tenido en cuenta las cuestiones de género, y también de culturas, de los mediados para armar los equipos de mediadores. Ahora quedaba muy claro que lo "etario", para no decir la "vejez", debía tenerse en cuenta, siempre que se pudiera, o por lo menos que la supervisión se realizara con alguien de la edad de los mediados.

La importancia de trabajar como un espejo en el que puedan verse las partes quedó nuevamente de manifiesto, porque consideramos que este había sido uno de los grandes aciertos de esta mediación.

Pero la conclusión más importante a la que llegamos con Javier fue otra. Yo le había contado que en una provincia, en la cual mediaba habitualmente con una abogada encantadora, me llevaba siempre maravillosamente con ella, salvo en el momento de redactar los acuerdos, porque yo sentía que se iba la mediadora y aparecía la abogada que escribía para el juez y no para los mediados. Este tema lo habíamos discutido varias veces y ella siempre insistía:

—Ana María, los mediados quieren que el juez les homologue el acuerdo, y el juez acá, en esta provincia, no homologa si no se ponen exactamente determinadas palabras, aunque estas no se hayan pronunciado durante los encuentros de mediación, porque son estas palabras, y no otras, las que dejan abierta la puerta de la ejecución del acuerdo, si esto fuera necesario.

—El acuerdo es para las partes, no para el juez. No puede haber palabras que ellos no entiendan o que hayan llamado al mismo hecho de otra forma —le contestaba yo, enfurecida.

Hasta que un día, cuando pensé que iba a sentirme nuevamente mal, porque ella estaba redactando el acuerdo, ocurrió, ¿por casualidad?, que había quedado una silla vacía. Miré esa silla que estaba enfrente de mí, al lado de una de las partes, y de repente me imaginé que el juez también participaba de la mediación, y que sus intereses, diferentes pero muy válidos, tenían que ser tenidos en cuenta, porque él o ella, si fuere una jueza, no podían homologar lo no ejecutable. Mi co-mediadora ese día no podía entender mi cambio de actitud, y por qué yo solamente le pedía que pusiera, después de la palabra técnica, una coma y el término que habían usado los mediados para referirse a algún acontecimiento. Cuando pudimos charlarlo, terminada esa mediación, nos dimos cuenta de lo positivo que es tener en cuenta el interés de todas las partes y buscar una solución con la cual todos estén de acuerdo, porque nos había pasado no solamente con el "juez", sino con nosotras mismas. Ella insistía en las palabras legales, y yo en las palabras de los mediados, y cada una en su bando no había podido escuchar las razones válidas que tenía la otra. Es fácil ver esto en los otros, pero qué difícil es llevarlo a nuestras propias vidas. A partir de ese momento, siempre coloco una silla imaginaria en mis mediaciones, no solo para recordarme al juez, sino, y más importante, para que no me olvide de mi propia testarudez.

Pero, ahora, llegamos con Javier a la conclusión de que teníamos que poner otra silla más, quizá más grande porque tenía que albergar muchas cosas, no solo cuestiones de género y de edad, sino muchas otras que eran tan obvias que no las teníamos conscientes. Además coincidimos en que este personaje, aunque no lo invitásemos a la mediación, igual venía; es más, era imposible que no estuviera. Era necesario hacerlo visible porque, cuanto más invisible era, tanto mayor era su poder. El máximo riesgo era que operara desde nuestro interior y desde allí, desde la silla del mediador, ejerciera su dominio. Esta gran silla sería para la poderosa "Señora cultura", quien debía estar siempre presente, y se nos ocurrió que la silla no estaría, como las demás, al costado sobre el piso, sino que la pondríamos encima de la mesa, para no olvidarnos de su poder. Nuestra "neutra-

lidad" como mediadores no implicaba "cuidarla" porque seríamos conservadores; tampoco contradecirla y transformarnos en revolucionarios. Solo debíamos hacerla visible, para nuestros mediados y para nosotros mismos, y, si fuere necesario, a partir de preguntas hacer que los mediados interactuasen con ella.

Esta mediación me enseñó que los conflictos también pueden ser con ella.

10 UN AÑO DESPUÉS

Nuevamente las glicinas habían comenzado a florecer. Este año, por el frío, se habían atrasado unos días, pero estaban maravillosas. Sin darme cuenta, quizá disparado por las glicinas que cortaba para llevar a la sala de mediación, quizá por el perfume, no sé por qué, pero se me presentó como en una película todo lo vivido en "la mediación" ocurrida hacía un año. En poco tiempo tendría que llevar adelante el seguimiento anual, pero estaba segura de que todo había seguido funcionando como lo habían acordado. También pensé que no había sabido nada de los abogados, él había dicho que iba a derivar otros casos a la mediación, pero no lo había hecho.

En ese momento, mirando el techo lila que me cubría, pensé en el destino de esas flores que formaban un racimo, muy cercanas, hasta unidas entre sí, pero que tenían muy poca duración, pues pronto se marchitarían y morirían. Me pareció una buena metáfora de la mediación: somos un conjunto de personas con una relación muy intensa, pero que dura poco tiempo. Me imaginé el centro de mediación como si fuera la pérgola de mi casa, con racimos de mediaciones aquí y allá. Bueno, pensé, espéremos que las semillas que surjan cuando se terminen las flores generen más plantas. Me reía sola de las imágenes que creaba mi mente, cuando "Rosa me acercó".

- Una llamada para usted.
 —¿Quién es?
 —No pregunté.
 —Qué macana, estoy a punto de irme.

Y tomé el teléfono con poca convicción.

- Hola.
 —Hola, ¿Ana María?
 —Sí, ¿quién habla?—mientras pregunté esto, sentí que se me cortaba la respiración.
 —Alberto, Alberto Latorre, ¿me recuerda?
 —¿El doctor Alberto Latorre?
 —Bueno, yo prefería que me llamaran Alberto; la doctora Flores era la que quería su título.

Ambos nos reímos.

- ¿A qué se debe la llamada?—mientras decía esto, me preguntaba: “¿Por qué me llama a mi casa y no al centro?”
 —Me acordé de la mediación del año pasado, y siempre me quedé con ganas de tener una charla con usted.
 —Usted sabe que rige la confidencialidad absoluta, aun después de terminada la mediación.
 —Sí, por supuesto, sabía que me iba a decir esto. Lo tengo absolutamente claro, pero igual quería tener una charla.
 —Creo que no va a ser fácil encontrar un horario en el que Javier pueda, está muy ocupado—¿por qué estaba diciendo esto?
 —No es ningún problema. En realidad me interesa poder hablar con usted y, si bien está relacionado con aquella mediación, no es sobre ningún tema referido exclusivamente a la misma.
 —Ajá—y me quedé en silencio.
 —¿Usted viene al centro en algún momento?
 —¿A la capital?
 —Sí.

—El viernes iré para allá. ¿Usted tiene el estudio en la capital? Creí que lo tenía en Morón.

Había pensado que tenía programado ir al día siguiente, y también el viernes, pero al mismo tiempo se me cruzó por la cabeza: tengo dos días más. Ahora, mientras recuerdo y escribo, me sorprende de la velocidad de la mente; se presentan como flashes y uno, inmediatamente, toma decisiones, aunque en el momento que las toma no sabe muy bien por qué las tomó.

- Tengo estudio en Morón y en la capital, pero preferiría encontrarnos a charlar—y remarcó la palabra “charlar”—en un lugar menos formal. Por eso no le he propuesto ir a su centro ni que venga a mi estudio.
 —Ajá—no se me ocurrió nada más inteligente que decir.
 —¿Por dónde estará usted?
 —Por la oficina de Mediadores en Red, en la avenida Santa Fe, cerca de 9 de Julio y por la Plaza de Mayo.
 —¿Tiene algún lugar preferido?
 —No—¿qué me estaba preguntando?—. Bueno, tengo muchos lugares preferidos, depende para qué—dije riéndome.
 —Me estoy refiriendo a un bar o café para poder charlar tranquilos.
 —Por Santa Fe y 9 de Julio hay varios lugares que conozco, aunque el centro no es mi fuerte.
 —¿Qué tal el Tortoni? ¿Lo conoce?
 —Sí, soy pajuerana pero no tanto. Me encanta el Tortoni.

No se lo dije a él, pero me resultaba el lugar más adecuado del mundo para encontrarnos.

- ¿A las 6 de la tarde le parece bien?
 —Perfecto, creo que no voy a tener problemas con el horario, pero, si surge cualquier cosa, puedo avisarle. ¿A dónde?
 —Le estoy hablando desde mi celular. ¿Puede registrar la llamada?
 —Sí, seguro que quedó registrada.
 —Bueno, hasta el viernes, a las 6 en el Tortoni.

—De acuerdo, hasta el viernes.

Inmediatamente tomé nota mental del número que registraba mi teléfono. Como, cuando quiero, tengo una memoria maravillosa para los números, no necesité anotarlos; es más, hasta el día de hoy lo recuerdo.

Como dicen los chicos, me quedé tildada. Qué llamada más extraña, y, además, lo que más me conmovía era mi reacción, tenía ganas de saltar, como si hiciera mucho tiempo que estuviese esperando esto y al fin se hubiera dado.

Como hacía casi un año, decidí ir caminando, pero no para pensar en la mediación que me estaba esperando, sino para pensar sobre mí, sobre lo que me pasaba.

Mi cabeza era un huracán, se me mezclaban frases, pensamientos, sentimientos..., y registraba claramente que estaba emocionada. No podía apartarme de esta llamada. Si había algo a lo que estaba acostumbrada en mi vida era a reunirme con hombres en bares y cafés por temas de estudio y laborales. Desde mis lejanas épocas de estudiante venía realizando este tipo de encuentros. ¿Por qué esta reunión me alteraba? ¿Qué tenía de diferente? Dos días más, ¿para qué? Sí, tenía la respuesta en la punta de la lengua, no me podía engañar, dos días más para ir a la peluquería, comprarme algo nuevo, etcétera, etcétera. No había nada de lo que él había dicho que pudiera hacer pensar que este encuentro podía ser una cita. Sin embargo, yo lo vivía como una cita, diría mi primera cita en más de treinta años. ¿A la vejez viruela? Y parecía que sí. ¿Cómo era eso de montarse arriba de la ola, de barrenarla, de no programar todo? ¿Este era el cambio? Bueno, la sensación no era nada desagradable, me hacía cosquillitas. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía estas cosquillitas? Casi llegando al centro, me dije: "Ana, estás agrandando todo, es solo un encuentro con un colega. Parala". No sé si lo hice por convicción o para permitirme mediar con tranquilidad, pero, fuera por lo que fuere, dio resultado, y me aparté de ese huracán y me dediqué de lleno al trabajo.

Hay cosas que hacemos las mujeres que no tienen ningún sen-

tido, o a las que, por lo menos, no les encuentro ningún sentido. Recuerdo en este momento el vestido que se compra Meryl Streep en *Los puentes de Madison*. Bueno, salvando las distancias, también me compré un vestido nuevo, fui a la peluquería, me hice un nuevo corte de pelo, las manos y, en fin, todos esos arreglos. ¡Para eso necesitaba los dos días, mi cerebro emocional es genial!

Una de las cuestiones que también me llamó la atención fue la calidad de "secreto" de este encuentro. No lo comenté con nadie, ni con mis mejores amigas, y, por más que hablé por teléfono con Javier, aunque me moría de ganas de comentárselo, me cuidé muy bien de que no se me escapara nada. Me justifiqué a mí misma diciendo que él me iba a hacer bromas. Si lo pensaba y lo repensaba una y mil veces, no había por qué ocultarlo, no tenía sentido, en realidad era una simple reunión con un profesional. ¿Era una simple reunión profesional?

Y llegó el viernes. En casa no dije nada, ni a dónde iba, ni con quién me encontraría, solo avisé que volvería tarde.

Traté de suspender toda la actividad de ese día y dejé una sola diligencia para hacer en la capital. Muchas veces prefiero ir en el minibús para no tener que manejar, pero ese día decidí ir en mi auto, puse un compacto de *Oberturas*, que me había prestado una amiga, y me fui con todo el tiempo del mundo dispuesta a disfrutar del encuentro.

Como siempre, llegué quince minutos antes. Pensé en dar una vuelta, pero decidí entrar en el Tortoni. Me ubiqué en una mesa desde donde podía ver la entrada y, mientras esperaba, comencé a leer. En un momento determinado sentí la necesidad de levantar la vista de mi libro. No sé si era el contraluz que se generaba en la puerta, o mi pura imaginación, aunque mi memoria lo ha registrado así. Y, aún hoy, al recordar ese instante, lo veo entrar, con su chaleco sin mangas, su sonrisa, su penetrante mirada, y era como si brillara. Sí, no estoy ni estaba loca, era el mismo brillo que había percibido otras veces en otras personas; ahora recuerdo que María, la primera vez que la vi, me generó la misma sensación. "Guau", pensé, me quedé

sentada, clavada en la silla, diría que petrificada, solo mi corazón no estaba quieto, sino que daba saltos dentro del pecho. Lo miré todo el tiempo mientras se acercaba a la mesa, como si estuviera hipnotizada, no podía sacarle la mirada de encima, era como si hubiera entrado en un túnel en el que solo existiéramos los dos. Todo el resto del mundo había desaparecido. Era una sensación sumamente extraña. No sabía qué hacer ni podía hacer otra cosa que quedarme allí mirando y esperando. Era como si el tiempo se hubiera detenido.

Pero el tiempo no se detiene y, mientras transcurrían esos segundos, él se acercó, no sé si se dio cuenta de mi shock, pero se agachó, porque yo permanecía sentada sin mover ni siquiera una pestaña, me dio un beso formal en la mejilla y se sentó frente a mí. Yo ya había pedido mi café; él llamó al mozo y pidió un capuchino.

Si lo observaban desde afuera, todo transcurría con naturalidad, pero no para mí. No sabía qué hacer, qué decir, ni qué pensar. Entonces recordé que, cuando uno no sabe qué hacer, lo mejor es no hacer nada, y así me quedé. Pero obviamente él algo observó y me preguntó:

—¿Algún inconveniente?

—No, ¿por qué?

—La veo diferente.

—Sí, es cierto, no sé por qué pero yo también me siento diferente.

—Ana, ¿puedo tutearte?

—Sí, por supuesto.

—Ana, hace mucho que tenía ganas de llamarla.

—¿No quedamos en que me tuteabas?

—Sí, pero no estoy acostumbrado. Decía que hacía mucho que tenía ganas de charlar. En realidad, hace mucho tiempo que te conozco.

—No entiendo.

—Sí, nos presentaron hace dos o tres años en un congreso, después de una exposición sobre mediación familiar, que hiciste y me encantó, pero, claro, vos ni me registraste.

—No soy buena para registrar caras y nombres. Es un defecto mío.

—En ese momento pensé que era muy interesante lo que hacías. A mí también

me interesaba la mediación; hice el curso, pero creo que soy más útil como abogado de parte en mediaciones que como mediador.

—*La verdad es que, como abogado de parte, sos muy bueno. No sé cómo serías como mediador.*

Mientras decía esto, sentía la necesidad de desviar la conversación a un tema formal. Percibí que venía algo de intimidad que no estaba preparada para escuchar, aunque me moría de ganas de oírlo. Creo que él entendió perfectamente lo que me pasaba y desvió la conversación.

—*Es posible que en algún momento me decida a trabajar también como mediador...*

A partir de ese instante hablamos de mediación, de autores, libros... Me contó algo de su vida y yo le conté algo de la mía, pero la temperatura de la reunión había bajado. Así estuvimos por espacio de una hora, charlando, simplemente intercambiando comentarios intrascendentes. Cuando ya estaba a punto de irme, dado que tenía que viajar hasta Castelar, él me dijo que vivía desde hacía unos meses en el barrio de Belgrano.

Entendí en ese momento que ese comentario decía mucho más que lo que decía, pero yo no quería entrar en cuestiones íntimas. Comencé a hablarle de lo que me había pasado con esa mediación, de la sensación paradójica de estar contenta con lo que habían acordado pero al mismo tiempo con un nudo en el estómago. En mi interior me reía, porque había sido la primera, en nuestra conversación telefónica, en poner reparos para hablar de la mediación. Sin embargo, en ese momento no tenía problema en comentar esto, con tal de que no hablara de él ni de su vida, y mucho menos quería hablar de mí, de lo que me estaba pasando en ese momento. Me sentía como una colegiala, y eso me espantaba. Nuevamente él se dio cuenta de que no era momento de charlar de cosas personales, de que yo estaba como asustada, y seguimos hablando de temas teóricos, también de poesías. Yo acababa de comprar un libro de

Whitman, él no lo conocía y hojeó unas poesías que comentó que le encantaban; me dijo que lo iba a comprar para leerlo en las noches en la "soledad de mi cuarto".

Charlamos durante un rato más, hasta que con tono terminante expresé que tenía que irme. Pagó la cuenta de varios cafés, y nos fuimos.

Tardé en llegar a casa, no quería darme cuenta de lo que me pasaba, hacía todos los esfuerzos del mundo por pensar en otra cosa, pero permanentemente me venían imágenes de esa reunión, palabras, gestos, preguntas, hasta su perfume había quedado grabado en mi memoria. De repente me sonó la frase "soledad de mi cuarto" que uní a "hace unos meses que vivo en Belgrano". Obviamente mi inconsciente había hecho que no las uniera en su momento.

En las noches que siguieron a este encuentro, me costó conciliar el sueño, tenía ensueños, imaginaba historias, y luego me llamaba a la cordura, y me decía: "Soy una mujer seria, siempre lo he sido, él es un gran seductor. Yo contra los seductores estoy vacunada".

Así transcurrieron más de dos meses, y entonces se me ocurrieron varias posibilidades: o la vacuna contra los seductores estaba vencida y ya no tenía efecto; o él no era un gran seductor y por lo tanto la vacuna no servía; o, la tercera opción, él tenía otra "enfermedad" y estaba segura de que yo no estaba vacunada para defenderme. Porque no quedaba ninguna duda de que me había impactado.

Más de una vez pensé en llamarlo, inventando alguna excusa. Pero nuevamente aparecía mi superyó y me hacía desistir. También aparecía una vocecita que me decía "montate a la ola de la vida, barrenala", pero Ana la sería no me dejaba.

Y así transcurrieron los días. Se acercaba el fin de año, que trae siempre el deseo de hacer el inventario de lo alcanzado y de lo que hemos dejado a un lado durante ese año que llega a su fin. Sentía que había cortado una conversación y estaba decidida a comunicarme con él, cuando recibí su llamado.

—Hola, Ana.

—Hola, ¿quién habla? —pregunté, aunque había reconocido de inmediato su voz.

—Soy Alberto. Me gustaría almorzar o cenar con vos, ¿te animás?

—¿Por qué me preguntás si me animo?

—Porque no sé si se te fue el susto.

—¿Dónde y cuándo? —pregunté, aunque tuve deseos de haber contestado a su pregunta con un "Sí, se me fue el susto, pero ahora está volviendo".

—Ahora te corresponde elegir a vos; si querés, por tu zona.

—De acuerdo. ¿Cuándo podés?

—¿A almorzar?

—Sí, para almorzar por acá.

—¿El viernes? —

—El viernes a las 13:30 en la Caballeriza, ¿la conocés?

—Sí, ahí estaré. Por favor no te ocupés después muy temprano porque tengo mucho que hablar con vos.

—¿Algo más? No soy muy proclive a que me den tantas indicaciones juntas.

—No son órdenes, son solo pedidos. Necesito charlar con tiempo con vos, por favor— este "por favor" sonó como un susurro. Imposible no concederlelo.

—Está bien, me comprometo a no agendar nada muy temprano.

No tiene sentido contar todo lo que hablamos en ese encuentro, porque esta es otra historia. Solo quiero relatar que, en un momento determinado, me encontré mirando a sus ojos profundos y, desde el fondo de su mirada, sentí una corriente de vida, algo, como había dicho María, imposible de describir con palabras.

La sensación de plenitud fue tan intensa, que entendí que uno sería capaz de dejar todo a un lado con tal de volver a sentirla.

Y, aunque nunca más la vuelva a vivir, el solo placer de haberla experimentado es suficiente.

Una vez leí que las grandes historias de amor son las de la edad adulta, después de los 60, porque recién ahí se abre definitivamente el chakra espiritual. No sé si esto es cierto o si es correcto, pero sí sé que lo que viví en ese instante fue algo totalmente diferente, una experiencia cumbre. Ya había tenido un anticipo de esto cuando entró en el Tortoni, pero esta vivencia fue mil veces mayor.

Recordé *La rosa púrpura de El Cairo*. María, como el personaje de

esa película, había salido de su historia, se había metido en mi vida, me había mostrado otros mundos y posiblemente me hizo desearlos.

Yo, como mediadora, no había sido un simple espejo, había querido protegerme detrás de él, como si este fuera un escudo que me ponía a salvo de cuestionamientos y de cambios, pero los personajes, y sobre todo sus ideas, valores y creencias, habían perforado, hecho añicos, mi espejo, y ahora yo estaba viviendo otra vida. No sabía aún si agradecerles u odiarlos, pero ellos, así como muchos otros mediadores y pacientes, a partir de las historias que habían compartido conmigo, se han entretreído con la mía y han modificado mi vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Tom (1994): *El equipo reflexivo*, Barcelona, Gedisa.
- Baruch Bush, Robert A. y J. Folger (1996): *La promesa de mediación*, Barcelona, Granica.
- Bateson, Gregory (1976): *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Lohlé.
- (2001): *Espíritu y naturaleza*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Bruner, Jerome (2001): *Realidad mental y mundos posibles*, Barcelona, Gedisa.
- Capra, Fritjof (1992): *El punto crucial*, Buenos Aires, Troquel.
- (2003): *La trama de la vida*, Barcelona, Anagrama.
- Caram, María Elena y otras (2006): *Mediación. Diseño de una práctica*, Buenos Aires, Librería Histórica.
- Cárdenas, Eduardo José (1992): *Familias en crisis*, Buenos Aires, Fundación Retoño.
- (1998): *La mediación en conflictos familiares*, Buenos Aires, Lumen/Humanitas.
- Coria, Clara (1991): *El dinero en la pareja*, Barcelona, Paidós.
- Coulson, Robert (1996): *Family Mediation*, San Francisco, Jossey Bass Inc.
- Deutsch, Morton y otros (2006): *Handbook of Conflict Resolution*, San Francisco, Jossey Bass.
- Diez, Francisco y Gachi Tapia (1999): *Herramientas para trabajar en mediación*, Buenos Aires, Paidós.
- Eisler, Riane (1990): *El cáliz y la espada*, Santiago de Chile, Cuatro Vientos.
- Entelman, Remo F. (2002): *Teoría de conflictos*, Barcelona, Gedisa.

- Femenías, María Luisa (1996): *Inferioridad y exclusión*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Fernández, Ana María (1993): *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós.
- Fisher, Roger, William Ury y Bruce Patton (1985): *Sí... ¡de acuerdo!*, Bogotá, Norma.
- Folger, Joseph P. y Tricia S. Jones (compiladores) (1997): *Nuevas direcciones en mediación*, Buenos Aires, Paidós.
- Goleman, Daniel (2003): *Emociones destructivas*, Buenos Aires, B Argentina S.A.
- Haynes, John M. (1995): *Fundamentos de la mediación familiar*, Madrid, Gaia.
- Haynes, John M. y Gretchen L. Haynes (1997): *La mediación en el divorcio*, Barcelona, Granica.
- Jaworski, Joseph (2005): *Sincronicidad*, Buenos Aires, Paidós.
- Madanes, Cloé (1993): *Sexo, amor y violencia*, Barcelona, Paidós.
- Maturana, Humberto (1991): *El sentido de lo humano*, Santiago de Chile, Dolmen.
- Moore, Christopher (1995): *El proceso de mediación*, Buenos Aires, Granica.
- Morin, Edgar (2002): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Muldoon, Brian (1998): *El corazón del conflicto*, Barcelona, Paidós.
- Nató, Alejandro y César Rojas Ríos (2008): *Geografía del conflicto*, La Paz, Plural.
- Parkinson, Lisa (2005): *Mediación familiar*, Barcelona, Gedisa.
- Ravazzola, María Cristina (1997): *Historias infames*, Buenos Aires, Paidós.
- Rodríguez Querejazu, María Gabriela y otros (2006): *Mediación comunitaria*, Buenos Aires, Universidad.
- Schön, Donald A. (1998): *El profesional reflexivo*, Barcelona, Paidós.
- Steinglass, Peter, Linda A. Bennett, Steven J. Wolin y David Reiss (1989): *La familia alcohólica*, Barcelona, Gedisa.
- Stone, Douglas y otros (1999): *Conversaciones difíciles*, Bogotá, Norma.
- Suores, Marinés (1996): *Mediación. Conducción de disputas, comunicación y técnicas*, Buenos Aires, Paidós.
- (2002): *Mediando en sistemas familiares*, Buenos Aires, Paidós.
- Ury, William (1993): *¡Supere el no!*, Bogotá, Norma.
- (2000): *Alcanzar la paz*, Buenos Aires, Paidós.
- Vargas Pavez, Macarena y otras (2008): *Mediación familiar y género*, Santiago de Chile, Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales.

- Vinyamata, Eduard C. (2001): *Conflictología*, Barcelona, Ariel.
- Von Foerster, Heinz (1991): *Las semillas de la cibernética*, Barcelona, Gedisa.
- Walters, Marianne, Peggy Papp, Betty Carter y Olga Silversterin (1991): *La red invisible*, Buenos Aires, Paidós.
- Watzlawick, Paul y otros (1981): *Teoría de la comunicación humana*, Barcelona, Herder.
- White, Michael (2002): *Reescribir la vida*, Barcelona, Gedisa.
- White, Michael y David Epston (1993): *Medios narrativos para fines terapéuticos*, Barcelona, Paidós.
- Wilber, Ken, D. Bohn, K. Pribam, S. Keen, M. Ferguson, F. Capra, R. Weber y otros (1986): *El paradigma holográfico*, Barcelona, Kairós.
- (1996): *Sexo, ecología y espiritualidad*, Madrid, Gaia.
- (2002): *Boomeritis*, Barcelona, Kairós.
- (2008): *La visión integral*, Barcelona, Kairós.
- Winslade, John y Gerald Monk (2001): *Narrative Mediation*, San Francisco, Jossey-Bass.